CRITERIO

Nº 1224

25 de Noviembre 1954
Año XXVII

CRITERIO

APARECE LOS SEGUNDOS Y CUARTOS JUEVES DE MES

Año XXVII   Buenos Aires, 25 de Noviembre de 1954   Nº 1224

DIRECTORES: Mons. GUSTAVO J. FRANCESCHI y Pbro. LUIS R. CAPRIOTTI

EPISCOPADO ARGENTINO

I

Carta al Excmo. Señor Presidente de la Nación

En las últimas horas del día 22 de noviembre se nos entregó en el Arzobispado de Buenos Aires la siguiente carta para su publicación:

Buenos Aires, 19 de noviembre de 1954

Al Excmo. Señor Presidente de la Nación,
General Don Juan D. Perón
S/D.

Excelentísimo Señor Presidente:

Nuestra Patria, que, desde los días iniciales de su formación, ha contado siempre para su engrandecimiento moral y espiritual con la contribución de la Iglesia, cuyos Obispos somos, formando ciudadanos buenos y respetuosos de la autoridad legítima, conocedores y defensores del deber moral y de los derechos humanos, de la justicia y de la caridad; ha visto, normalmente, desenvolver su acción religiosa y cultural en un ambiente de paz, que es propicio siempre al bien del espíritu y a la tranquilidad popular.

Porque era dentro de una atmósfera así tranquila que la Iglesia Argentina venía desenvolviendo su obra espiritual, favorecida y estimulada por V. E. con palabras y hechos tan significativos y hondos como la Ley de la Enseñanza Religiosa, es que no hemos podido menos de experimentar una impresión de asombro y estupor frente a las declaraciones hechas públicas por V. E. para toda la Nación, por denuncias recibidas contra un muy reducido número de sacerdotes acusados de intromisión en organizaciones sindicales y estudiantiles.

No podemos ocultar a V. E. el vivo dolor que nos afecta a todos ante la sindicación hecha de tres beneméritos y dilectos Hermanos nuestros en el Episcopado, como abiertos enemigos del Gobierno.

Todos estamos perfectamente convencidos de haber trabajado y colaborado al bien del país, con todas nuestras fuerzas y nuestras mejores y rectas intenciones.

Muchas veces V. E. ha tenido palabras de reconocimiento y admiración para la obra de la Iglesia; para las 13.000 religiosas que trabajan y se sacrifican día y noche en hospitales, hogares de niños y ancianos, y escuelas; para los 8.000 sacerdotes y religiosos que desenvuelven su labor no pocos de ellos aislados y pobres, en parroquias inmensas extendidas por sierras y pampas. Lo dice y lo repite la devoción de un pueblo en su casi totalidad católico, siempre fuerte en su fe en Dios, en la Santísima Virgen y en el Papa.

Lo dice nuestra conciencia personal de Pastores, porque nosotros no queremos ni podemos faltar en dar el buen ejemplo de lealtad y fidelidad a la Patria y a sus autoridades legítimas.

¡Cuántas veces V. E. ha proclamado la necesidad de la Religión y de la Moral cristiana para la formación de una conciencia cristiana! ¡Cuántas veces V. E. ha señalado para la Argentina la necesidad del hombre bueno y de una juventud fuerte, sana y generosa! ¡Cuántas veces habéis afirmado, Excmo. Señor, que la doctrina social fué enseñada hace dos mil años y no conoce otro fundamento que el Evangelio de Cristo y las Encíclicas Pontificias, a las que V. E. ha recordado con respeto!

Por lo que se refiere a la actuación de los sacerdotes mencionados en tan reducido número, rogamos a V. E. quiera hacernos conocer las denuncias contra ellos formuladas, como lo pedimos en la última audiencia, a fin de que sus superiores eclesiásticos estén en condiciones de comprobar la objetividad de los cargos y el grado de responsabilidad existentes, para adoptar las medidas que puedan corresponder conforme a derecho.

En cuanto a las varias instituciones en que se agrupan nuestros fieles con fines de apostolado y de cultura religiosa correspondientes a sus condiciones de vida y estado, al indicar que su casi totalidad es anterior al año 1943, aseguramos a V. E., que ellas responden a la misión propia de la Iglesia de formar a sus fieles en el conocimiento integral de la doctrina católica, para actuarla en sus propias vidas, y que tales instituciones se rigen por estatutos y reglamentos que les marcan una orientación espiritual ajena a toda actividad de carácter político.

Frente a las fuerzas hostiles que podrían conjurarse contra el normal desarrollo no sólo de los actos de culto sino también de las mismas actividades católicas, nos tranquiliza la afirmación hecha por V. E. el año pasado en el acto de clausura del Primer Congreso de la Enseñanza Religiosa: "Yo, como católico, siento una inmensa satisfacción por el trabajo realizado por Vds. como así también, como servidor de la doctrina cristiana siento la inmensa satisfacción de que alguna vez comencemos a trabajar constructivamente para realizarla en nuestra comunidad".

Esa acción constructiva, Excmo. Señor, será amplia y segura mientras logre perdurar la relación armó-

nica entre el Estado y la Iglesia Católica, relación que, si en el curso de nuestra historia llegó alguna vez a sufrir eclipse, no fué quebrantada nunca. Actuaban como fuerza de testimonio soberano nuestra tradición y nuestra historia, mostrando la contribución incesante, valiosa y noble, que la Iglesia, con sus Obispos, con sus sacerdotes, en una gran parte hijos de nuestro pueblo amado y bueno, con sus fieles que eran y son la inmensa mayoría, dieron en el pasado y siguen dando en el presente al engrandecimiento moral y espiritual del país.

Es de todos sabido que la Iglesia, sus Obispos, Clero e instituciones católicas, sean de apostolado como la Acción Católica, o culturales y sociales, no pueden como tales intervenir ni actuar en el campo de la política partidaria estableciéndolo así las normas y prescripciones claras de la Santa Iglesia.

Queremos seguir siendo fieles a nuestra misión sagrada de orientar y formar cristiana y apostólicamente a nuestro pueblo, de acuerdo a la doctrina, revelada de Nuestro Señor Jesucristo, cuya eficacia sólo pueden discutir o negar quienes la desconocen, moviéndose la Iglesia y sus instituciones de estricta finalidad apostólica que dependen directamente de su Jerarquía, en el ambiente de libertad que le corresponde como sociedad perfecta, libertad fundada en el derecho divino establecido por su Fundador N. S. Jesucristo y en el derecho natural que le reconoce nuestra Constitución Nacional, que la ampara.

En esta hora tan amarga, no sólo somos nosotros. Pastores, los que sufrimos, sino principalmente vuestro pueblo, Excmo. Señor, que es nuestro pueblo, el cual está esperando la palabra tranquilizadora de serenidad y de paz. Nos apena la preocupación por lo que puede sufrir la República Argentina, y mucho nos aflige también por lo que ello puede entristecer a la persona augusta del Santo Padre S. S. Pío XII, que distingue con amor de predilección a nuestra patria, presente siempre en su cordial recuerdo, después de la grandiosa celebración del XXXII Congreso Eucarístico Internacional, realizado en el mes de octubre hace exactamente veinte años.

La alta comprensión de Vuestra Excelencia y su interés decidido por el bien público, harán seguramente que las dificultades surgidas encuentren pronta y completa solución, a fin de que el clima desfavorable que se intenta crear a la Iglesia y a su misión desaparezca, en bien de la paz pública y de la profunda unidad de la Nación.

Dios guarde a V. Excia. a quien saludamos con la más alta consideración.

(Firmado): *SANTIAGO L. Card. COPELLO, Arzobispo de Buenos Aires, Primado de la R. Argentina; ANTONIO Cardenal CAGGIANO, Obispo de Rosario; FERMIN E. LAFITTE, Arzobispo de Córdoba; CARLOS F. HANLON, Obispo de Catamarca; FRANCISCO VICENTIN, Obispo de Corrientes; ANUNCIADO SERAFINI, Obispo de Mercedes; JOSE WEIMANN, Obispo de Santiago del Estero; JUAN CARLOS ARAMBURU, Obispo de Tucumán; EMILIO A. DI PASQUO, Obispo de San Luis; ANTONIO JOSE PLAZA, Obispo de Azul; JOSE BORGATTI, Obispo de Viedma; LUIS A. BORLA, Vicario Capitular de La Plata; JOSE ALUMNI, Vicario Capitular de Resistencia.*

N. B. Los Arzobispos y Obispos ausentes, que no firman, han dado su conformidad a la presente carta.

(Fdo.) *SANTIAGO L. Card. COPELLO*

II

Carta Pastoral a los Cabildos Eclesiásticos, al clero diocesano y regular y a todos los fieles

En la mañana del día 23 de noviembre se nos entregó en el Arzobispado de Buenos Aires, para su publicación, la siguiente Carta Pastoral:

LOS CARDENALES, ARZOBISPOS y OBISPOS DE LA REPUBLICA ARGENTINA a los CABILDOS ECLESIASTICOS, al CLERO DIOCESANO y REGULAR y a TODOS NUESTROS AMADOS FIELES, SALUD, PAZ y BENDICION EN EL SEÑOR

Os debemos una palabra, estimados sacerdotes y fieles, en estas circunstancias que son del dominio público y que lamentamos profundamente. Palabra que sabemos ha sido por vosotros deseada y ansiosamente esperada; pero que ahora, disminuída la tensión de los ánimos, creemos tanto más eficaz y bienhechora, cuanto más oportuna y serenamente pronunciada.

Queremos, en primer lugar, expresar a todos y cada uno de nuestros queridos sacerdotes y fieles, que de tantas y tan diferentes maneras han hecho llegar a nosotros sus sentidas demostraciones de adhesión y afecto, nuestro profundo reconocimiento y las expresiones de nuestra sincera gratitud.

Frente a denuncias hechas contra algunos sacerdotes y asociaciones católicas hubiéramos deseado conocerlas como Obispos a fin de que, debidamente comprobadas adoptáramos en proporción a su gravedad las medidas pertinentes.

No podemos tener otro interés que el bien de nuestra Patria, que amamos y a la cual servimos lealmente, trabajando en el ámbito de nuestra misión espiritual cristiana. Para resolver en justicia y conforme a derecho las dificultades existentes renovamos nuestra voluntad a hacer en obsequio de ello cuanto estuviere a nuestro alcance, contribuyendo así, en la medida de nuestras fuerzas, a disipar malentendidos, prevenciones, apasionamientos y equívocos, señalando errores a fin de orientar, con criterio seguro y clara doctrina, todas vuestras actividades, principalmente las de formación cultural religiosa y de apostolado que la Iglesia inspira y dirige en cumplimiento de su esencial y divina misión.

Sois ciudadanos de la tierra y ciudadanos del cielo: pertenecéis a la sociedad civil del tiempo y a la sociedad eterna de las almas, que es la Iglesia. Ante las dos tenéis derechos y deberes que cumplir. De las dos es Autor Soberano el Unico Dios y Padre de todos, que está en los cielos. ¿Por qué, pues, habríamos de tener conflicto? ¿No es acaso la paz el gran bien que todos debemos buscar? Tanto la sociedad civil como la sociedad de las almas que es la Iglesia son sociedades perfectas y soberanas, cada una en su género, ya que ambas tienen fines propios que deben actuar simultánea y armónicamente para bien de los hombres, que pertenecen a ambas y que si viven y peregrinan en la tierra marchan, en definitiva, hacia el puerto de la

eternidad, como hijos de Dios, en busca de su fin supremo.

El Estado tiene derechos naturales que deben ser respetados por todos los ciudadanos: la Iglesia también tiene los suyos, que igualmente deben ser respetados. Es deber de los católicos ser buenos ciudadanos y estamos seguros que la contribución más profunda que da la Iglesia Católcia al país es la formación cristiana de los mismos.

La Iglesia no es una sociedad como las demás. Es una realidad sobrenatural que tiene un aspecto trascendente, pero también un aspecto temporal. Porque tiene un aspecto trascendente, Ella es regida invisible pero eficazmente por su Divino Fundador Jesús, animada por el Espíritu Santo en unidad de vida por la Fe y por la Gracia de Dios; porque tiene también un aspecto temporal, la Iglesia es una sociedad visible y Jerárquica, cuyos jefes son el Papa y los Obispos con autoridad necesaria para salvaguardar la fe, administrar la gracia de los Sacramentos y mantener la disciplina de los fieles. En este aspecto, formada por hombres, a nadie debe sorprender que, como madre de una gran familia, tenga en su seno justos y pecadores.

Ante todo debemos recordaros que estáis obligados a no comprometer los sagrados intereses de la Iglesia, obrando como no corresponde al carácter de vuestras funciones. Ningún sacerdote puede ni debe tomar parte en las luchas de partidos políticos sin comprometer su investidura y a la misma Iglesia. En el caso de defensa de los principios fundamentales de la doctrina católica no se trataría de oposición política, sino de defensa obligada del Altar. Frente al comunismo ateo y materialista, frente al divorcio absoluto, frente a la escuela laica y obligatoria, como a otras cuestiones esenciales de doctrina, ningún sacerdote podría permanecer indiferente sino que debería asumir la defensa serena y firme de los valores eternos.

La Acción Católica, por su parte, como las instituciones de apostolado tiene señalado y establecido, en sus estatutos y reglamentos, los límites de sus funciones y deben atenerse estrictamente a ellas, manteniéndose siempre fuera y por encima de los partidos políticos.

Los miembros de nuestras instituciones católicas, como todos nuestros fieles que personalmente gozan de libertad, como ciudadanos, para cumplir con sus deberes cívicos, siempre sin detrimento de los principios religiosos, deben evitar, sin embargo, dejarse arrastrar por el torbellino de las pasiones políticas. Es su deber respetar la autoridad legítimamente constituída y colaborar en la consecución del bien común, aun en la lícita expresión del propio juicio que, al ser expuesto con dignidad y respeto y guiado por el amor a la patria puede ser fecundo.

Declaramos también que la misión de la Iglesia no puede circunscribirse al ámbito de sus templos: Ella debe predicar el Evangelio en todas partes, según el mandato de su Divino Fundador. Se nos podrán cerrar las puertas de muchos ambientes. deploraremos entonces no poder allí cumplir nuestros deberes. Si nosotros, Obispos y sacerdotes que, en gran parte somos hijos de trabajadores, hemos tenido relaciones, por razones de nuestro ministerio sacerdotal, con los trabajadores de nuestro pueblo, ello ha sido porque respondimos a su deseo expreso y formal: al acceder a su invitación sincera y leal no abrigamos ninguna segunda intención y ninguno fué el móvil humano que guió la palabra o la acción sacerdotal sino el superior y sobrenatural de fortalecer la fe religiosa y hacerla más ilustrada, como puede y debe serlo en todo espíritu cristiano para llenar mejor su propia misión humana.

Hemos cumplido nuestros deberes sagrados ante Dios y nuestro pueblo y mientras esperamos confiadamente en Dios nuestro Señor y en la intercesión de la Inmaculada Virgen María elevamos nuestras plegarias y solicitamos las vuestras para que pronto llegue la sereni-

EN ESTE NUMERO:

EL OCTAVO DIA

GUSTAVO J. FRANCESCHI

Buenos Aires, 15 de noviembre.

RECUERDO muy bien los hechos. Era durante los últimos días de octubre 1917. Estaba dando unas conferencias en Córdoba y seguía, más que con interés, con angustia las noticias que traían los periódicos acerca de los acontecimientos que se desarrollaban en Rusia. ¿Lenín, Trotski, el comunismo? ¡Bah! Fenómenos transitorios y sin importancia. Todo ello pasaría como había venido, como una tormenta de verano. Y se demostraba *a priori* que prácticamente el comunismo no podía subsistir, que económicamente era absurdo, que sus hombres se entredevorarían, que la reacción se llevaría el bolchevismo por delante porque los hombres no podían vivir sin libertad. Los resultados quedaron a la vista bien pronto: treinta y siete años han pasado, no sólo no se derrumbó el comunismo en Rusia, sino que se ha extendido a más de una tercera parte de la humanidad, y todo induce a pensar que sus conquistas han de extenderse más todavía. Y nada, dentro de lo que puede verse, obliga a pensar que nunca abarcará el mundo entero. Esa posibilidad choca con nuestros sentimientos, pero en manera con alguna nuestra razón.

Lo que más me espanta es observar, no cómo los dirigentes comunistas conducen el juego, sino cómo innumerables dirigentes, que creen combatirlo, preparan su éxito, y cómo sus vicios los convierten en cómplices de sus peores enemigos: la sociedad contemporánea está amenazada no de asesinato sino de suicidio. Hace falta justicia por una parte (que como lo enseñan expresamente entre otros León XIII y Pío XI no existe sin caridad), y vida moral severa por otra, que no subsiste sin una doctrina religiosa que le sirva de base. No he de insistir sobre estos puntos acerca de los cuales he escrito muchas veces. Mi tema hoy es otro.

Supongamos que el comunismo se extienda al mundo entero ¿qué será de la Iglesia? Es evidente que ya no tendrá una vida pública sino que pasará a la clandestinidad. Y como la policía de los regímenes totalitarios modernos está mucho mejor organizada que la de Nerón, habrá muchos más mártires que en tiempos de este emperador. Desaparecerá todo esplendor externo religioso, los católicos no tendrán interés alguno en aparecer como muy numerosos. No se verán templos, ni cruces en los cementerios. Pero todo esto es lo accesorio. ¿Podrán salvarse las almas?

El problema ha sido estudiado por Hermann Gohde en un libro que acaba de publicar CRITERIO vertido del alemán: *El octavo día*. Para aliento de los apocados y para aleccionamiento de algunos hombres que en nuestro país juzgan oportuna una persecución de la Iglesia, quiero decir algunas palabras acerca de éste que en realidad no es problema.

Un tema que medita muy poco la mayoría de los cristianos y que ignora sustancialmente quien carece de fe es ésto: La Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, ha de repetir los mismos pasos de Cristo durante su vida real sobre la tierra. El Calvario es el momento en que Cristo redime a los hombres, y su cuerpo sagrado nos resulta inseparable de la Cruz. El Salvador habría podido realizar su tarea divina desde el Capitolio o desde el Jardín de Academos; prefirió libremente realizarla desde el más ignominioso de los patíbulos. Y todo ello debe reproducirse en la Iglesia. Sus enemigos, los que se ensañaron ayer contra ella y se ensañan hoy, imaginan que pueden vencerla con los mismos medios que les son útiles para triunfar de una nación, de una clase social, de un partido político, de una organización capitalista. Es que ignoran la índole sobrenatural del cristianismo, y además no han estudiado historia. Golpean entonces la sombra de la cruz, que es la que se proyecta al exterior; pero ni con escritos calumniosos, ni con confiscaciones económicas, ni con cárceles, ni con destierros, ni siquiera con muertes logran herir a la cruz verdadera, la cruz viviente, que no es la que está construída con hierro o madera en la torre de una iglesia o en el edificio de una sociedad juvenil, sino en lo más profundo de las almas.

Sin embargo un estudio algo atento de la historia debería haberles llevado a observar un hecho. Después de su fundación por Cristo, durante casi tres siglos los poderes de la tierra se ensañaron contra la Iglesia. Todos los apóstoles menos S. Juan perecieron en el martirio: ¿acaso esto interrumpió el apostolado? Y no se empleó contra el Cuerpo Místico de Cristo la sola fuerza. Fueron difundidas calumnias que no son superadas en violencia por las de hoy; hasta el cargo de antropofagia fué formulado en Roma contra los cristianos y fué creído por muchedumbres. Lenta, profunda, incontrastable, entre sufrimientos sin cuento, la corriente se abrió camino, y después de tres siglos de martirios, llegó a abarcar, ya que no la mayoría cuantitativa, la cualitativa: lo mejor, lo más honesto, lo más valedero del mundo antiguo. El emperador Constantino otorgó a la Iglesia la libertad, equiparó los obispos a los más altos dignatarios civiles, se construyeron templos públicos, cosa hasta entonces imposible... y en ese momento comenzó el drama, que duró varios siglos.

La Iglesia hasta entonces había padecido escasas herejías y de poca importancia relativa. Pero ellas comenzaron a brotar a cortos años de conseguida la paz. Sus autores se reclutaron entre la clerecía arrimada al palacio imperial, innumerables obispos que gozaban de los favores otorgados por los soberanos cayeron en ellas, arrastrando masas cristianas tales que pudo exclamar

---

dad y reine la paz y la concordia en el respeto mutuo que nos debemos.

Así lo esperamos y para que así sea os bendecimos de todo corazón en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Esta exhortación pastoral será leída en todas las iglesias de nuestras diócesis el domingo 28 de noviembre y el domingo 5 de diciembre.

Dada en Buenos Aires, a veintidós días del mes de noviembre del año del Señor de mil novecientos cincuenta y cuatro.

(Firmado): *SANTIAGO LUIS CARDENAL COPELLO, Arzobispo de Buenos Aires y Primado de la R. Argentina; ANTONIO CARDENAL CAGGIANO, Obispo de Rosario; FERMIN E. LAFITTE, Arzobispo de Córdoba; NICOLAS FASOLINO, Arzobispo de Santa Fe; ZENOBIO GUILLAND, Arzobispo de Paraná; ROBERTO TAVELLA, Arzobispo de Salta; AUDINO RODRIGUEZ Y OLMOS, Arzobispo de San Juan; LEOPOLDO BUTELER, Obispo de Río Cuarto; CARLOS HANLON, Obispo de Catamarca; FROILAN FERREIRA REINAFE, Obispo de La Rioja; FRANCISCO VICENTIN, Obispo de Corrientes; ENRIQUE MUHN, Obispo de Jujuy; ANUNCIADO SERAFINI, Obispo de Mercedes; JOSE WEIMANN, Obispo de Santiago del Estero; ALFONSO BUTELER, Obispo de Mendoza; GERMINIANO ESORTO, Obispo de Bahía Blanca; JUAN CARLOS ARAMBURU, Obispo de Tucumán; EMILIO A. DI PASQUO, Obispo de San Luis; ANTONIO JOSE PLAZA, Obispo de Azul; JOSE BORGATTI, Obispo de Viedma; LUIS A. BORLA, Vicario Capitular de La Plata; JOSE ALUMNI, Vicario Capitular de Resistencia.*

S. Jerónimo que "en un momento el mundo se había vuelto arriano". El emperador quiso convertirse en jefe de la Iglesia, no le bastaba mandar sobre los cuerpos: quiso imperar sobre los espíritus, de ahí nació lo que fué llamado *cesaro-papismo*, concepto que de una manera u otra renace en todos los regímenes totalitarios. En Oriente esto produjo por fin el cisma, la ruptura definitiva con Occidente, y facilitó la conquista turca y la desaparición del imperio bizantino. Menos favores y más respeto a los verdaderos derechos de la Iglesia habrían valido cien veces más tanto al Papa cuanto a César.

El fenómeno se produjo de nuevo a comienzos del Renacimiento. La época bizantina no se caracterizó por un alejamiento progresivo del cristianismo profundo: los emperadores se creían verdaderos cristianos, la oración no era en ellos una mera ceremonia y el pueblo era escasamente instruído más hondamente cristiano. En cambio desde fines del siglo XV se observa el relajamiento de la vida cristiana en las clases dirigentes, y en los jefes una inclinación a la religiosidad ostentosa y hueca, una propensión a ver en la Iglesia un elemento que utilizar para fines que de espiritual no tienen nada. Como lógica consecuencia de todo ello, las formas exteriores se mantuvieron incólumes, se proporcionaron dotaciones al culto, se llamaron prelados a los consejos de los reyes, que de ordinario continuaron recibiendo los sacramentos, se multiplicaron los títulos eclesiásticos pomposos. Y hubo hombres de Iglesia ingenuos que creyeron adquirir con esto la adhesión de los fieles y contribuir a la gloria de Dios. Mientras tanto, todo ello sirvió de pretexto a una intromisión cada vez mayor del Estado en la Iglesia y a un cercenamiento cada día más absoluto de las facultades reconocidas a lo espiritual. Esa crisis lleva el nombre de *regalismo*, que no es sólo de los monarcas absolutos, sino también de sus continuadores democráticos, y más todavía de los totalitarios.

Pero la vieja sociedad renacentista está en trance de disolución. Esto podía entreverse hace ya años; basta recorrer la colección de CRITERIO para comprobar que por mi parte lo he venido anunciando, a la par de muchos hombres en todas las naciones del mundo. Mas es indispensable construir algo nuevo y las salidas son varias, siendo necesario escoger entre ellas.

Una de estas salidas es sin duda el comunismo. Resulta temible porque destruye la obra de veinte siglos, porque mete a los hombres en un molde único suprimiendo toda libertad del pensamiento, porque menosprecia la dignidad humana. Lo intrínsecamente malo del comunismo no es tanto su reformismo económico cuanto su régimen político que constituye un atentado contra el Espíritu y se halla concretado en la célebre fórmula de Mussolini; "el Estado es un absoluto, el individuo y la familia son relativos que reciben del Estado sus derechos", y su ideología, sustancialmente atea; y ateo sería aun cuando hasta cierto punto permitiera las prácticas religiosas individuales; acabaría siempre por conducir a la servidumbre.

Es natural que en épocas de desbarajuste haya individuos que crean ser la única solución posible una centralización de la autoridad, con el agregado de estar convencidos de ser ellos los destinados a desempeñar el papel de jefes. Los ejemplos más salientes de estas personalidades en la era moderna son Mussolini e Hitler. Una característica los distingue: éstos en alguna forma invocan la democracia, pero sus procedimientos son demagógicos. Excitan al pueblo, estimulan sus deseos y luego lo persuaden de que únicamente ellos pueden satisfacerlos. A veces sus actividades son fruto de la ambición, a veces de la buena fe, y éstos son los más peligrosos porque con más dificultad rectifican su conducta. De todos modos llegan ellos también al totalitarismo, y la Iglesia los molesta si los dirigentes de ella mantienen su independencia. Entonces mediante atenciones que les cuestan poco procuran captar su gratitud, alcanzarlos en su dignidad, invocar servicios prestados, dejar entrever peligros, sugestionarlos, practicar la vieja fórmula del *do ut des* (doy para que des), y convertir de este modo a la Iglesia en instrumento de su dominación. Por este camino también se acaba por ir al drama, pero no de carácter universal como en el caso del comunismo, porque ninguno de los jefes totalitarios contemporáneos domina un país capaz de someter el mundo.

Por otra parte esos pequeños regímenes totalitarios, según nos lo enseña la historia de los últimos siglos, carecen de duración: nunca van más allá de la vida del caudillo, no existe un Napoleón II. Pero ofrecen un peligro tremendo: preparan, aunque no lo quieran, el camino al comunismo, porque acostumbran a las gentes a esperarlo todo del Estado, porque crean un estado de ánimo de sumisión: el fascismo, decíame un día Mons. Civardi, director de la Acción Católica Italiana hace muchos años, todo lo que ha conseguido es meter una camisa roja debajo de cada camisa negra. El fascismo destruye no sólo la prepotencia capitalística —¡cuando lo consigue!— sino lo social del cristianismo, y fué la sola presencia del Papa la que impidió que Italia derrotada en la guerra cayera en manos del comunismo. Graves han sido los desórdenes engendrados por el individualismo capitalista, y será necesaria una transformación completa del régimen para crear una sociedad tolerable; pero una cosa es cierta: si se quiere que el futuro sea digno del hombre, será necesario enseñarle a usar rectamente de su libertad, pero no destruirla.

Ahora bien, si se considera el estado general de la humanidad, se echará bien pronto de ver que no sólo las zonas políticamente conquistadas por el comunismo abarcan alrededor de novecientos millones de hombres, o sea casi una mitad de la humanidad, sino que no hay nación alguna que no esté más o menos *nucleada* por grupos comunistas que adoptan las tácticas más diversas y al parecer más contradictorias para dilatar el imperio de sus ideas. Frente a ellos encontramos una multitud de naciones que no son comunistas, que hasta son anticomunistas, pero que se hallan divididas por rasgos sustanciales. Algunas están dominadas por tendencias totalitarias, otras han sido invadidas de golpe por la cultura técnica y son especialmente inestables, algunas son víctimas de un capitalismo desenfrenado. En todas partes, sin distinción de campos, se impone un materialismo pujante, que es doctrinario en el comunismo y en algunas fórmulas totalitarias que los superficiales imaginan anticomunistas, que es práctica en muchos capitalistas, hasta en algunos que llevan una vestidura religiosa, pero que en todas partes ha de llegar hasta las últimas consecuencias. Y la principal de éstas es la siguiente: la Iglesia, que encarna orgánicamente el principio espiritualista y sobrenatural por excelencia, debe desaparecer. Se emplearán contra ella armas diversas: el despojo económico, la calumnia, el soborno, la seducción, se cubrirá de dinero a sus dirigentes o se los arrojará a la cárcel, se intentará descalificarlos antes sus súbditos, a éstos se los dispersará, se les impedirá animarse mutuamente, se les colgará el sambenito, de "chupacirios", se los acusará de traidores a una patria, a una tendencia, y la Iglesia pasará a la Vía Dolorosa propiamente dicha.

En tales condiciones, quebrantada la moral por el materialismo imperante, destruida la unidad, la victoria del comunismo es, si no segura al menos muy probable. Estamos viendo ya a los diversos totalitarismos establecidos en el mundo buscando la alianza económica con ciertas naciones comunistas, a otros apoyando a las tendencias asiáticas enemigas de la civilización cristiana occidental, por ejemplo la Liga Arabe. Es claro que el día en que triunfe, el comunismo integral no dejará de pie a una sola de las personalidades que con lamentable inconsciencia han aflojado los resortes de la moral al combatir la Iglesia. Y poco importa que el ataque haya sido contra el dogma propiamente dicho, o contra la jurisdicción, o contra el derecho de adoctrinar en el terreno social, o contra las instituciones. Débese comprender que en la Iglesia todo es solidario. Ha habido hombres en nuestros días: Hitler, por ejemplo, que han pretendido crear un nuevo cuerpo de doctrina, que en ciertos momentos tomaba un aspecto vago de cristianismo. Pero en el fondo la oposición a la Iglesia, o la pretensión de convertirla en simple instrumento del Estado, era clara. El choque fué inevitable y sobrevino.

Pero en el pasado y hasta hoy esas luchas y perse-

cuciones eran locales; ahora el peligro y probabilidad es universal, y a éste especialmente me refiero. Es muy posible que la Iglesia toda haya de entrar en la clandestinidad, tal cual la describe Gohde. ¿Que implica ello?

Los sacerdotes celebrarán la misa ocultamente, como ha sucedido en muchos tiempos y países, la Eucaristía será distribuída por laicos, como se lo hizo recientemente en Méjico y España, las iglesias materiales serán quemadas, como ha acontecido innumerables veces en la historia, la organización de los católicos será por grupos pequeños, como hoy mismo ocurre en los países dominados por el comunismo. Pero todo eso no destruirá el fervor, ni la oración, ni suprimirá la misa. De todo esto tiene experiencia la Iglesia, y la purificación sobrevendrá.

Una purificación es, en efecto, necesaria. Se ha contado demasiado con medios mundanos: apoyo del Estado, apoyo de la riqueza, honores profanos. En la Iglesia han entrado demasiados débiles y un número crecido de individuos para quienes la práctica religiosa no pasaba de ser un seguro contra el infierno, y gentes que procuraban unir la piedad con las flaquezas humanas menos justificables. La persecución es una poderosa y saludable zaranda que, según la comparación evangélica, separa la paja del trigo. En virtud de ella el número de miembros de la Iglesia disminuye, pero su valor se acrecienta, el sufrimiento y la exigencia del esfuerzo aumentan el sentido de la vida cristiana, el apostolado se desarrolla en sus formas más profundas, y es un hecho que una Iglesia probada de este modo cobra una vitalidad extraordinaria. Testigo Méjico donde después de la persecución entablada por el dictador Calles el catolicismo ha florecido más que nunca. Y así viene aconteciendo de dos mil años a esta parte. La palabra de Cristo no falla: las fuerzas del infierno no prevalecerán.

Gohde, en su libro, nos muestra todo el proceso del apostolado en la clandestinidad. Los cristianos saben que hay un Papa, pero ignoran su residencia, los obispos y sacerdotes viven como todo el mundo. Hasta la imagen del crucificado queda envuelta en el secreto: el signo de los creyentes es la rosa blanca. Pero a ésta se la encuentra por doquiera: hasta en las oficinas de la tiranía, hasta en los campos de concentración esparcidos por el mundo entero, se halla la rosa blanca, siquiera dibujada en los muros. La autoridad civil evita en cuanto puede los martirios sangrientos, prefiere las confiscaciones, el hambre, las cárceles. Y la situación dura más de un siglo ya. ¿Por qué no? Se prolongó más de doscientos cincuenta años bajo los emperadores romanos, y en Inglaterra el delito de decir misa fué castigado con la muerte durante más de dos siglos. En caso de que lo previsto por Gohde sobrevenga, no hay duda de que se producirán apostasías y traiciones: así ha acontecido siempre. Pero la resurrección vendrá, como sobrevino después del Gólgota. Cité en un artículo no muy remoto la frase de Tertuliano: "la sangre de los mártires es semilla de cristianos". Esa es la ley.

Existe un libro escrito en el siglo IV por Lactancio que lleva por título en latín *De morte persecutorum Ecclesiae* (Acerca de la muerte de los perseguidores de la Iglesia). Desde entonces acá se ha encontrado abundante material para agregarle muchos capítulos; es en realidad una cadena de fracasos que se inician con el de Pilatos. Si sobreviene lo que prevé Gohde, se le sumarán unos cuantos párrafos, y el libro quedará abierto. Es que los medios que se pueden emplear no pasan del orden material, y estos son de corta eficacia contra el espíritu.

En síntesis cabe recordar la anécdota de Napoleón. Intentaba el fundador de la religión *teofilantrópica*, La Reveillère-Lepaux, persuadir al Primer Cónsul de que adaptara oficialmente su credo. Y Bonaparte, después de haberlo escuchado, le respondió: "En último resultado, ciudadano, Ud. quiere sustituirse a Cristo; pues bien, hágase crucificar un viernes, procure resucitar el domingo siguiente, y luego hablaremos".

Y así acontece siempre. Cristo resucita al tercer día, pero sus enemigos mueren definitivamente.

La significación sociológica del ocultismo

Joseph Folliet

Lyon.

SUBESTIMADO, aun desdeñado por las autoridades de la historia y de la sociología, poco menos que ignorado por la casi totalidad de los filósofos y de los teólogos, no por eso el fenómeno ocultista deja de constituir una de las constantes más firmes y más enigmáticas de la historia y de la sociología religiosa. Si sería interesante deducir su sentido psicológico y su alcance espiritual, no es de menos interés penetrar en su significación sociológica.

A decir verdad, para no faltar a la justicia, la ignorancia de algunos y el menosprecio de otros, aunque no se justifica, se comprende. La corriente ocultista es subterránea; no emerge sino a intermitencias, en un borbotar desordenado; para conocerla se necesita fijar la atención sobre ella, discernirla de las precauciones y las disimulaciones con que se rodea, lo que supone poseer una práctica muy poco difundida del pensamiento, del vocabulario y de las costumbres ocultistas. Es, asimismo, una corriente de las más mezcladas y más turbias, que arrastra confundido oro, barro y residuos, temas profundos y simplificaciones primarias de la religiosidad y de la magia, lucidez e ilusión, sinceridad y charlatanismo, ascetismo y erotismo, contemplación desinteresada y una voluntad de poder no solamente terrestre sino terrosa. Hay en esto materia para provocar las ironías o, al menos, las pretericiones prudentes. Agreguemos que un estudio a fondo del ocultismo va acompañado de algunos peligros, internos y externos, simbolizados ya por el arquetipo famoso del velo de Isis que no se levantaba impunemente, ya por la célebre anécdota sobre el abate de Villars, víctima de un silfo evocado por su imprudencia, y con más verosimilitud, de un grupo de gente cuyos secretos había sorprendido.

¿QUE ES EL OCULTISMO?

¿QUÉ es exactamente el ocultismo? La definición no es cómoda y los mismos iniciados la discuten sin fin, y con mayor razón los profanos. Una reciente y notable obra de Amadou y Kanters, cuya seriedad rompe con la desbocada fantasía que muestra el aficionado a la literatura ocultista, ha intentado definir el fenómeno por su contenido intelectual, por los motivos comunes que inspira al conjunto de los pensadores ocultistas. El resultado de este ensayo aunque de valor, es discutible. Para nuestra investigación sociológica preferimos partir de una definición más formal, más superficial si se quiere, pero por lo mismo más accesible al común de la gente.

Como lo indica la etimología, para nosotros el ocultismo, desde el punto de vista de las relaciones sociales que forman el objeto formal de la sociología, se define por el secreto. Ciertamente, el secreto no basta para definirlo, pues entonces se confundiría con todas las sociedades secretas, que no son necesariamente ocultistas. El secreto del ocultismo es ante todo doctrinal. Lleva a la diviión característica entre exoterismo y esoterismo: una doctrina exotérica presentada a todos bajo la forma de exposiciones filosóficas o teológicas, de mitos y de símbolos, y una doctrina esotérica, la única cierta, reservada a la gente del interior, a los iniciados. El ocultismo supone una iniciación o, más exactamente, la Iniciación, con mayúscula, sobre la cual René Guénon, uno de los más profundos ocultistas contemporáneos ha escrito una obra cuyas claridades permanecen bastante misteriosas. Normalmente, la Iniciación toma la forma de la Tradición, siempre con mayúscula, entregada a manera de enseñanza de maestro a discípulo bajo la forma de iluminaciones sucesivas y progresivas, a la manera del *guru* tibetano o del *mahatma* hinduista y de sus alumnos. De ahí la importancia de la Tradición en el pensamiento ocultista y de que, naturalmente el ocultismo se arrogue el monopolio de lo que él llama los "estudios tradicionales". Por los caminos de la iniciación no todos llegan al mismo punto; sólo algunos "grandes iniciados", como decía Edouard Schuré, alcanzan las cimas supremas; los otros se detienen en el camino. De eslabón en eslabón, la Tradición remonta, en el espacio, a algunos de esos iniciados, desconocidos del público —los Mahatma de la teosofía besantiana, los sabios del Tibet invocados por otras tendencias— y, en el tiempo, a una revelación primitiva, conservada sobre el plano exotérico por todas las religiones positivas y por ciertas sociedades secretas como la Franc-Masonería o, sobre el plano esotérico por las "logias" secretísimas de los iniciados superiores. Si la iniciación tradicional es la vía normal que conduce a la verdad oculta, sin embargo no es la única, pues la iniciación puede hacerse por iluminación personal, como en el famoso caso del zapatero remendón y teósofo Jacob Boehme. Místicos ortodoxos, ignorantes de la verdad esotérica, por ejemplo un Maestro Eckart (al decir de los ocultistas y les dejo su responsabilidad), filósofos, hasta poetas, tales como un William Blake, un Baudelaire, un Hugo pueden tener iluminaciones parciales que los aproximen a la verdad esotérica.

En esta verdad esotérica se encuentran constantes, puestas en luz por Amadou y Kanters: un panteísmo inmanentista, según el cual la materia no es sino una degradación del espíritu y, al fin de cuenta, una ilusión; la existencia y la acción de fuerzas espirituales, hasta de espíritus intermediarios, maléficos o benéficos, por ejemplo los elementales; la posibilidad para el hombre de captar esas fuerzas espirituales por los ritos apropiados de magia blanca o negra; la metempsicosis o, al menos la transmigración de las almas; la concepción del hombre no como un compuesto sustancial de alma y cuerpo, sino como una serie de degradaciones imbricadas las unas en las otras, entre la chispa puramente divina y este espíritu entorpecido que es la materia: de ahí la importante noción de lo astral, plano intermedio entre el espíritu y el cuerpo, para atrevernos a emplear esas expresiones corrientes; el tema de las correspondencias universales entre lo sensible y lo espiritual, entre lo grande y lo pequeño, según la terminología de Paracelso, entre lo que está arriba y lo que está abajo, entre el microcosmo y el macrocosmo, con un simbolismo universal por consecuencia; la posibilidad para el hombre de superarse indefinidamente y de acceder a la divinidad o al estado casi divino: procedimientos mecánicos e infalibles de éxtasis (el *Yoga* del hinduismo), poder de trasmutar los metales, de curar todas las enfermedades y de prolongar indefinidamente la existencia (la piedra filosofal, la panacea y el elixir de larga vida de los alquimistas), facultad de prever el porvenir (astrología y adivinaciones diversas); concepción de la evolución histórica en inmensos ciclos ritmados con un principio y un fin (Kali Yoga y tema del eterno retorno); concepción del fin del mundo como un retorno universal a la divinidad, con abolición por última consecuencia de la distinción entre el bien y el mal, "apocatastase" para usar el término de Orígenes, entrevista por William Blake en sus *Songs of experience* y por Víctor Hugo en el *Fin de Satán;* en fin, posibilidad de salvación personal para cualquier hombre en cada religión positiva de su país y de su tiempo, equivaliéndose en definitiva todas las religiones y todos los caminos por conducir al mismo fin: por ello el ocultismo coincide fácilmente con el paganismo.

No hemos de juzgar aquí el valor intrínseco de esas posiciones y de esos temas que forman una mezcla inextricable de verdadero y de falso, de arbitrario y de experimental. Lo menos que de ellos se puede decir es que despiertan en todo espíritu formado en las disciplinas críticas, sobre todo si conserva el sentido religioso, una justificada desconfianza.

La historia oficial, lo hemos dicho, descuida la corriente ocultista. A quien sabe ver, sin embargo, su perseverancia en el tiempo y su universalidad en el espacio se le presentan con nitidez. Entre todas las áreas de cultura censadas por los etnólogos y todas las civilizaciones enumeradas por los historiadores, no hay casi ninguna que no tenga sociedades secretas, grandes o pequeñas, con tradición e iniciación, mitos y símbolos, doctrinas en las que se encuentra en estado bruto o elaborado según los casos, algunos de los temas del ocultismo, en particular la transmigración de las almas. Es suficiente recordar el papel de las sociedades secretas en tres mundos tan diferentes y separados como el mundo negro, el musulmán del Medio Oriente y del Africa del Norte y el mundo extremo-oriental, China y Japón. Ahora bien, muchas de esas sociedades presentan caracteres ocultistas, por ejemplo el sufismo en el Islam, el taoismo en China, el budismo Zen en el Japón, el vuduismo entre los negros de las Antillas. No ignoramos, claro está, las enormes diferencias que separan a esos grupos y nada sería más imprudente que comparaciones superficiales o generalizaciones apresuradas; pero no menos imprudente sería negar las analogías materiales y formales que los aproximan.

En Occidente, si dejamos de lado la controvertida cuestión de los misterios antiguos, un poco rápidamente anexada por las teorías ocultistas, la historia de los orígenes cristianos revela la existencia de una fuerte corriente ocultista bajo las especies de la gnosis, que se apresura a parasitarse a la religión naciente. La gnosis cristiana coexiste, por otra parte, con una gnosis pagana y otra judía, la cual tendrá efectos derivados pero persistentes en la Kábala, tan bien estudiada por Paul Vulliaud, inteligente erudito, en un libro demasiado olvidado en nuestros días. ¿De dónde venía la gnosis?... No ha surgido por generación espontánea. Los historiadores se plantean la cuestión, pero de ninguna manera la resuelven. Comprobamos *de visu* el aspecto fugaz y evasivo de la corriente ocultista, desconcertante para el historiador oficial, incómoda para el historiador sin prejuicios.

Sea lo que sea, a pesar de la declarada hostilidad de todas las religiones positivas (salvo el neo-paganismo teúrgico de Juliano el Apóstata), a pesar de las frecuentes proscripciones dictadas por las autoridades políticas, el gnosticismo sobrevivió por largo tiempo y no creemos aventurado que haya huellas de él, mezcladas al maniqueísmo y al cristianismo ortodoxo, en el catarismo, el movimiento religioso más profundo y más importante de la Edad Media. Se lo ve cada vez mejor, el catarismo no era, a diferencia de la *pataria* o del movimiento valdense, una simple herejía cristiana, sino una nueva religión, concurrente con el cristianismo, que conservaba algunos vestigios y algunas apariencias cristianos. La transmigración de las almas, la distinción entre perfectos y simples fieles, una cierta conjunción de ascetismo total y de laxitud sexual recuerdan singularmente a la gnosis. El catarismo había sufrido influencias orientales por el canal de los bogomilas o búlgaros. ¿Pero qué eran exactamente los bogomilas?... Todo lo que de ellos nos queda son algunas referencias parciales, quizá calumniosas en parte, y tumbas enigmáticas en las selvas yugoslavas. A pesar de las predicaciones y las hogueras, no obstante la cruzada contra los albigenses, el catarismo no desapareció de un golpe ni enteramente. ¿Ha influenciado, directa o indirectamente, ciertas novelas de caballería, en particular el ciclo de la Mesa Redonda?... No somos lo bastante eruditos en la materia para decidirlo. Si se cree a Otto Rahn, del catarismo procede el tema del Graal. En todo caso, ese tema ha venido a ser uno de los motivos más constantes y más equívocos de la mitología occidental, y el sortilegio de Wagner, lejos de ello, no le ha arrebatado su carácter ambiguo. Por las reminiscencias cátaras, la influencia del gnosticismo se ha prolongado hasta los tiempos modernos (sin hablar del renacimiento contemporáneo de una iglesia gnóstica, que parece muy bien ser un "canular" o una auto-mistificación, pero en semejante materia ¿qué se sabe?).

La Edad Media vió también una eclosión muy sombría del ocultismo —que durará hasta el SIGLO XVIII—, más oscura que todas las otras, con la epidemia de magia negra y de brujería que tanto trabajo dió a la Santa Inquisición y luego a los parlamentos. No hacemos al ocultismo la injuria de confundirlo con la goecia o magia negra, ni aun con la pura y simple superstición, pero el parentesco y las similitudes parecen innegables, ya que la brujería forma las aguas más negras de una corriente de colores muy diversos. No obstante la obra muy erudita de Th. de Cauzons, la historia de la hechicería en Francia está todavía por escribirse o, mejor dicho, por reescribirse, teniendo en cuenta los nuevos documentos y los progresos de la psicología patológica y de las ciencias folklóricas. Un ensayo como los *Sorciers du Canton*, de Henri Pourrat, es desde este punto de vista, más sugerente que muchas fastidiosas compilaciones. En la hechicería, aunque disguste a los historiadores racionalistas, es innegable que permanece un residuo de hechos; y la explicación visionaria que de ellos se propone Michelet, en su extraño libro *La Sorcière*, parece irrisoria. Según toda verosimilitud, los "sabbats" (asambleas nocturnas de los hechiceros) no eran ni una invención de mitomaníacos ni alucinaciones colectivas (¿qué es, por otra parte, una alucinación colectiva, y lo que así se llama se lo ha comprobado alguna vez?). Aun concediendo la parte de error y de ilusión, no se puede, por ejemplo, poner en duda totalmente el testimonio de los grandes misioneros del SIGLO XVII en el Oeste de Francia, un Juan Eudes, un Maunoir, un Le Nobletz, que por todas partes tropezaron con verdaderas ligas de hechiceros. Y Jean Bodin, ilustrado magistrado, que quemó tantos de ellos, no era ni un estúpido ni un soñador. Hoy, a la distancia, parece que la hechicería ha sido la encrucijada de diversas influencias: supersticiones populares, antiguos procedimientos de magia como los que describe Horacio, resurgimiento de los viejos cultos paganos de fertilidad, siempre obscenos y crueles, persistencia de antiquísimas mitologías, eclipsadas por el cristianismo, como esa "mitología francesa" que entrevén los trabajos aventurados pero interesantes de Dontenville, temas ocultistas disimulados y desparejos y el todo confundido con la sorda rebelión campesina contra las autoridades oficiales de los monjes, del clero, de la nobleza y de la burguesía. Llama la atención otro rasgo: la semejanza entre las descripciones del "sabbat" y las que hacen de las prácticas vuduistas en Haití observadores contemporáneos, un Seabrook, por ejemplo. Esa corriente negra marcha subterráneamente. A veces, es iluminada parcialmente por la luz siniestra de las hogueras. O bien un escándalo en las altas esferas que es imposible ocultar: el "affaire" Gilles de Rais, el "affaire" de los Poisons, con la espantosa figura de la Voisin. Hoy, en un contexto diferente, después de las "luces" racionalistas, ese tipo de hechicería (decimos bien: ese tipo) se refugia en los cantones separados, de preferencia en los más descristianizados. En un rincón de la Creuse el hechicero ha ganado su milenaria batalla contra el sacerdote; todavía se lo consulta, en tanto que el sacerdote permanece en la soledad.

Contrariamente a lo que parece pensar la historia oficial los SIGLOS XVI y XVII no están de ninguna manera marcados por la decadencia del ocultismo: Lucien Febvre lo ha demostrado perfectamente en su Rebelais. Un ocultismo completamente diferente, es cierto, de la hechicería. Un ocultismo sabio, erudito, hasta pedante, el de un Cornelius Aggrippa (el Herr Tripa, de Rabelais) o de un Paracelso. Quien tiene la experiencia histórica de las sociedades secretas las siente agitarse y bullir detrás de los decorados oficiales con los que se contentan los historiadores, sin poder justificar, por otra parte, esta intuición sino por indicios y vestigios. Así la Rosa-Cruz. Su existencia parece cierta en épocas diferentes. ¿Pero qué ha hecho? ¿Cuáles fueron exactamente su papel y su influencia? Y su fundador, Christian Rosenkreuz, ¿es otra cosa que un mito? (sin hablar de los pseudos Rosa-Cruz que surgirán en nues-

tro tiempo, del Sar Peladan, el Zéphyrin Delumiére, de León Bloy, de Rudolf Steiner, más serio y más peligroso, conocido bajo el nombre de antroposofía o *Lotus Bleu*). Del mismo modo para esa pululación de grupos libertinos, protestantes u ocultistas de los que saldrá la Franc Masonería. (A pesar de los trabajos de Bernard Fay, el paso de la Franc-Masonería llamada "operativa", la de los franc-masones, compañeros albañiles a la Franc-Masonería llamada especulativa, sigue siendo un enigma). "Larvatus prodeo", avanzo disimuladamente, esta fórmula de Descartes, muchos de sus predecesores, de sus contemporáneos y de sus sucesores hubiesen podido hacerla suya.

A fines del SIGLO XVIII, en los días que preceden a la Revolución, caen algunas máscaras. El ocultismo se muestra a media luz, y aun algunas veces a plena luz, con Mesmer, Cagliostro, Saint-Germain, Casanova, misteriosos aventureros. Son casi ley de la historia esos accesos de ocultismo en los momentos de descomposición social: a Cagliostro y Saint-Germain responden los Felipe, los Rapustin y los Yossoupof de la Corte de Nicolás II, los magos de la República de Weimar, como ese Hanussen que la Gestapo asesinó. Hacia fines del siglo de las luces, al lado de los charlatanes se multiplican las "logias" para-masónicas, semi-ocultistas, semi-políticas. "Iluminados" de Weishaupt en Alemania, "iluminados" de Lyon, con Vuillermoz, "martinistas" con Martínez Pasqually, luego Saint-Martin, el filósofo desconocido. Se atribuyen a Cazotte curiosas aventuras, singulares profecías. Luego todo desaparece en la tormenta de la revolución y de la guerra.

El ocultismo reaparece después de la Revolución. El ocultismo tradicional y aristocrático con Fabre d'Olivet, Eliphas Levi y los discípulos de Sevedenborg, entre los cuales Balzac. Pero también, lo que es muy conforme con la evolución del siglo, un ocultismo nuevo, vulgarizado, popularizado, democratizado, al alcance de M. Prud'homme (el hombre medio), de Bouvard y Pécuchet. Es la epidemia espiritista salida de los Estados Unidos con las tribulaciones de la familia Fox, la que gana el mundo entero. En Francia su gran propagador es el "mago" lionés Rivail, llamado Allan Kardec. El espiritismo, que Huysmans con su espíritu burlón llamaba las "letrinas del más allá", no es sino un subproducto del ocultismo al alcance de los porteros, denunciado y menospreciado por los ocultistas tradicionales; como tal no entra en nuestro campo; por su extensión y por sus efectos merecería, por otra parte, un estudio especial. Después del espiritismo, la teosofía, también democratizada, puesto que pone al hinduismo a disposición de las "School-Mams" anglosajonas, pero más conforme con la tradición ocultista: primero la teosofía "clásica" de Alcott, de Mme. Blavastsky, de Annie Besant, de Leadbeater y del "mesías" Krishnamurti; después la de Rudolf Steiner, la antroposofía, cristianismo esotérico que vuelve a la tradición de la aristocracia oculta. La *Christian Science*, la "curación de los enfermos", con la señora Baker-Eddy, cuyo retrato ha trazado Stefan Zweig: la *Christian Science* conoce en los Estados Unidos un extraordinario desarrollo. Bajo esos grandes movimientos, la pura tradición ocultista prosigue su curso con un Saint-Yves d'Alveidre, un Papus (D. Encausse), un Stanislas de Guaita, el amigo de Barrès, luego en nuestros días un René Guénon que concluye en el islamismo esotérico. El satanismo, los "sabbats", las misas negras no faltan: no todo es mórbida imaginación en *Làs-Bas*, de Huysmans. Las sucesivas investigaciones de Jules Bois, de Gascon y de Pierre Geyraud sobre las pequeñas religiones y las sectas de nuestro tiempo vuelcan un cierto número de piezas en el fichero, no siempre con la necesaria crítica. La gran literatura contribuye con su testimonio: Gérard de Nerval, muerto por asesinato o suicidio, el Balzac de *Louis Lambert* y de *Séraphita*, Víctor Hugo, Huysmans. Entre las antologías literarias del ocultismo la mejor es la de Amadou y Kanters.

Es pues cierta la presencia del ocultismo en la historia. Se lo sitúa, sea porque el azar saca a luz la acción de una sociedad secreta, como fué el caso para los Iluminados y, en nuestros días para la Sinarquía; sea por las obras de un teórico ocultista, un Saint Martin, un Guénon, o por los efectos del pensamiento ocultista sobre la obra de un escritor; sea por el escándalo de un gran aventurero, un Cagliostro, un Casanova o, más recientemente, un Alaistu Crowley, agente secreto y estafador internacional, pintado en una extraña novela policial *Desire to Kill*, bajo el pseudónimo transparente de Bannister Moubray. Todo eso se presta, por otra parte, a la incertidumbre, a la confusión, a la leyenda, a los delirios de interpretación, al sistema. Los comentaristas, ocultistas o racionalistas, no se privan de colmar las lagunas y de interpretarlas.

LAS LEYES DE LAS SOCIEDADES SECRETAS

SECRETO, el ocultismo obedece a las leyes generales de todas las sociedades secretas, que ni la historia ni la sociología han estudiado todavía lo suficiente.

Da satisfacción a una de las tendencias más profundas de la naturaleza humana, al deseo de distinción o, para emplear el lenguaje moral, al orgullo de la diferencia. De ahí la importancia del esoterismo, de la iniciación, de las etapas y de las jerarquías iniciáticas. En un mundo de profanos, el iniciado es el que sabe, por oposición a los que no saben, y el iniciado superior es el que conoce por iluminación directa, por encima de los que comienzan a descifrar las sombras de la caverna. La satisfacción es a la vez durable, progresiva y sutil, tanto más sutil cuanto es más secreta, lo que permite un delicado desquite sobre las inferioridades y los fracasos de la vida corriente. El segundo patriarca de la iglesia gnóstica, Jean Bricaud, enterrado en el cementerio de Francheville cerca de Marius Gonin, era un simple empleado del Crédit Lyonnais. Esa dignidad, ¡qué desquite sobre la monotonía del trabajo cotidiano!

El orgullo de la iniciación esotérica puede aproximarse al orgullo de la iniciación sexual, que separa a los "grandes" de los "pequeños", de los "chiquilines", en las sociedades juveniles. No es sólo por azar que en ciertas cofradías primitivas coincidan la iniciación religiosa y la iniciación sexual. Como tampoco és por azar que el tiempo de la adolescencie sea el de las sociedades secretas, las que, cada uno a su manera, han descrito Louis Pergaud en la *Guerre des Boutons* y Gide en los *Faux-Monnayeurs*. El adolescente tiene necesidad de distinguirse de su cuadro social por la conciencia que toma de su personalidad. La sociedad secreta le suministra un medio fácil para suplir la ausencia de distinción intrínseca. En respuesta a esta necesidad de la psicología de la adolescencia, Baden-Powell fundó el scoutismo, sociedad secreta a plena luz, por la cual el scout se distingue de los V. P. Parece, pues, normal que las características adolescentes se encuentren en el ocultismo, sobre todo entre los aficionados y el populacho: la gravedad, la ausencia de humor y de crítica, la pasión del secreto aunque fuera el de Polichinela, el gusto del misterio y de la complicación, el gusto de las jerarquías afirmadas por pergaminos e insignias, una tendencia confusa a la conspiración, sin hablar de esa voluptuosidad suprema que los pintorzuelos de antaño experimentaban en "épater le bourgeois" y los románticos alemanes en desconcertar al "philistin".

El secreto ocultista es un secreto compartido, lo que implica la satisfacción de otra tendencia social: la que lleva a los hombres a formar pequeños grupos cerrados, impermeables al exterior. Esta tendencia alcanza su punto culminante en el sentimiento de complicidad. Ahora bien, este sentimiento la sociedad secreta lo desarrolla inevitablemente en el medida en que la ley del secreto implica, erróneamente o con razón, la existencia de un peligro exterior contra el cual es necesario precaverse, y más todavía porque la sociedad secreta siempre supone la oposición de las religiones o de las ideologías establecidas, una aventura espiritual que no carecerá de peligro ni dolor y, en fin, la exploración de los dominios misteriosos y prohibidos que engendra la confusa impresión de una falta metafísica. Aquí todavía volvemos a encontrar la iniciación, el árbol de la ciencia del bien y del mal. La iniciación crea el sentimiento de complicidad.

La complicidad es más o menos completa según el grado de la iniciación. Como todas las sociedades secretas, los grupos ocultistas comportan generalmente, sobre todo cuando son tradicionales, una jerarquía interna sólida y complicada, de la que da imagen la pirámide ascendente de los grados masónicos. Cuanto más se sube hacia las cumbres de la jerarquía, tanto más se progresa en el conocimiento iniciático o es posible progresar hasta llegar a los maestros desconocidos, reales o míticos. Siempre según la técnica de las sociedades secretas, los grupos ocultistas comprenden, las más de las veces, dependencias exteriores bajo forma de grupos anexos, discretos o aun públicos, destinados a proclamar la verdad exotérica, para uso de los profanos, y sobre todo para procurar contactos entre el grupo oculto y el mundo exterior. Esos grupos exotéricos sirven al grupo esotérico, a la vez de medios de acción sobre lo profano y de centros de reclutamiento, que permiten elegir entre los profanos a los que parecen mostrar mejores aptitudes para la iniciación.

OCULTISMO, RELIGION Y FILOSOFIA

ESOS rasgos son comunes al ocultismo y a todas las sociedades secretas. Es necesario ahora encarar lo que, en el dominio de la sociología y de la psicología social, es particular de los grupos ocultistas.

Ante todo, la naturaleza misma del secreto, que es metafísica y religiosa. Algunos ocultistas rechazarían el segundo epíteto: a mi juicio, se engañarían y se revelarían influenciados por el racionalismo moderno. Hay en el ocultismo algo más que una especulación filosófica, algo más aún que una búsqueda en común de la sabiduría. El sólo recuerdo de los temas enunciados más arriba es suficiente para probarlo. Si el sentimiento religioso se señala por el sentido de lo sagrado y por el estremecimiento de temor reverencial —*awe*, como dicen los ingleses, que lo acompaña, el ocultismo depende del sentimiento religioso. Responde a la necesidad de conocer la verdad por más allá de la experiencia sensible y del conocimiento científico, por más allá del conocimiento filosófico puramente conceptual, por una experiencia de todo el ser. Responde al deseo de salvación personal y de liberación. Desde el punto de vista histórico, es evidente el anotar cómo la expansión de la gnosis acompaña a la de las religiones de salvación y, en particular, al cristianismo.

Pero a la necesidad de conocer, el ocultismo da una respuesta muy diferente de la fe: se presenta con la certeza de una ciencia, y las pretensiones pseudo-científicas del espiritismo aparecen como la caricatura del ocultismo superior; el conocimiento ocultista no admite enigmas y oscuridades más que temporarias, según los grados de iniciación; tiene por término la *gnosis*, es decir la ciencia total y suprema. La misma seguridad para la salvación personal: el adepto, el iniciado está cierto de la salvación si cumple sin error todos los ritos todas las prácticas exigidas por su grado de iniciación; el fracaso, si se produce, no resulta tanto de una falta cuanto de un error y no es nunca irreparable, pues la transmigración de las almas se encarga de procurar nuevas posibilidades en número prácticamente infinito.

Esta seguridad del conocimiento, esta seguridad de la salvación son las que, precisamente, aproximan al grupo ocultista a la secta y hacen de él un mixto donde se funden la secta propiamente dicha y la sociedad secreta. Cuanto más se democratiza el grupo tanto más se simplifica la doctrina y la iniciación se reduce al mínimun, cuanto mayor es el número de miembros tanto más esta colectividad, alejándose de la sociedad secreta, se aproxima a la secta. El fenómeno se hace sentir particularmente en movimientos como la teosofía besantiana, la *Christian Science* o el antoinismo.

Es necesario notar que, según la tradición gnóstica, los grupos ocultistas tienen tendencia a parasitarse a la religión existente. En esta simbiosis parasitaria encuentran su ventaja: un abrigo y, en el caso eventual, una fachada, un simbolismo exotérico, una sentimentalidad familiar, un terreno de caza y de reclutamiento. La gnosis se ha injertado de esta manera en el cristianismo, el judaísmo y el paganismo; la cábala en el judaísmo, el budismo Zen en el budismo, el sufismo en el islamismo, el vuduismo a la vez en el cristianismo y en un culto etnológico y ófico de fertilidad, la teosofía besantiana en el brahmanismo, el budismo y a veces en el cristianismo; la Rosa-Cruz, el swedenborgismo y la antroposofía steineriana en el cristianismo. Algunas veces los movimientos ocultistas han evolucionado en verdaderas religiones como el budismo tántrico del Tibet, el taismo de Lao-Tseu, los famosos "Haschischins" o Asesinos del Viejo de la Montaña, de los que el Aga-Khan es el bonachón y afortunado heredero, la religión tan original de los drusos. Otras veces el ocultismo se relaciona con una escuela filosófica: así, a lo que parece, el pitagorismo. En fin, desde el siglo XVIII algunos grupos ocultistas se han relacionado con la Franc-Masonería, religión deísta, racionalista y humanitarista: por ejemplo, las diversas logias martinistas. Es significativo destacar la tendencia sociológica parasitaria del ocultismo.

Exteriormente, el iniciado es el fiel asiduo y aun devoto de una religión establecida; interiormente, se siente liberado de todo dogma por el esoterismo y de toda moral por la libertad superior de un hombre situado más allá del bien y del mal.

LAS INCIDENCIAS SOCIALES DEL OCULTISMO

LA mayor parte de los ocultistas, individuos o grupos se interesa poco en la vida social y política. Podemos aún preguntarnos si la proliferación de los movimientos ocultistas durante las fases de descomposición o de revoluciones sociales no es la consecuencia de un deseo de evasión experimentado por muchos individuos, a quienes la vida de todos los días cansa y disgusta. Para escapar a las realidades efímeras y accidentales en que se encuentran, se refugian en realidades que consideran permanentes y eternas. Pareciera que, para muchos, las formas inferiores del ocultismo, espiritismo o teosofía por ejemplo, produjesen efectos análogos a los de los estupefacientes. Son verdaderamente el opio del pueblo.

Comprobación que no podría ser generalizada, sin embargo, pues si se observa la historia de los movimientos ocultistas se notará, en algunos de ellos, interferencias con la vida política y social. En el fondo de la psicología ocultista hay una voluntad de poder, expresada especialmente por las diversas formas de magia. Nada de sorprendente que esta voluntad de poder desborde sobre lo temporal. Nada de sorprendente, por otra parte, que no se ejerza directamente, sino, a la manera de las sociedades secretas, por un complicado sistema de intermediarios y de circuitos aislantes.

El budismo tántrico del Tibet ha terminado por ser una "teocracia" de lamas rojos y amarillos, si se puede emplear la palabra teocracia a propósito del budismo. Las sociedades secretas, que siempre ejercieron considerable influencia en la política de la China imperial, tenían ramificaciones comunes con los grupos clandestinos del taoismo. En el Japón, el budismo Zen ha suscitado la famosa sociedad nacionalista y reaccionaria del Dragón Negro. Los "Asesinos" han tratado de dominar el mundo musulmán y se necesitaron verdaderas coaliciones para hacerlos inofensivos. Las logias paramasónicas han dirigido con frecuencia a la Franc-Masonería, la que habría dirigido en muchos países durante el siglo último una parte importante de la opinión pública.

Recientemente, la aventura de la "Sinarquía", todavía mal conocida y de la que probablemente no se conocerán nunca todos los secretos, pues mucha gente está interesada en ocultarlos, ha venido a revelar al gran público deslumbrado esta interferencia del ocultismo en la política más cínicamente realista. Nada falta a esta extraña historia, que parecería salida de la imaginación de un novelista, si no fuera el objeto de un inteligente informe policial que, por otra parte, constituye el único documento serio sobre el asunto: ni las ocultas logias más o menos martinistas (?), ni los intrigantes, ni los aventureros, ni los locos o locas, ni los financistas, ni

Diagnósticos existenciales

Nolberto A. Espinosa

II

Mendoza.

"ALGO MAS SOBRE LA SEXTA MORAL"

EN una publicación, órgano de una agrupación de la Acción Católica Argentina, se hace una crítica de unas líneas mías acerca de la "Moral del sexto Mandamiento", aparecidas en CRITERIO en enero del presente año.

El articulista me da la oportunidad para precisar —fuera de toda polémica de orden personal— algunos conceptos que hubieran podido quedar algo confusos. Ciertamente, en dos páginas no es posible agotar, ni mucho menos, un asunto de suyo muy complejo. Además, el deseo de síntesis puede muy bien hacer peligrar la claridad de la exposición.

Vamos despacio. En aquel diagnóstico yo afirmaba lo siguiente: 1) que era ilegítimo restringir las categorías "moral-inmoral" a la esfera sexual; 2) que esta restricción, apreciable en el común, era síntoma de una amputación de la moralidad vivida, sólo atenta al orden sexual; que este fenómeno se daba con variados matices entre los católicos argentinos, en especial en los que militan en los distintos organismos de apostolado; para abonar esto, ilustraba el fenómeno de dos modos: por un lado, señalando las legítimas preocupaciones de los católicos de acción para combatir la lujuria; y por otro, el descuido de los problemas extrasexuales; 3) que la amputación reconocía como triple causa el escapismo, el fariseísmo y el supernaturalismo; que el miedo, como móvil principal de la fuga, hacía del católico un desertor del campo económico, educacional, político, etc.; que, como saldo de la deserción, sólo quedaba vigente la moral del "yo no robo, no mato, no fornico" o simplemente del "no fornico"; 5) que la sexta moral no podría ser nunca un ideal pleno de significación para el hombre; y que los católicos, mientras no poseyeran un sentido real para los valores sociales y un amor rectificado a los bienes supremos de la comunidad política, carecerían de los medios y, en especial, de la actitud fundamental imprescindible para toda obra de restauración.

Teniendo así a la vista lo sustancial del diagnóstico, va a ser más fácil una revisión de lo dicho. En realidad, la crítica del autor es algo desordenada. Si hubiera sido un poco más concisa, me habría facilitado ahora una respuesta también más coherente.

En cuanto a la primera afirmación, el A. no alude a ella para nada. Por lo tanto, la pasaré por alto. Encara directamente las cuatro restantes. En general, la tónica de la crítica me presenta como despreocupándome del sexto mandamiento, como objetando a los católicos su solicitud en este sentido y, más todavía, como, en cierto modo, haciendo causa común con los enemigos de Dios que menosprecian el celibato y la castidad impuestos a los sacerdotes y religiosos. Así llega a decir el A.: "Feliz de él que ha logrado algo así como la gracia bautismal para dejar de preocuparse del azote que martirizaba a San Pablo y entregarse a resolver filosóficamente otros problemas morales más imperiosos".

Creo que no sólo el A., sino otros muchos habrán aventurado juicios semejantes. Y la causa de esto debe haber sido la manera cómo presenté las cosas en el diagnóstico.

Cuando iba confrontando, por un lado, las acciones de los católicos para defender la castidad y, por otro, las omisiones reiteradas en la esfera extrasexual, las oposiciones me parecieron un poco forzadas. En ese momento sólo quería hacer más evidente la amputación de la moralidad. Por eso puse al iniciar el cuarto parágrafo: "quizás las oposiciones presentadas en cada una de estas preguntas parezcan un poco forzadas". Pero, de ninguna manera, creo, se desprenden de esas líneas lo que el A. me imputa.

Previendo que alguien interpretase torcidamente lo dicho, agregué enseguida: "También pareciera que quisiera ridiculizar todos los esfuerzos de los que luchan con la más recta intención en defensa de la castidad. Lejos de mí este achaque. Nunca son suficientes las trabas para mantener el apetito sensible dentro de la órbita de los imperativos racionales. La más mínima brecha abierta a su paso fuera de esta órbita es un peligro que puede ser causa de desastres imprevisibles.

---

los ambiciosos sin escrúpulos, ni los suicidas, ni las muertes.

La misma expresión sinarquía está tomada al escritor ocultista Saint-Yves d'Alveidre, uno de los raros teóricos políticos y sociales del ocultismo.

En general, las intervenciones político-sociales del ocultismo se señalan por rasgos contradictorios: son a la vez subversivas y conservadoras. Subversivas, pues para el ocultista todas las jerarquías actuales, temporales o espirituales, se refieren a falsos valores que deben destruirse. Conservadoras, porque el "tradicionalismo", la sabia jerarquía de los grados iniciáticos, el hábito de obedecer pasivamente a los "superiores" conocidos o desconocidos llevan al ocultista a imaginar la sociedad sobre un modelo hierático y autoritario, gobernada por una "sinarquía" de super-iniciados con técnicos a su servicio. Que los "Iluminados" del siglo XVIII, después de haber participado activamente en la subversión de las antiguas monarquías y de la religión católica, hayan concluído en el misticismo conservador de la Santa Alianza, que hayan pasado de la influencia de Weisshaupt a la de la baronesa de Krüdener, es otra cosa que un fenómeno de envejecimiento y el resultado de una decepción. La lógica interna del ocultismo los empujaba por igual a la subversión revolucionaria y al conservatismo autoritario.

UNA DISPOSICION DE ALMA

ESTAS últimas observaciones sugieren claramente lo que se transparentaba en toda la sustancia de nuestro estudio: la tendencia ocultista corresponde a una cierta disposición de alma, poco difundida, pero más difundida, pensamos, de lo que comúnmente se cree: gusto del secreto y de la complicidad, necesidad de distinción interna, apetito de lo insólito y de lo maravilloso, deseo de certidumbre intelectual y de seguridad de salvación, voluntad de poder llevada a la intriga más que al mando y que busca las realidades silenciosas antes que los honores públicos. Esencialmente, un temperamento de aristocracia. El ocultista es un aristócrata del sentimiento religioso, con todo lo que este término implica de orgullo y, a veces, de vanidad pueril. Si a esas disposiciones se mezcla perversidad, sensualidad, sadismo, el ocultismo vira a lo sombrío con la espantosa facilidad de que nos dan testimonio tanto el pasado cuanto el presente.

Sociológicamente, el ocultismo se muestra como una excrecencia parasitaria de la religión auténtica, una "superstición" en el sentido etimológico del nombre, que aporta a ciertos hombres una satisfacción que no pueden encontrar en la vida religiosa normal, sea porque buscan esa "distinción" aristocrática que la verdadera religión, basada en la humildad, no dará nunca, sea porque las manifestaciones religiosas que han conocido les parecen, con razón o sin ella, desprovistas de profundidad y, por así decir, vulgarizadas. El desarrollo del ocultismo es la enfermedad parasitaria de las religiones que se dejan llevar a hacerse más sociales que interiores. Y el ocultismo es la enfermedad de las almas que no se contentan con una verdad accesible a todos y en la cual cada uno participa según sus luces, sino que quieren dos verdades, uno para los sabios, otra para el resto de los hombres. ◆

(Tradujo Juan Julio Costa)

No se trata de disminuir. Se trata de ampliar. Se trata de ahondar y de extender y de elevar". En otra parte del diagnóstico escribí: "¿Cómo no va a ser explicable, entonces, la afanosa vigilancia de los católicos de acción para combatir la lujuria universal que nos domina?" y además: "se podría ampliar el cuadro de las actitudes de los católicos que reaccionan en defensa de esa preciosa virtud que es la castidad".

Me pareció que esto era suficiente para salvar todo equívoco. No sé por qué el A. no transcribió estos pasajes para mi descargo. Por eso pienso que su acusación fué debida sólo a una lectura precipitada. Pero, aun cuando su crítica altera mucho el sentido de mis palabras, me interesa más ahora, no tanto responder parte por parte al A., sino estrechar las líneas del diagnóstico, ahondando un poco en el asunto, aprovechando las sugerencias que la crítica plantea.

Las consideraciones se centrarán acerca de la faz negativa de la sexta moral y los aportes que la conforman.

DICE el A. que por su propia experiencia y la de la mayoría de los que trata a diario en el quehacer apostólico, no cree que el problema vital de su vida moral sea el complejo del sexto mandamiento.

Nada mejor que plantear las cosas en este terreno de las urgencias vitales.

En parte estoy de acuerdo con el A., y en parte, no. No estoy de acuerdo, en primer lugar, porque puede que así ocurra en su caso particular y en el de los que conoce. Esta afirmación tiene un carácter muy relativo y limitado. Como decía en enero, "aquí no se puede generalizar. Nada peor que la generalización en el terreno de la moral vivida". El A. no tiene por qué molestarse si cree ser una de las "muy contadas excepciones".

Que su afirmación tiene un carácter limitado se comprueba señalando que, frente al caso del A., y esto dicho completamente de paso, se encuentra el tipo de católico, que hoy está proliferando mucho —y cuya descripción sería muy interesante hacer, pero falta espacio—, el cual proyecta toda su solicitud apostólica al ámbito sexual. Decir esto es ya señalar una aberración evidente.

Entre estos "especialistas" de moral sexual se dan muy diversos matices. Y si uno urga un poquito en las motivaciones psicológicas que alientan esa vocación apostólica, en muchos casos se encuentra con deformaciones, si no físicas, al menos espirituales, que pueden catalogarse como patológicas. Casi siempre tales católicos son pobres criaturas de asesoramientos espirituales malformantes impartidos por sacerdotes "excesivamente" preocupados por el problema castidad.

Cierto es que al margen de ellos se encuentran católicos de muy buena voluntad en los organismos de apostolado, a los cuales nunca se les alabará como corresponde sus afanes para combatir la inmoralidad sexual que causa hoy estragos alarmantes en nuestro país.

En segundo lugar, no estoy de acuerdo, porque el hecho de querer defenderse no puede llevar a proponer algo que de suyo es verdadero parcialmente. En efecto, tanto en los que el problema sexual es una obsesión, como en los otros, la obediencia al sexto Mandamiento engendra, sino *el* problema vital, al menos *un* problema vital en la vida moral. Pero, ¿es que para el católico podría ser de otra manera? Aquí problema vital es sinónimo de preocupación moral, de algo que es decisivo en la vida, que "pesa", que "cuenta", que hace vibrar la conciencia urgiendo al hombre a definirse en un sentido o en otro, comprometiendo a la par su felicidad y su dolor, su perfección y su frustración definitiva.

Aunque esto sea pura perogrullada, la obediencia al sexto Mandamiento será siempre para el católico —y más para el que tiene inquietudes apostólicas— uno de los problemas vitales más agudos. Para algunos será el más grave, el problema decisivo, como para otros lo decisivo será un problema de fortaleza o de justicia, o de caridad, o de fe, según las circunstancias temporales en que a uno le toque vivir.

Sin embargo, estoy de acuerdo en parte, porque metiéndonos un poquito más en lo hondo, y viendo la cosa desde otro ángulo, en cierto sentido, el A. tiene razón: la preocupación máxima del católico argentino hoy no es el complejo del sexto Mandamiento. ¿Cuál es en cambio?

No ciertamente lo que dice el A.: "Nosotros creemos, agrega en seguida (como contrapuesto a lo anterior), que los mandamientos que debemos cumplir como católicos son el de amar a Dios sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Porque en ellos están incluídos los demás preceptos, la Ley y los Profetas. Si no fuera así todo cuanto nos ocupa es metal vacío y obra carente de mérito, aunque seamos castos como vírgenes y puros como el diamante".

Estas hermosas palabras, tal como están dichas y en su contexto, carecen de resonancia en la vida moral.

No, no es el primer Mandamiento, en cuanto distinto y opuesto a los demás, el que nos plantea problemas vitales. Son los otros. Sólo a través de ellos es que la Ley nos pesa, la Ley cuenta para nosotros, nos preocupa. Son estos mandamientos los que están clavados en la punta de nuestras inclinaciones, allí donde están los bienes que apetecemos, y los que nos fuerzan para que obremos rectamente.

¿Queréis un problema vital más agudo que el llegar a ganar el sueldo a fin de mes, cuando para lograrlo se debe elegir entre la miseria y la servidumbre? ¿Queréis una preocupación mayor para el que desea una cierta espectabilidad social, cuando debe debatirse entre la esclavitud y el aniquilamiento político? ¿Algo pesa más para el que enseña, que el dilema entre el dinero y la mentira y la verdad y la pobreza? ¿O para el ciudadano el dilema entre la opresión y el destierro voluntario? ¿O para el padre, el que plantea la educación de sus hijos en la hombría y la dignidad o en la deformación moral e intelectual, y el servicio del bien común conjuntamente con el del bien propio de la familia? ¿Habrá algo más decisivo cuando uno llega al convencimiento que su única salida es matar o que lo maten? ¿Hay un conflicto más agudo para el que ama y desea otra mujer que no es la suya, cuando debe elegir entre una y otra?

No, no es el primer Mandamiento el que nos plantea estos problemas, son los otros. Y si algún sentido de tragedia tiene nuestra vida, es porque estamos atormentados por estos anillos de hierro de una Ley que no permite escapatoria alguna. Los problemas vitales y los conflictos subsistirán siempre, al menos para nosotros, que llevamos una vida de católicos tan mediocre. Los problemas desaparecerán con el progreso en la vida espiritual. Precisamente, el nivel máximo de esta vida, al cual el cristiano debe aspirar, marcará la supresión de los conflictos, cuando el hombre no sólo no esté en contra de la Ley, ni aun siquiera sienta la opresión de la Ley que lo fuerza y lo sujeta, sino cuando la tenga tan una con sus inclinaciones, que carezca ya para él de todo peso coactivo.

Ahora bien, es sólo a través de la sujeción a los demás mandamientos como se hace efectiva la obediencia al primero, que nos manda amar a Dios sobre todas las cosas, porque amando rectamente al prójimo se ama rectamente a Dios. Y el amor recto al prójimo implica dar la solución debida a los problemas vitales que nos plantean los mandamientos. Poner las cosas de otra manera es invertir la vida moral. Amar a Dios en el prójimo, he ahí el verdadero sentido.

El primer Mandamiento se presenta así en la vida moral, no en el sentido de las urgencias vitales (esto es verdadero al menos para la situación de hecho de la vida moral argentina, hoy), sino en el de la fundamentación y en el de la justificación de todo cuanto hacemos. ¿Por qué debemos amar al prójimo como a nosotros mismos? Por el amor que debemos tener a Dios, nuestro Señor y Creador. De este modo, el primer Mandamiento, atravesando todos los demás, se inserta en la vida moral, y es el que, en definitiva, da razón y permite el desenlace de los conflictos que a cada instante se suscitan en la existencia humana.

Véase cómo se ha revelado, quizás insensiblemente, en las palabras del A. algo que podemos anotar, también de paso, como característico de la sexta moral: esa funesta inversión por la cual el católico, haciendo gala de una

rectitud gratuita, se proyecta directamente hacia Dios y lo encara como a principio y a fin, escapando al mismo tiempo de las solicitudes que urgen, en la existencia concreta, a poner los actos meritorios mediante los cuales precisamente el hombre alcanza su fin. Algo de esto dijimos ya en el primer diagnóstico al referirme al escapismo y al fariseísmo.

Pero, viendo mejor las cosas, es cierto, la preocupación máxima del católico argentino, hoy, no es el complejo del sexto Mandamiento. ¿Cuál es, entonces? Algo más secreto, más íntimo, menos confesable. Es un problema de subsistencia, un problema de dinero, una cuestión de sueldo, se trata de vivir bien, cueste lo que costare, y por sobre esto y a pesar de esto, seguir siendo católico y seguir siendo apóstol. ¿Queréis algo más vital, más drásticamente vital? Estamos colocados ahora en el plano elementalísimo de la existencia, en el plano inferior, en el de las urgencias inmediatas.

Pues bien, por conseguir esto el católico argentino hoy es un escapista y un desertor: desertor del campo económico, del campo profesional, del campo educativo, del campo gremial, desertor del servicio de los auténticos valores familiares, del servicio auténtico de la defensa del país, del servicio a los bienes de la comunidad política, del servicio de la Patria, de la comunidad internacional y de los más caros intereses de la Iglesia. Ha desertado de todo esto para obtener el sueldo a fin de mes.

Lo que hace justamente la sexta moral, en la esfera de las urgencias vitales, es permitir al católico desertor encubrir lo mejor posible, con una fuerte dosis de "moralina", su miseria y su debilidad. La sexta moral oculta, bajo la honestidad del vientre, una malicia medular. Por eso, al hacer compatible un elevado índice de virtud en el ámbito sexual, con una amputación aún más elevada en lo que está fuera de este orden, se presenta como una actitud endeble, indigna y despreciable.

La sexta moral no interesa ni se define tanto por lo poco que pone, cuanto por lo mucho que niega. De aquí que el A. no comprendió lo que yo quería hacer resaltar, por sobre todo, en el primer diagnóstico, cuando dice: "para el Sr. E. la moral de los católicos es una moral amputada, reducida únicamente a la esfera sexual. Somos, vistos de este modo, una realidad freudiana. No nos preocupa actuar sino en función de no fornicar, de impedir la fornicación. De aquí el tono de la enseñanza de la familia cristiana; la calificación moral del cine, del teatro, de diarios y revistas, etc.". No, no es que al católico argentino le preocupe actuar sólo en función de no fornicar. Ojalá fuera así. En este caso la sexta moral sería una moral de acción. El católico argentino lo que hace es no actuar. La sexta moral es una moral de omisión; no es una moral positiva, sino esencialmente negativa.

Para algunos lo conveniente será no actuar en absoluto, no "comprometerse", no "molestarse", no hacerse problemas de conciencia, y vivir las delicias de la Religión en la dulce paz de un retiro aconsejado únicamente por la cobardía; para otros lo conveniente será actuar, y cuando se actúa la rectitud de la acción sucumbirá al cálculo y al egoísmo. Para los primeros, la obediencia al sexto Mandamiento es sólo un alarde exterior de virtud que oculta una esterilidad interior profunda; para los segundos, es el severo mascarón que procura sustraer de la vista del prójimo una perfidia cuidadosamente disimulada.

ESTO se comprende mejor cuando se observa que el motor casi único de la deserción del católico argentino hoy es el miedo. Miedo de perder los bienes materiales.

El miedo se encuentra en el trasfondo de la sexta moral. El miedo aflora tanto en el pecado como en la virtud. El católico de la sexta moral no peca contra el sexto Mandamiento porque esto es conveniente, porque es necesario, porque el pecar contra el sexto Mandamiento acarrea muy graves consecuencias, no sólo para sí y los demás, en cuanto derivan de la violación misma de la Ley, sino también por el escándalo que producen. ¿Qué ocurriría si también se violase el sexto? ¿Qué quedaría si el católico perdiese ese último grado de honestidad que lo muestra ante los demás celoso guardián de la Ley de Dios?

Si algo justamente teme el católico de la sexta moral es eso: el pecado de acción, el pecado visible, manifiesto. Sin embargo, más teme aún la virtud de acción, la virtud generosa, amplia, que arremete, la virtud que arranca al hombre de la mezquindad, del egoísmo, del individualismo y lo proyecta al servicio amoroso y atento de los bienes comunitarios.

El católico argentino hoy teme sobremanera la virtud de acción porque ésta le impone severos riesgos. La virtud de acción es dura y mortificante cuando el precio de su sostén es la pérdida de los bienes materiales. No hay virtud aquí que se resista contra el miedo. La deserción queda como suprema alternativa, y al margen de ella, el "no matar, no hurtar, no fornicar", y basta. He aquí toda la Ley y los Profetas!! ¿Podría ser otro el fruto de una vida religiosa trabucada que ha reducido al mínimo el compromiso para con Dios y para con el prójimo?

La sexta moral, aplicándole conceptos de Thibon, "es una moral negativa que se funda ante todo en inhibiciones y en restricciones. No es la moral cristiana, es sedicente cristiana, no es sino una caricatura de la verdadera moral del Evangelio". Y hoy tampoco resistiría los ataques certeros de Nietzsche que supo bien develar sus deformaciones y excrecencias.

Por eso es que, si apuramos un tanto el análisis, aun la rectitud y la vitalidad que la sexta moral revela en la esfera sexual se resiente al emerger de un organismo operativo profundamente viciado. Porque el aparato de las virtudes humanas es un tejido que exige crecer según las leyes de la armonía. Cuando esto no ocurre, en seguida surgen las deformaciones: una sería, en nuestro caso, el "obsesionado sexual"; otra, el "casto hipócrita", vivo, macaneador, mentiroso y farsante, que es el que más nos interesa. Sobre él se pretende hoy edificar la santidad.

ES necesarísimo que coloquemos las cosas en su lugar para que nos entendamos. La cuestión hoy para el catolicismo argentino es muy sencilla, no tiene complicaciones. Está al nivel elemental, primario, básico, al nivel de las urgencias inmediatas. La cuestión se plantea en términos de existencia digna y de existencia indigna, de existencia humana y de existencia inhumana, de libertad y de opresión, de espectabilidad social y de aniquilamiento político, de fortaleza y de cobardía, de verdad y de mentira, de justicia y de injusticia, de jerarquía y de obsecuencia, de convivencia pacífica y de persecución, de Patria y de familia, de bien propio y de bien común, de egoísmo y de caridad, de honestidad y de hipocresía. Cosas elementales para el hombre, elementalísimas para el cristiano.

Se trata de ponernos de acuerdo acerca del dinero y del miedo. ¿Algún bien más vital, algún sentimiento más vital? ¿Algo que nos una y más nos distinga?

Se trata de que el católico se defina acerca de estos tópicos morales y obre rectamente. Se trata de que el católico viva plenamente como hombre, humanamente, naturalmente, con la carne, con los huesos, en la tierra, con sus hermanos de la tierra, y que obre rectamente, que no huya, que no deserte, que no sea cobarde. Planteo mínimo, ni más ni menos, lo otro vendrá por añadidura.

La cuestión para el catolicismo argentino hoy no es de obediencia, no es de cisma, no es de desviación doctrinal, no es de rebelión intelectual, es una cuestión de honestidad. Estamos en el cero de la vida espiritual del cristiano, y no nos podemos mover de aquí, moverse es evadirse, es soslayar el problema.

El católico argentino no quiere definirse sobre estos tópicos morales porque teme perder su bienestar material. La suprema conveniencia es ésta, luego seguir siendo católico y seguir siendo apóstol.

He aquí lo que se oculta cuidadosamente bajo el palio de las conferencias, de los cursillos, de los congresos, de las campañas y del fárrago laborioso del apostolado

organizado; lo que se oculta bajo la verborrea religiosa que no se cansa de hablar de Dios y de las almas y de la caridad y del sacrificio y de la heroicidad: un único y permanente hecho acerca del cual nuestra religión nos ha abierto los ojos desde el día mismo del bautismo, un hecho que alcanza su expresión más perfecta en una ecuación de tres términos: vida digna, miedo y dinero. ¿Se pueden ocultar las peligrosas consecuencias de trasponer de cualquier modo estos términos? ¿Se puede ocultar lo que se descubre a una simple lectura en el fondo de los corazones?

Los católicos argentinos han sucumbido al miedo y al dinero y por ello viven indignamente. (¡Tremendo escándalo! El escándalo de la concupiscencia del dinero no sólo entra por los ojos, nace en la inteligencia, crece en la inteligencia y requiere mil veces más malicia que la concupiscencia de la carne).

Para comprobar esto no se necesita ser filósofo ni ser teólogo; no es preciso leer a S. Tomás ni a S. Pablo, basta solamente con consultar los dones comunes que Dios nos ha dado a cada uno de nosotros y abandonar "una posición ideal desconectada de una vinculación estrecha con los hombres". (Por eso anotó bien el A. que la posición determinada en el primer diagnóstico podría ser igualmente la de un protestante o la de un budista. No hay necesidad de pedir ayuda a la teología ni siquiera a la filosofía cuando lo que se analiza está al nivel del sentido común).

Se requiere más que nada adoptar una actitud, la única adecuada en el terreno moral: pensar "con la mano puesta en el corazón". ¿Qué quiere decir esto? Colocarnos frente a nosotros mismos y frente a los bienes que apetecemos y palpar lentamente, de arriba abajo, nuestro amor de los bienes apetecidos. Ver qué amamos y cómo amamos. Es la única actitud que nos abre a una comprensión de la realidad moral, porque en ella lo decisivo es el amor, amor de bienes. El amor tiene su regla, su peso y su juego propios. No interesa tanto qué sabemos, sino qué queremos y cómo. Sobre estos supuestos limitadísimos y exclusivos debe enjuiciarse la sexta moral. Entonces, cuando digo que la moral de los católioes argentinos es una moral amputada, no me refiero a una amputación en el orden del conocimiento —esto no interesaría tanto—, sino en el orden del amor. Amor cojo, vida moral coja, conducta coja.

En este terreno debemos ponernos de acuerdo. Sin embargo, es el más difícil para que nos entendamos. Estamos de acuerdo acerca de Dios, no lo estamos acerca de nuestros intereses y de nuestros apetitos. Por eso, si la cuestión moral para el catolicismo argentino es muy sencilla por los términos en que se plantea, es profundamente complicada por el nivel vital en que estos mismos términos se insertan.

¿Tendríamos el suficiente valor, en un momento determinado, de confesar que lo decisivo, lo único, lo absoluto, lo definitivo, lo máximo es nuestro bienestar material? ¿Que lo que nos guía y nos obsesiona es el miedo de perderlo? ¿Tendríamos el coraje de descubrir ante nosotros mismos y ante los demás nuestra intimidad de miseria, de pequeñez y de egoísmo?

Y después, ¿tendríamos el valor de hacernos esta pregunta límite, pregunta tremenda y abrumadora, en la cual se conjugan toda la Ley y los Profetas y los Pontífices y la Doctrina de la Iglesia?, yo, católico, ¿sería capaz de soportar la pobreza digna, cuando es la única alternativa entre la mentira, la obsecuencia y la injusticia, decidiéndome a ello con la misma entereza, solicitud, atención y responsabilidad con las que me decido, por ejemplo, a vivir castamente?

Con sólo dar el primer paso ya nos entenderíamos. Si diésemos el segundo estaríamos en vías de la recuperación y de la salud moral.

SE justifica, pues, enteramente la cuestión planteada en el primer diagnóstico y que lo resumía, que por qué el católico argentino no vivía honestamente en toda la amplitud de su vida moral con la misma rectitud con que lo hacía en la esfera sexual, y que si esto no ocurriese sería un hecho la impostación de la verdad cristiana en la sociedad argentina.

El escapismo, el fariseísmo y el supernaturalismo quedaron señalados como causas más significativas. Detrás de ellas está el miedo como fuente matriz.

Ahora bien, ¿cuáles son los aportes que contribuyen a conformar la sexta moral y su tipo humano característico: el casto hipócrita? Haremos unas consideraciones —no son todas— acerca de estos aportes. Una es acerca de la formación espiritual, otra sobre el problema de la obediencia y una tercera sobre la unidad. Rozo solamente estos tópicos que merecen líneas por separado. Me refiero a estos tres porque surgieron de distintos pasajes de la crítica del A.

Vamos con lo primero. Me parece muy atinada la observación del A. con respecto a la necesidad que tiene el católico de una ascética actualizada "que permita ubicar todos los problemas espirituales a la par de la multiplicidad de nuestra época. Nuestra ascética, dice, todavía es de un estilo arcaico construída siglos atrás, que si en algunos aspectos no debe variar, en otros requiere una adaptación para cumplir con mayor eficiencia los deberes de nuestro estado y nuestra vocación. Las encuestas de lecturas de los católicos dan casi unanimidad respecto al Kempis. La "Imitación de Cristo", que cautiva por su estilo, no resulta sin embargo para los devotos contemporáneos una guía apropiada de vida espiritual".

Suscribo enteramente estas proposiciones. Al menos son verdaderas para la Argentina hoy. Sin embargo, necesitan ser matizadas un poco. ¿El Kempis no es una guía espiritual para qué católicos? Esa es la cuestión.

Había pensado muchas veces, leyendo el Kempis, en el extraordinario poder de enajenación —en provecho de una espiritualidad vaga y delicuescente— que ejerce este librito sobre quienes no acreditan un minimun de vigor y de rectitud en el orden de las exigencias morales naturales. El Kempis atrae al lector hacia una vida espiritual superior mediante una fuerte dosis de alicientes morales, que puede ocasionar funestas deformaciones cuando no encuentra el contrapeso de un soporte orgánico natural bien constituído. La edificación de la vida santa —que es de lo que se trata en definitiva—, no puede emprenderse con fruto si no se ha traspuesto el alfa de la vida espiritual, que está al nivel de los dones humanos naturales.

Y es esto, justamente, lo que ocurre en la sexta moral, porque en ella, como ya dijimos, la rectitud sucumbe al nivel de las exigencias elementalísimas. El Kempis no es una guía apropiada de vida espiritual sólo en este caso.

El casto hipócrita cree encontrar, leyendo el Kempis, una liberación, liberación de todo lo que pueda forzar su debilidad y descubrir su cobardía; encuentra el vehículo seguro para evadirse y el trampolín que lo proyecte directamente hacia Dios, al mismo tiempo que lo exime de cruzar las mediatrices ineludibles que lo unen con él. Con el Kempis en la mano el casto hipócrita se agita en pos de una santidad ilusoria, convirtiendo para su provecho las virtudes cristianas más excelsas en despreciables caricaturas: así la obediencia aparecerá como servidumbre, la humildad como estupidez, la caridad como tolerancia cómplice.

El laico, por otra parte, no tiene por qué buscar en la "Imitación de Cristo" —libro de un religioso, escrito para religiosos— todos los elementos necesarios para la contextura moral de su estado. El estado religioso se mueve no sólo bajo una regla superior, sino también de naturaleza distinta a la del estado laico. Por lo tanto, son de naturaleza distinta, también, las relaciones particulares para con Dios y para con el prójimo.

Además, con respecto al contexto histórico en que nació este precioso librito, dejando a un lado el momento del pensamiento católico a que responde, es acertado lo que dice el A. en seguida: "en otras épocas en que se escribieron tantos de los manuales y libros espirituales, que todavía leemos y consultamos, hacía falta una consideración particular de las tentaciones carnales, porque las de otra índole eran contrapesadas por un concepto distinto de la vida, las relaciones comunitarias reposaban sobre instituciones no desprovistas de orientación católica, y muchas veces eran íntegramente

católicas". Con lo cual el A. abona lo que yo quería hacer destacar sobre todo en el primer diagnóstico: porque si el Kempis podía dedicarse a la edificación de la vida interior y el ascenso hacia Dios cuando el régimen temporal de la convivencia gozaba de salud, hoy, cuando de lo que se trata es de salvarlo del aniquilamiento definitivo, se requiere no sólo una consideración particular de las tentaciones carnales, sino también vigorosos correctivos morales que aferren rectamente al cristiano en la comunidad política en la cual vive, y no le dejen escapar de las urgencias que la agitan.

Por todo ello, creo que la lectura indiscriminada y excluyente de la "Imitación de Cristo" es, en el orden de la formación espiritual, uno de los aportes más interesantes que conforman el estatuto de la sexta moral entre nosotros. Y lo que decimos del Kempis debe extenderse a otros libros de naturaleza similar.

No obstante, la carencia de una literatura religiosa apropiada atenúa muy poco el juicio acerca de la amputación de los católicos argentinos, porque tal carencia podría subsanarse con el magisterio vivo de los que hoy detentan el gobierno espiritual en nuestro país. Con lo cual pasamos al segundo aporte que se encuentra en la esfera de las relaciones entre el católico y la autoridad religiosa.

Ante la acusación de que la sexta moral se daba en especial en los que militan en los distintos organismos de apostolado, lo primero que atina a decir el A. es que esto es imputable "desde luego, en primer lugar, a los miembros de la Acción Católica, a los sacerdotes que los asesoran, a los Obispos que delegan en ellos su autoridad, y al Venerable Episcopado que lo integran, y que vigila la orientación de esa institución de laicos y ha permitido esa desviación de sus normas".

Antes de discutir el asunto, ateniéndose a las razones objetivas que lo fundamentan, el A. cree oportuno, para moverse en terreno firme, escudarse bajo la autoridad religiosa bajo cuyo gobierno se encuentra.

En las palabras del A. se revela algo que también puede anotarse como típico de la sexta moral: el miedo que el católico experimenta de afrontar la propia responsabilidad de sus actos. Entonces, cuando se le imputa algo no encuentra salida más cómoda que trasponer su propia responsabilidad en la responsabilidad de la autoridad religiosa. Tal actitud es aconsejada en algunos por el miedo, en otros por la debilidad, en muchos por la ignorancia.

Más todavía, en realidad lo que el A. quiere decir es esto: "Si yo obro mal, entonces la Iglesia obra mal, luego no obro mal". Este sofisma moral, repetido a diario, que anida en el fondo de su razonamiento, inficiona la virtud de la obediencia y el respeto que el católico debe a la jerarquía religiosa, presentando so color de reverencia y de amor filial, lo que es sólo el producto de la astucia para disimular las propias faltas. La sexta moral encuentra en tal sofisma quizás uno de sus aportes más valiosos, porque en ella es decisivo velarlas cuidadosamente.

Sin embargo, para descargo del A. hay que decir que la máxima responsabilidad en el establecimiento casi crónico de la sexta moral en nuestro país la tienen los sacerdotes argentinos (1). Nuestros sacerdotes, agitados por intereses mezquinos y pamplinas religiosas, escapan de las urgencias temporales y descuidan la formación espiritual de los católicos en el nivel básico humano natural. Es pasmosa la oscuridad de las almas que se observa por doquier, por lo cual uno a veces se inclina a pensar que la amputación de la moralidad vivida, más responde a la ignorancia que a la hipocresía, ignorancia no sólo de doctrina, sino de ejemplos vivos que encarnen con vigor valores humanos trascendentes.

El casto hipócrita y el obsesionado sexual son las criaturas de estos sacerdotes sólo atentos al problema sexual por comodidad. Y estos mismos directores de conciencia no tiene ningún empacho en manifestar —a diferencia de lo que cree el A.— que la preocupación casi universal de los católicos versa acerca de las obligaciones que impone el sexto Mandamiento. Lo único que "pesa", lo único que "cuenta" en el campo de la conciencia es esto.

Ahora bien, el católico apóstol no sólo se preocupa del asunto como problema personal, sino como problema en los demás. Pero, ¿qué eficacia puede tener una lucha en defensa de la castidad, cuando estos apóstoles se lanzan desarmados hacia una sociedad enferma con una enfermedad que desborda infinitamente el ámbito sexual? Y aquí surge la paradoja que anotaba al final del primer diagnóstico, y cuyos términos el A. no comprendió. El amor ordenado al bien de la comunidad es el único que posibilita la eficacia de la lucha en defensa de la castidad, porque el problema sexual, que no es sólo individual, sino sobre todo social, implica el saneamiento de las instituciones en las cuales se encarna. El amor de los bienes supremos de la comunidad política mueve al católico a procurarse los medios para ésta y para cualquier otra obra de restauración.

Finalmente, dos palabras sobre el tercer aporte. El A. sin duda hubiera deseado de mi parte una profesión de catolicismo para así achacarme, con mayor fundamento, de falta de caridad y de espíritu de unidad. Después de advertir que lo que yo había señalado no era novedoso, pues "se ha dicho y se seguirá diciendo en todos los tonos, enfocándolo desde distintos ángulos, agrega: "...insistir demasiado sobre el tema, sería incurrir en la misma falta que se intenta corregir"... "como creemos que el Sr. E. es católico, mal haría en no examinar lo que rebaja a sus hermanos en la fe; pero más mal hace en acentuar sólo aquello que complace a los enemigos de Dios, que desprestigian sus buenas obras"... "los francotiradores dentro de la ecumenicidad de nuestra fe son más perjudiciales que útiles. Hace falta la unidad de todos, porque para eso murió Cristo en la cruz, para que todos seamos uno, para que cuando un miembro sufre, padezca el dolor todo el cuerpo".

Si algo afana a la Iglesia de Cristo hoy, es conservar la unidad cuando las fuerzas del mal son tan poderosas. Para los católicos el valor supremo es permanecer unos cueste lo que costare. Pero, ¿unos en qué y para qué?

No podemos enfrentar a los enemigos de Dios con la unidad de la muerte, de la esterilidad y de la cobardía. No, esta unidad repugna a la Iglesia de Cristo. La unidad hipócrita y miedosa no sirve para nada. Los católicos argentinos quieren permanecer unos para ocultar sus pequeñeces y sus miserias, instaurando el más rotundo y universal "nolite judicare" de sus faltas. El vehículo de esta unidad no es la caridad, sino la tolerancia cómplice; no es el amor austero, atento y vigilante, sino la complacencia pérfida de nuestra malicia que la ampara y la encubre. El precio de la unidad no puede ser el estancamiento y la muerte. Con esta unidad el Cuerpo Místico de Cristo no se fortalece ni crece, sino que se vacía y se degrada. Los enemigos de Dios no se complacen cuando mutuamente nos reprochamos nuestras faltas —como corresponde a hermanos de una misma familia—, sino cuando nos confabulamos para ocultarlas.

Además, ¿por qué supone el A., con fina ironía, que mis palabras podrían ser las de un profeta surgido para escarnio de los malos católicos que serían fuera de mí la mayoría? Nuestra patria no es digna de un profeta. Soy sólo un pobre escapista cuyo drama es, precisamente, no escapar, no seguir escapando. Y no hay situación más dolorosa para el que juzga que ser al mismo tiempo juez y parte. Tampoco he logrado "algo así como la gracia bautismal para dejar de preocuparme del azote que martirizaba a San Pablo". Si así fuera, pecaría entonces contra la caridad. El A. no conoce el corazón humano. Habrían sólo dos motivaciones psicológicas que llevarían a "despreocuparse" del sexto Mandamiento: el resentimiento surgido de la impotencia sexual y el grave peso que impone la fidelidad a la Ley cuando las inclinaciones a cada instante quieren transgredirlas. No me encuentro en el primer caso.

(1) Aquí tampoco se puede generalizar. Pero sólo una menuda minoría puede excusarse de esta responsabilidad.

Habla para "Criterio" el Dr. Viktor Frankl

Jaime Potenze

¿EXISTE su revista o aparecerá en breve? Cualquiera haya sido la razón que impulsó a Viktor Frankl a responder así a nuestro pedido de entrevista para CRITERIO, lo cierto es que la duda del eminente psicólogo austríaco nos permitió mostrarle fehacientemente que no sólo existíamos, sino que se contaba entre nuestros colaboradores su maestro Rudolf Allers. Al hojear uno de los números de la publicación y ver ese nombre, su anterior escepticismo se trocó en modesta duda.

—¿Publica entrevistas una revista de su categoría?

—Sí —respondimos—. Y nos interesa sobremanera su opinión sobre un rumor que está ganando cuerpo cada vez más. Se dice que después de Freud, Jung y Adler viene Frankl, y, lo que es más interesante, que viene con una concepción nueva y espiritualista no ya sobre el tratamiento de las desviaciones psicológicas, sino sobre el sentido de la vida.

Frankl sonríe.

—Todo científico honesto añade ladrillos al edificio de la ciencia —contesta—. Nadie puede juzgar acerca de la importancia de su contribución, cosa que queda reservada al tiempo.

—¿De qué categoría son sus ladrillos? —interrumpimos.

—Son una tentativa de superación del psicologismo dentro de la psicoterapia, que se traduce en una superación del nihilismo y del subjetivismo.

—¿O sea que tiene usted un nuevo mensaje?

—He introducido en la psicoterapia la conciencia de la diferencia entre lo psíquico y lo espiritual, luchando contra el psicologismo y el patologismo. Es indispensable hacer la debida distinción entre lo que atañe al psiquismo y lo que entra dentro de la esfera de lo espiritual, así como debemos guardarnos de confundir lo puramente humano con lo patológico. El élan vital está en sí pleno de significado y contiene en sí toda una gama de valores. Las inquietudes y las preocupaciones de los hombres que no han cumplido su misión no pueden ser equiparadas a una enfermedad, pues son fenómenos humanos a secas. No estoy de acuerdo con Nietzche cuando sostiene que lo demasiado humano es una debilidad. La inquietud espiritual, la búsqueda de un significado está en la esencia del ser. Cuando se sobrepasa ese límite estamos en presencia de un complejo.

—¿En qué se distingue su teoría de las clásicas en boga?

—El psicoánalisis parte del principio del placer. Adler nos habla de la voluntad de poderío. Yo busco que el hombre se dé cuenta de que su vida tiene una razón de ser, de que debe cumplir una misión y de que existen valores. Cuando el primordial deseo que hay en el ser humano de realizarse se ve frustrado, se está en camino de la neurosis. Yo llamo a esa frustración, existencial. No es en sí un fenómeno patológico, sino una prueba de que el hombre no es más que un ser humano que quiere encontrarle sentido a la vida.

—¿Pero esa neurosis no sería patológica?

—El término patogenética me parece más acertado. Si un conflicto normal o un problema espiritual es un fenómeno humano y no neurótico, pero puede conducir a perturbaciones psico-físicas y por lo tanto a una neurosis, como es el caso en algunos conflictos instintivos o en problemas matrimoniales, se puede hablar de un disturbio noogenético (originario en el espíritu), en contraposición a los psico-genéticos, pero está en la esencia de la neurosis la psicogénesis. Es posible que una frustración existencial o un conflicto moral o una insatisfacción espiritual se conviertan en fenómenos patogenéticos aunque en sí no sean patológicos. No toda neurosis es noogenética, porque existen casos en que se observan síntomas neuróticos que derivan parcialmente de simples fuentes psíquicas y aún somáticas.

—¿Por ejemplo?

—Los casos leves de insuficiencia de las funciones endocrinólogas, como la *hyperthyreosis* o la *hypadrenia* (insuficiencia suprarrenal larvada) que pueden conducir a estados de angustia o a síndromes de despersonalización. Si yo afirmara, como otros psicólogos, y entre ellos los católicos, que la neurosis deriva exclusivamente de un conflicto moral, o de una mala conciencia o incluso de una relación religiosa falsa, sería espiritualista. Por el otro lado, si declarara que la desesperación o una actitud forzada ante el problema de los valores conduce siempre a una sintomatología neurótica, significaría que estoy en la corriente patologista; pero en realidad no toda desesperación, e incluso ni siquiera el suicidio pueden ser considerados siempre fenómenos patológicos o neuróticos, así como no todo caso de neurosis es forzosamente de origen espiritual.

—¿O sea que es usted tan enemigo del patologismo como del espiritualismo?

—Así es. Claro está que la base clínica no debe ser nunca olvidada por el psiquiatra, y que las convicciones religiosas deben ser siempre tenidas en cuenta, pero el médico debe actuar como si la Revelación no existiera. Sólo cuando así se haga, la investigación científica podrá por sí misma obtener el triunfo de constatar que sus resultados están conformes con la verdad de una creencia religiosa. Pero a esto no hay que llegar partiendo de bases preconcebidas, sino que debe derivar de la investigación desinteresada. Ocurre un caso interesante con la medicina. La psicoterapia tenía hasta ahora como meta la de restaurar la capacidad de trabajo del paciente, así como su capacidad de placer. Yo trato de demostrar que hay algo más: el paciente debe desarrollar su capacidad de sufrimiento porque éste —en su sentido más puro— es inevitable, y al hacerse carne en el hombre la idea de que está dentro de su destino, le ofrece, no sólo otra oportunidad para encontrar y cumplir el significado de su vida, sino una posibilidad de realización de valores. La mayor oportunidad que tiene el hombre en la vida es la de cargar con sus sufrimientos como si fueran su cruz, y en el modo como lo hace estriba la realización de los mayores valores que le son permitidos. Porque el sufrimiento, y especialmente el sufrimiento, y no sólo los actos creadores o el goce de la vida, tiene un significado especial, y encontrar este significado es lo más a que puede aspirar el ser humano.

—¿Es la suya una posición filosófica?

—La filosofía es el aprendizaje de la muerte. Hay que saber morir. La capacidad de sufrimiento es la meta a la que el psicoterapeuta debe conducir al paciente. Nos encontramos a veces con casos en que el paciente recupera su capacidad de creer o recupera su religión. Pero no debe ser ésta la meta del médico, sino un efecto no procurado de su labor. Así como el sacerdote busca la salvación del creyente sin buscar su equilibrio psíquico, el médico debe ocuparse de la salud del paciente y no de la salvación de su alma. El efecto antedicho: conseguir que el hombre recupere o consiga la capacidad de creer es una derivación. Cuando logramos restaurar en el paciente la capacidad de creer, ello ocurre como efecto secundario no buscado; pero este efecto, visto en términos sobrenaturales, ha sido, desde luego, un acto de Gracia.

Viktor Frankl habla con convicción médica absoluta. Si como efecto secundario produce en el periodista la sensación de estar ante un hombre para el que el alma humana tiene trascendencia insospechada, ello puede achacarse a la transferencia.

Pero habría otras explicaciones menos sencillas. ✤

ALGO NUEVO EN
SONIDO *para Iglesias*
Miles de templos en el mundo entero certifican la calidad de las instalaciones de sonido PHILIPS. En la Catedral de San Pedro, en Roma, en nuestra venerada Basílica de Luján y en numerosas iglesias de distintos países, la palabra sagrada llega mejor y más pura a los feligreses por medio de los equipos de sonido PHILIPS, la marca mundial que es hoy garantía de la más alta calidad en electroacústica.
PHILIPS tiene siempre una solución científica para mejorar la reproducción del sonido en las iglesias.
PHILIPS

PENSAMIENTO PONTIFICIO

Discurso de S. S. Pío XII

a los Cardenales, Patriarcas, Arzobispos y Obispos que el 1 de Noviembre participaron en los solemnes Ritos de la Basílica Vaticana celebrados para proclamar la Fiesta Litúrgica de María Reina.

Los tres poderes divinos de los Obispos: Magisterio, Sacerdocio y Gobierno.

...En los comienzos del mes de junio del presente año, ante los Prelados que en tan grande número acudieron a Roma de todas las partes del mundo para manifestar sus sentimientos de veneración, piedad y devoción hacia el Sumo Pontífice Pío X, por Nos entonces canonizado, hablamos del Magisterio que por institución y prerrogativa divinas pertenece a los sucesores de los Apóstoles, bajo la autoridad del Romano Pontífice (ver *Acta Ap. Sedis*, 1954, n. 8, págs. 313-317). En la oportunidad de este día, siguiendo lo que entonces comenzamos, Nos es grato hablaros de aquellos otros dos ministerios, que tan estrechamente unidos al primero, tienen relación con vosotros y exigen vuestros pensamientos y cuidados: el ministerio sacerdotal y el de gobierno.

Volvamos otra vez nuestra mente y nuestro corazón al Sumo Pontífice San Pío X.

Por el relato de su historia conocemos lo que para él supuso el altar y el sacrificio Eucarístico durante toda su vida sacerdotal, desde el día en que ofreció a Dios las primicias de su sacerdocio, cuando apenas ungido pronunció emocionado ante las gradas del altar por vez primera *Introibo ad altare Dei;* mientras fué Párroco, cuando fué nombrado director espiritual en el Seminario, en su Episcopado y en sus días de Cardenal y de Patriarca, y finalmente al ser elegido Pontífice Supremo. Para él, el altar y el sacrificio Eucarístico constituyeron el fundamento y centro de su piedad, el refugio y fortaleza de su ánimo en los trabajos y angustias, la fuente de luz, de energía y de constante desvelo por conseguir la gloria de Dios y la salvación de las almas. Tal Pontífice, así como fué ejemplo de Maestro, así lo fué y es también de sacerdote.

La misión específica y principal del sacerdote siempre fué y es "sacrificar", de manera que donde no hay verdadero poder de sacrificio tampoco encontramos, propiamente hablando, verdadero sacerdocio.

...aunque los fieles participen en el sacrificio eucarístico, no por eso gozan del poder sacerdotal.

Esto mismo entra de lleno perfectamente en el sacerdote de la Nueva Ley. El principal poder y función del sacerdote es ofrecer el único y sublime sacrificio del Sumo y Eterno sacerdote Cristo Señor: el mismo que el Divino Redentor ofreció en la cruz de manera cruenta, anticipándolo incruentamente en la última Cena y que quiso se repitiera indefinidamente al mandar a los Apóstoles "Haced esto en memoria mía" (*Lucas* 22, 9). Es, pues, a los Apóstoles, y no a todos los fieles, a los que Cristo hizo y constituyó sacerdotes dándoles potestad de sacrificar. De esta tan elevada misión de sacrificar en el Nuevo Testamento dice así el Concilio Tridentino: "En este divino sacrificio, que se realiza en la Misa, está contenido e incruentamente se inmola aquel mismo Cristo que se ofreció a sí mismo cruentamente una sola vez en el ara de la Cruz. Es una e idéntica la Hostia, y el que ahora ofrece por ministerio de los sacerdotes es el mismo que entonces se ofreció en la Cruz diferenciándose únicamente en la forma" (*Sessio XXII, cap. 2, Denzinger* n. 940). Por tanto, el sacerdote celebrante, y él solo, representando a Cristo, es quien sacrifica; no son ni el pueblo, ni los clérigos, ni aun siquiera los sacerdotes, que, pía y religiosamente, sirven al sacerdote que celebra, aunque todos puedan tener y tengan parte activa: "Por el hecho de que los fieles participen en el sacrificio eucarístico, no por eso —así decíamos en nuestra Carta Encíclica *Mediator Dei* (*Acta Apost. Sedis vol.* 9, 1947, p. 553) — gozan del poder sacerdotal".

...distingamos lo cierto de lo falso.

Sabemos que lo que entonces expusimos, Venerables Hermanos, os es de sobra conocido. Sin embargo, hemos creído oportuno recordarlo por constituir el fundamento y base de lo que vamos a decir. Porque no faltan quienes atribuyan a todos, aun a los seglares que asisten al sacrificio de la Misa, verdadero poder de sacrificar. Contra éstos distingamos, sin ambigüedades, lo cierto de lo falso. Ya hace siete años que en la misma Carta Encíclica condenamos el error de quienes no dudaban en afirmar que "el precepto dado por Jesús en la Ultima Cena a los Apóstoles de que hiciesen lo que El había hecho se refiere a toda la Iglesia de fieles; y que el sacerdocio jerárquico no se introdujo hasta más tarde. Sostienen por esto que el pueblo goza de una verdadera potestad sacerdotal, mientras que el sacerdote actúa únicamente por oficio delegado de la Comunidad. Creen, en consecuencia, que el Sacrificio Eucarístico es una verdadera y propia "concelebración" y que es mejor que ofrezcan privadamente el sacrificio en ausencia de éstos". Y en la misma ocasión también recordamos la razón por la que el sacerdote celebrante puede decirse que "hace las veces del pueblo"; es decir "porque representa la persona de Nuestro Señor Jesucristo, en cuanto es Cabeza de todos los miembros, y se ofrece a sí mismo por ellos: por esto (el sacerdote) va al altar como ministro de Cristo, siendo inferior a él pero superior al pueblo. El pueblo, en cambio, no representando por ningún motivo a la persona del Divino Redentor, y no siendo mediador entre sí mismo y Dios, no puede en ningún modo gozar de poderes sacerdotales" (*Acta Apost. Sedis*, 1947, págs. 553, y 554).

Al considerar esto no se trata sólo de medir el fruto que se puede sacar de celebrar o de oír el sacrificio Eucarístico —pues puede acontecer que para alguien sea mayor el de una Misa piadosa y devotamente oída, que no el de una Misa celebrada con ligereza o negligencia— sino de establecer la naturaleza del acto de oír y del de celebrar una Misa, del que se derivan otros frutos sacrificales; es decir, el de propiciación, por no hablar del culto latréutico y eucarístico, y el de impetración por aquellos por los que se ofrece el sacrificio, aunque no estén presentes; y también el fruto por los pecados, penas, satisfacciones y otras necesidades de los que aún viven y de los que murieron en Cristo, que están aún sin purgar plenamente (*Conc. Trident. Sess. XXI cap. II Denz.* n. 940).

...un error.

Bajo este aspecto, lo que hoy se afirma y se propala por algunos seglares y ciertos teólogos y sacerdotes de que es lo mismo celebrar una Misa a la que devotamente asisten cien sacerdotes, que cien Misas celebradas por otros tantos sacerdotes ha de rechazarse como un error. No es ésta la verdadera doctrina. Tantas son las acciones de Cristo, Sumo Sacerdote, en la oblación del sacrificio Eucarístico cuantos son los sacerdotes que celebran y no cuántos son los que oyen piadosamente la Misa de un obispo o de un presbítero. Pues los sacerdotes, al asistir a una Misa, no representan ni actúan con la persona de Cristo sacrificador, sino más bien se asemejan a los fieles seglares que están presentes al sacrificio del altar.

...pero no sería lícito ni menospreciar ni rebajar la participación de los fieles en un cierto sacerdocio, sublime y misterioso.

Por lo demás no debemos negar ni dudar de que los fieles participan de un cierto sacerdocio, que no sería lícito ni menospreciar ni rebajar. El Príncipe de los Apóstoles hablando a los fieles en su primera Carta dice: "Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido" (1 *Pedro* 2, 9). Y poco antes afirma pertenecer a los fieles un "sacerdocio santo para ofrecer Hostias espirituales a Dios por Jesucristo" (I. c. 2,5). Pero, cualquiera que fuere la realidad y significado verdadero de título tan honorífico, ha de sostenerse firmemente que este "sacerdocio", tan sublime y misterioso, común a todos los fieles, se diferencia en su grado y esencia del sacerdocio verdadero, que consiste en el poder de realizar, representando la persona de Cristo, Sumo Sacerdote, el sacrificio del mismo Cristo.

...los Institutos de Liturgia.

Gran alegría Nos ha proporcionado el saber que en muchas diócesis se han creado Institutos de Liturgia fundándose asociaciones litúrgicas y nombrándose directores

del movimiento litúrgico, que se tuvieron congresos litúrgicos diocesanos e interdiocesanos y que se celebraron o han de celebrarse Congresos internacionales de Liturgia. Intima satisfacción nos produjo la noticia de que en unos y en otros asistieron o presidieron los mismos Obispos. Estas reuniones a veces siguen una norma propia, es decir, que se aun solo sacerdote quien celebre asistiendo los demás sacerdotes, todos o en su mayor parte, a esta Misa en la que reciben la Comunión de manos del Celebrante. Si esto se hace por causa justa y razonable y si el Obispo no estableciere otra cosa para evitar la extrañeza de los fieles no se ha de poner reparo siempre que en esta manera de celebrar no esté latente el error arriba indicado. Por lo que hace a las materias tratadas en los Congresos, se ha hablado de temas referentes a la historia, la teoría y la práctica; se sacaron conclusiones y se concibieron deseos que se creyeron necesarios y oportunos para un mayor progreso, pero que, tenían que someterse sin embargo al juicio de la legítima autoridad eclesiástica. Este impulso para fomentar la Sagrada Liturgia no consistió sólo en celebrar congresos; sino que las aplicaciones prácticas fueron creciendo y aumentando de tal manera que los fieles, en número y frecuencia cada día mayores, tienden a una activa unión y comunión con el sacerdote que celebra. Sin embargo, Venerables Hermanos, aunque favorezcáis, y justamente, el impulso y progreso de la Sagrada Liturgia, no permitáis en vuestras Diócesis que los amantes de ella se sustraigan a vuestra dirección y vigilancia y quieran por iniciativa propia moderarla y cambiarla en contra de las normas tan claramente establecidas: "Unicamente a la Sede Apostólica pertenece ordenar la Sagrada liturgia y aprobar los libros litúrgicos" (C. 1257) y, sobre todo, en en lo que se refiere a la celebración de la Misa "El sacerdote que celebra debe observar con esmero y devoción las rúbricas de sus libros rituales y debe guardarse de añadir a su arbitrio otras ceremonias y preces quedando reprobada toda costumbre en contra" (C. 818). Y vosotros mismos no déis vuestra aprobación o permiso a estos deseos que nacen de unos impulsos más audaces que prudentes.

El Obispo, Pastor. A este fin: "la salvación de las almas", debe subordinarse todo lo demás.

"Sirviendo de ejemplo al rebaño" (1 *Pedro* 5, 3): Estas palabras de S. Pedro se refieren principalmente al Obispo en cuanto tiene y ejercita el oficio de Pastor. Nota específica y peculiar del Pontificado de Pío X es precisamente la del Pastor. Apenas llegó al culmen del ministerio Apostólico, todos cayeron en la cuenta de que había subido a la Cátedra del Príncipe de los Apóstoles un sacerdote formado en la cura de almas, que desde el primer día de su sacerdocio fué y siguió siendo Pastor de las mismas, hasta que toda la grey de Cristo quedó bajo su cayado. La norma inmutable que le guió en su acción, el programa de vida que se fijó fué la "salvación de las almas". Si es cierto que deseó "instaurar todas las cosas en Cristo", lo fué sólo por la salvación de las almas; y a este fin y ministerio subordinó, en cierto modo, todo lo demás. El fué, en medio de su grey, el buen Pastor, preocupado de sus necesidades, angustiado por los peligros que la amenazaban, entregado de lleno a guiar y dirigir el rebaño de Cristo por el camino de Cristo.

...algunas cosas que, singularmente en estos tiempos, exigen la atención, la palabra y la tarea del Pastor.

No es nuestra intención, al hablaros en esta ocasión, Venerables Hermanos, Pastores de vuestra grey, el perfilar otra vez la sublime imagen y la perfecta fisonomía de este Santo Pontífice y Pastor. Más bien queremos recordar —como ya hicimos al tratar del Magisterio y sacerdocio de los Obispos— algunas cosas que, singularmente en nuestros tiempos, exigen la atención, la palabra y la labor del pastor sagrado.

El Poder de los Obispos vése impedido y limitado.

Se advierten hoy inclinaciones y maneras de pensar que intentan impedir y limitar el *poder de los Obispos* (sin exceptuar al Romano Pontífice) en tanto en cuanto son Pastores de la grey a ellos confiada. Reducen su autoridad, ministerio y vigilancia a unos ámbitos estrictamente religiosos: predicación de las verdades de fe, dirección de los ejercicios de piedad, administración de los sacramentos de la Iglesia y ejercicio de las funciones litúrgicas. Intentan separar la Iglesia de todos aquellos asuntos que tocan de cerca "la realidad de la vida", como ellos dicen, por ser cosas fuera de su competencia. Esta manera de pensar se

deja ver en las conversaciones públicas de algunos seglares católicos, aun de aquellos que ocupan cargos eminentes, cuando dicen: "muy a gusto vamos a los templos para ver, oír y acercarnos a los Obispos y sacerdotes dentro del ámbito de su jurisdicción: pero en la calle y lugares públicos, donde se tratan y deciden asuntos de esta vida terrena, no nos agrada verlos ni escuchar sus opiniones. En dichos lugares somos nosotros los seglares, no los clérigos cualquiera que fuere su dignidad y grado los únicos jueces legítimos".

...ha de sostenerse clara y firmemente...

Contra tales errores ha de sostenerse clara y firmemente que el poder de la Iglesia no se restringe a "las cosas estrictamente religiosas", como suele decirse, sino que todo lo referente a la ley natural, su enunciación, interpretación y aplicación pertenecen bajo su aspecto moral a la jurisdicción de la Iglesia. En efecto, la observancia de la ley natural, por disposición de Dios, está en relación con el camino por el que el hombre ha de llegar a su fin sobrenatural. Ahora bien, la Iglesia es, en orden a este fin, guía y custodia de los hombres en dicho camino. Esta forma de actuar la practicaron los Apóstoles y la Iglesia desde los tiempos primeros, ejerciéndola aún hoy por mandato y autoridad del Señor, no como guía y consejera privada. Por tanto, al tratarse de preceptos y opiniones que los legítimos Pastores (el Romano Pontífice para toda la Iglesia y los Obispos para los fieles confiados a su cuidado) promulgan sobre cuestiones de ley natural, los fieles no pueden recurrir al dicho (que suele emplearse en las opiniones de los particulares) "tanto vale su autoridad cuanto valen sus razones". De ahí que, aunque lo que mande la Iglesia no convenza a alguien por las razones que se den, sin embargo tiene obligación de obedecer. Este fué el pensamiento y éstas las palabras de San Pío X en su carta Encíclica *Singulari quadam* del 24 de setiembre de 1912 (*Acta Apost. Sedis* vol. 4, 1912, pág. 658): "No es lícito al cristiano descuidar los bienes sobrenaturales aun en el orden de las cosas terrenas. Al contrario, le incumbe la obligación de encaminarlo todo, según las prescripcinoes de la sabiduría cristiana, al Sumo Bien como fin último; y sujetar todas sus acciones en cuanto buenas o malas moralmente, o sea, en cuanto conformes o disconformes con el derecho natural y divino, a la potestad y juicio de la Iglesia". E inmediatamente aplica esta norma común a la materia social: "La cuestión social y las contiendas con ella relacionadas, no son problemas meramente económicos y por ende de tal género que puedan resolverse dejando a un lado la autoridad de la Iglesia; pues por el contrario es una verdad clarísima que la cuestión social es antes que nada una cuestión moral y religiosa, y por lo mismo, ha de encontrar principalmente solución satisfactoria en los dictámenes de la religión y en las leyes de la moral" (l. c. pág. 658-59).

Cuestiones gravísimas.

En materia social no una, sino muchas y gravísimas, son las cuestiones, o meramente sociales o político-sociales, que tocan de cerca el orden ético, la conciencia y la salvación de las almas, no pudiendo por tanto decirse que caen fuera de la autoridad y vigilancia de la Iglesia. Más aún, fuera del orden social existen cuestiones no estrictamente "religiosas" sino políticas, relacionadas con cada una de las naciones o con las naciones entre sí, que tocan íntimamente el orden ético, pesan sobre las conciencias y pueden exponer y muchas veces exponen a grave peligro la consecución del último fin. Así son: el ámbito del poder civil; las relaciones entre cada hombre y la sociedad; los llamados "Estados totalitarios", cualquiera que sea el principio de origen; el "total laicismo del estado" y de la vida pública; el absoluto laicismo de las escuelas; la naturaleza ética de la guerra; la legitimidad o resistencia a ella por parte de un individuo de conciencia religiosa; los vínculos y razones morales que unen y obligan a las naciones.

Ahora bien, está en abierta contradicción con la realidad de las cosas y con la misma recta razón quien afirma que todos los problemas aludidos, y otros muchos del mismo género, quedan al margen del orden ético y por lo tanto caen fuera del poder de la autoridad establecida por Dios para velar por el orden jurídico, para guiar y dirigir las conciencias de los hombres y sus acciones por el camino recto hacia el fin último, no sólo "en oculto", ni sólo dentro de las paredes del Templo y de las sacristías, sino principalmente a plena luz, predicando *"super tecta"* para usar la palabra del Señor (ver *Mateo* 10, 27), en el mismo campo de batalla, en medio de la lucha entre la verdad y el error, entre la virtud y el vicio, entre el "mundo" y el Reino de Dios, entre el príncipe de este mundo y Cristo Salvador del mismo mundo.

La disciplina eclesiástica.

Nos falta por añadir algunas cosas sobre la *disciplina eclesiástica.* Deben saber los clérigos y los seglares que tanto la Iglesia, como los Ordinarios de lugar, cada uno dentro de su territorio y según las normas del derecho, tienen poder legítimo para determinar y hacer cumplir la disciplina eclesiástica, es decir, para establecer la forma de obrar y comportarse en lo referente al orden externo y que no proceda o esté establecido por la misma naturaleza de las cosas o por inmediata institución divina. No es lícito ni a los clérigos ni a los seglares sustraerse a esta disciplina, sino que todos deben procurar, con el sincero cumplimiento de la disciplina eclesiástica, que la acción del Pastor sea más fácil y eficaz, que se consolide la unión entre el pastor y la grey, que dentro de la misma grey haya un pacífico acuerdo y mutua colaboración, sirviendo el uno para el otro de ejemplo y ayuda.

Pero lo que hemos hablado ahora del derecho de los Obispos, como pastores del rebaño a ellos confiado, en todo cuanto toca a la religión, a la moral y a la disciplina eclesiástica es objeto de cierta crítica, oculta y calladamente muchas veces, y así no obtiene la plena y debida adhesión de las voluntades, incluso porque un altivo espíritu del tiempo moderno, cuyos indicios aparecen en unos sitios más y en otros menos, origina con sus discusiones una peligrosa perturbación. La conciencia de haber llegado a ser personas mayores de edad, conciencia que se afirma más cada día, da por resultado una agitación y perturbación que no sabemos hasta dónde conducirá a los espíritus. No pocos hombres y mujeres de nuestra época tienen por indigno de un adulto someterse a la guía y vigilancia de la Iglesia; y no sólo

lo manifiestan sino que lo sienten profundamente. No quieren estar "bajo tutores y curadores" (*Gálatas* 4, 2), como menores; quieren ser estimados y tratados como adultos, como independientes, y que sean ellos mismos los que determinen qué es lo que han de hacer u omitir en cualquier circunstancia. Proponga la Iglesia —no dudan en decirlo— los dogmas de su doctrina, promulgue leyes que dirijan nuestra actividad. Sin embargo, cuando se trate de referirlas y aplicarlas a la vida de cada uno, entonces absténgase de obrar y no se inmiscuya en nada; deje que cada fiel se guía por su juicio y conciencia propia. Afirman que es necesario obrar así porque tanto la Iglesia como sus ministros desconocen en general la situación cierta y precisa de las cosas, es decir, no tienen clara y concreta visión de las circunstancias que tocan tanto a lo interno como al externo del hombre en que cada uno se encuentra, y en las que se necesita decidir y preocuparse de sí. Además, todos estos no quieren que en la íntima determinación de su voluntad se interponga entre ellos y Dios ningún intérprete o intermediario de cualquier nombre o dignidad que fuere. De tales reprobables opiniones hace ya dos años que hablamos en nuestras Alocuciones de 23 de marzo y 18 de abril de 1952 examinando sus argumentos (*Discursos y Radiomensajes*, vol. 14, 1952, pág. 19 y sig. - pág. 65 y sig.).

Es justo y natural que no se trate a los adultos como a niños.

Por lo que toca a la importancia que se da a la "mayoría de edad", con razón se afirma que es justo y natural que no se trate a los adultos como a niños. El Apóstol dice de sí mismo: "Cuando yo era niño, hablaba como niño, juzgaba como niño, discurría como niño. Pero cuando fuí ya hombre hecho, dí de mano a las cosas de niño" (1 *Corintios* 13, 11).

No es verdadera forma de educar la que sigue otro método y camino, ni es verdadero pastor de almas el que no pretenda llevar a sus fieles "al estado de un varón perfecto, a la medida de la edad perfecta según Cristo" (*Efesios* 4, 3). Pero una cosa es ser adulto y haber dejado la mentalidad de niño y otra ser adulto y creerse por lo mismo fuera de la guía y gobierno de la autoridad legítima. El gobernar no es una especie de tutela de la infancia, sino la manera de guiar eficazmente a los adultos hacia el fin de la sociedad.

Recordad a vuestros diocesanos...

Pero como hablamos a vosotros, venerables Hermanos, y no a los fieles, cuando estos gérmenes e indicios empiecen a aparecer y crecer en medio de vuestra grey, recordad a vuestros diocesanos: 1) que Dios ha puesto en la Iglesia a los pastores de las almas, no para que impongan una carga al rebaño, sino para que lo ayuden y defiendan; 2) que por la vigilancia y guía de los pastores se pone a salvo la verdadera libertad de los fieles; se les aparta de la esclavitud de los errores y vicios, fortaleciéndolos contra los atractivos que provienen de los malos ejemplos y del trato con los hombres perversos entre los que se ven obligados a estar y vivir; 3) por consiguiente los fieles obran contra la prudencia y caridad que se deben a sí mismos, si rehusan esta mano que Dios les tiende y el ciertísimo auxilio que les ofrece. Si encontráis entre los clérigos y los sacerdotes a algunos imbuídos de estas falsas teorías y pensamientos dadles a conocer los gravísimos avisos de nuestro antecesor Benedicto XV, que habló de esta manera: "Hay, sin embargo, una cosa, que no se puede pasar en silencio: a todos los que son sacerdotes como a hijos por Nos amadísimos, queremos advertirles cuán necesario es en verdad, tanto para su propia salvación, como para el fruto de su sagrado ministerio, que cada uno esté unidísimo a su Obispo y le sea muy respetuoso. En efecto, no todos los ministros sagrados, como anteriormente deploramos, están exentos de aquel engreimiento y obstinación, que son propios de estos tiempos; ni sucede raramente a los Pastores de la Iglesia que les venga el dolor y la contracción de parte de aquellos de los que con motivo debían recibir consuelo y ayuda". (Enc. *Ad Beatissimi Apostolorum Principis* del 1º de noviembre de 1914; *Acta Ap. Sedis*, vol. 6, 1914, pág. 579).

...el pastor mercenario que no está dispuesto a dar su vida por sus ovejas.

Hemos dicho hasta aquí algunas cosas de la materia del ministerio pastoral; de las personas en cuyo provecho se ejerce éste; no es conveniente, pues, poner fin a nuestro discurso sin que manifestemos alguna de nuestras ideas a los mismos Pastores. A Nos y a vosotros Pastores se refieren las santísimas palabras del Pastor Eterno: "Yo soy

el pastor bueno. Yo vine para que tengan vida, y la tengan en más abundancia" (ver *Juan*, 10, 10-1). El Señor díjole a Pedro: "Si me amas, apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas" (ver *Juan*, 21, 15, 17). A estos pastores buenos Cristo opone el mercenario que se busca a sí y a sus cosas y no está dispuesto a dar la vida por su rebaño (ver *Juan* 10, 12-13); opone los Escribas y Fariseos, que ansiosos de reinar y dominar, buscando su propia gloria, se sentaban en la cátedra de Moisés y preparaban cargas pesadas o insoportables y las ponían sobre los hombros de los hombres (ver *Mateo* 23, 1, 4). De su yugo dijo el Señor: "Tomad mi yugo sobre vosotros. Porque suave es mi yugo y ligero mi peso" (ver *Mateo* 11, 29-30).

La frecuente y mutua comunicación entre los Obispos ayuda mucho.

Para desempeñar un fructuoso y eficaz ministerio pastoral ayuda mucho la frecuente y mutua comunicación entre los Obispos. De esta forma unos enseñan a los otros a adquirir experiencia y práctica de los asuntos; se obtiene una mayor uniformidad de gobierno, se evita la admiración de los fieles, que muchas veces no entienden por qué en una diócesis las cosas están de una forma, y en otra, que tal vez linda con ella, de manera diferente, más aún, a veces totalmente contraria. Para conseguir esto son muy a propósito las Conferencias Episcopales, que ya suelen tenerse en casi todas partes, y los Concilios provinciales y plenarios, que, celebrándose con más solemne rito, están establecidos y determinados en el Código de Derecho Canónico con propias leyes.

Unión y comunicación de los Obispos entre sí y con la Sede Apostólica.

A esta unión y comunicación entre los Hermanos en el Episcopado debe añadirse una viva y frecuente unión y comunicación con esta Sede Apostólica. Desde los más remotos tiempos del Cristianismo existe la costumbre de acudir a la Santa Sede no solamente en lo tocante a la doctrina de la fe, sino también por lo que respecta al régimen y a la disciplina. Las fuentes históricas antiguas ofrecen no pocas pruebas y ejemplos. Los Romanos Pontífices habiéndoles preguntado su parecer, no respondieron como teólogos privados, sino en virtud de su autoridad, conscientes del poder, que recibieron de Cristo, para regir toda la grey y cada una de sus partes. Lo mismo se deduce de los

VIDA INTERNACIONAL

La primera conferencia mundial de la población

LA Iª Conferencia Mundial de la Población abrió sus sesiones el 31 de agosto y las cerró el 10 de septiembre de este año. Intervinieron cerca de 500 expertos de 65 países, y se presentaron unos 400 estudios. El tema de estudio fundamental, señalado en el año 1952 por la ONU, cuando decidió convocar esta conferencia, puede resumirse así: "Establecer una correlación entre el crecimiento progresivo, en recursos y población, de las naciones occidentales y el extraordinario incremento de los pueblos orientales (motivado este último especialmente por la disminución de la mortalidad infantil), con el subdesarrollo económico, las conmociones sociales y políticas, las dificultades migratorias y el bajo nivel cultural".

Las sesiones estuvieron dedicadas al estudio de las teorías demográficas, las tendencias de la mortalidad, crecimiento demográfico y producción agrícola, problemas financieros afines y evolución técnica y social, y el tema de mayor interés general fué, evidentemente, el del control de los nacimientos (maltusianismo, birth control).

La conferencia fué iniciada con un mensaje del secretario general de las Naciones Unidas. El señor Hammarskjöld, en vez de las habituales generalidades de fórmula, envió un mensaje pleno de interés, según escribe el profesor Colin Clark en *The Tablet*. "Hace dos mil años", recordó, "el emperador Augusto ordenó un censo general de todo el mundo romano; y era muy probable que estuviera precedido de una conferencia de expertos reunida en el mismo lugar de la que se iniciaba (en Roma). Que esto nos recuerde", dijo, "la seriedad de los problemas que hemos sido llamados a considerar y la humildad con que debemos aproximarnos a ellos".

Señala el mismo profesor Clark el sentimiento de revulsión producido por la fría conferencia de un delegado japonés sobre la ley eugénica que rige en su país: 33.000 mujeres japonesas esterilizadas permanentemente durante el último año. Esta política se lleva a cabo bajo el auspicio estadounidense, de igual modo que en Puerto Rico. Un funcionario norteamericano defendió precisamente las leyes eugénicas en nombre de la "american way of life": aún cuando las fuentes de alimentos de muchas regiones pobres pueden considerarse suficientes, dijo, no sólo de pan vive el hombre. También necesita un automóvil.

Los delegados comunistas coincidieron con el punto de vista católico. La opinión comunista actual se opone completamente al maltusianismo. "Aun siendo ateos dogmáticos, continúa el profesor Clark, y persecutores", "pueden reconocer los pecados contra la naturaleza, y, es probable que en último término haya más esperanza para ellos que para los humanistas complacientes de Inglaterra y América".

Policías de 17 países estudian problemas de la protección a la infancia

ENTRE el hogar y la escuela, lugares de afecto y de formación, la calle representa grandes peligros para el adolescente. Independientemente de los riesgos de accidentes, el niño se codea allí en una atmósfera de hostilidad o de indiferencia, con una muchedumbre de adultos que, a la inversa de los padres y maestros, poco se preocupa por su crecimiento o su educación.

Consciente de la importancia de estos problemas, la Unesco pidió a la Federación Internacional de Funcionarios Superiores de Policía, que representa a diecisiete países, un informe sobre la función de la policía en la protección de la salud mental de los niños. Redactado por un grupo de expertos, miembros de la Federación, de educadores, psiquiatras, psicólogos y especialistas en acción social, ese documento fué objeto de una amplia discusión durante la conferencia anual de la Federación reunida en la sede de la Unesco en la primera quincena del junio ppdo.

A la luz de la experiencia adquirida en diversos países, se formularon varios principios generales que pueden servir de base a la acción policial. La atención de los delegados recayó especialmente en los efectos nocivos del alcoholismo, de la literatura pornográfica y de la corrupción por el encuentro con adultos de mala conducta. Se dieron ejemplos precisos de la influencia nefasta de la calle: niños acompañando a desconocidos para que éstos los hagan asistir a espectáculos cinematográficos reservados a los adultos (tales contactos son a menudo más perjudiciales que el film mismo); adolescentes bebiendo en la vía pública bebidas que les están prohibidas o bebiendo en compañía de individuos irresponsables. En casos como éstos, no es solamente en cuanto representante de la ley que el policía puede proteger a los niños, sino también como un adulto responsable y socialmente consciente.

Todo depende en estas circunstancias del comportamiento personal de la autoridad del lugar, de su conocimiento de los niños y de la comprensión que manifieste a este respecto. A lo que debe agregarse el grado de cooperación existente entre la policía, las escuelas y las instituciones de todo género.

Esta función social de la policía en general como de sus servicios especializados plantea automáticamente los problemas del reclutamiento y de la formación en todos los grados de la jerarquía. Por lo cual se concluyó en la absoluta necesidad de una formación elemental de todos los policías, de manera que sean instruídos teórica y prácticamente acerca del desarrollo del niño. Estos cursos de preparación servirían además para distinguir a los que manifiesten aptitudes particulares para la protección de la juventud.

Se podría familiarizar, por ejemplo, a esos hombres con la

---

hechos y casos en los que los Romanos Pontífices, sin que fueran consultados, dirimieron las controversias existentes o se reservaron el derecho de resolver las "dudas".

Esta unión y oportuna comunicación con la Santa Sede no proviene del deseo de unificar y centrarlo todo, sino del derecho divino y de la naturaleza de la misma Constitución de la Iglesia de Cristo. Y esto no cede en detrimento, sino más bien en provecho de los Obispos, a los que está encomendado el gobierno de una grey particular. De la comunicación con la Sede Apostólica se obtienen luz y seguridad en las dudas; consejos y fortaleza en las dificultades; ayuda en los trabajos: alivio y consuelo en las tribulaciones. Por el contrario, de las "relaciones" de los Obispos a la Sede Apostólica, ésta adquiere más clara idea del estado de la Iglesia universal, conoce mejor y más rápidamente los peligros que la amenazan, los remedios que se deben emplear para sanar los males.

Venerables Hermanos, Cristo, antes de que padeciese, oró al Padre por los Apóstoles, y a la par por todos los que les habían de suceder en su minsiterio apostólico; "Padre Santo, guarda en tu nombre a éstos que tú me has dado, a fin de que sean una misma cosa, así como nosotros lo somos. Así como tú me has enviado al mundo, así yo los he enviado también a ellos al mundo. El amor con que me amaste, en ellos esté y yo en ellos" (*Juan*, 17, 11-18-26).

Así también Nos, anciano como vosotros, Vicario en la tierra del Eterno Pastor, a vosotros Hermanos nuestros, ancianos (1 *Pedro*, 5, 1) y pastores de vuestros rebaños, os dirigimos la palabra junto a los sepulcros del Príncipe de los Apóstoles y del Santo Pontífice Pío X, y al final de nuestro discurso volvemos de nuevo nuestro pensamiento a la Misa *Si diligis*, por la que empezamos el discurso. En el prefacio de dicha Misa suplicamos: "que no dejes, Pastor Eterno, a tu rebaño; sino que, por tus santos Apóstoles lo guardes con continua protección. Para que sea gobernado por los mismos rectores que elegiste para pastores tuyos y vicarios de tu obra"; y en la oración para después de la comunión añadimos: "Suplicámoste, Señor, multipliques en tu Iglesia el espíritu de gracia que le han dado, para que por intercesión del santo Pío Sumo Pontífice, ni falte al pastor la obediencia de la grey, ni a la grey el cuidado del pastor".

¡Lo que Dios conceda a todos vosotros según la medida de su divina largueza! *(2 de noviembre de 1954)*

técnica de los interrogatorios, muy importante cuando se trata de jovenes y muy diferente del metodo que se utiliza con los adultos. Se los advertiría así de las profundas perturbaciones que podría ocasionar en el espíritu de los muchachos la intervención espectacular de la policía en los hogares: es preferible, en efecto, que el arresto de los padres, cuando deba tener lugar, se produzca sin que los niños lo sepan o en su ausencia.

Los expertos han señalado la conveniencia de asociar a hombres y mujeres en esta acción protectora en favor de los niños. Teniendo cuenta de las tradiciones y de la cultura de los diversos países, recomendaron la formación de mujeres-policías o de asistentes encargadas especialmente de la vigilancia de los adolescentes.

A propósito de algunas experiencias ya realizadas con éxito en este dominio, el informe menciona los clubs de jóvenes organizados por la policía canadiense para sustraer a los adolescentes a las peligrosas influencias de la calle y darles el gusto por las sanas recreaciones; de esta manera se ha podido comprobar en Montreal una considerable reducción en el número de los menores delincuentes. En Liverpool la policía municipal ha creado un servicio especial para no dejar a los pre-delincuentes abandonados a sí mismos.

Este importante informe, acogido con satisfacción por la conferencia, será estudiado en el curso de los próximos meses por los países representados en la Federación a la vez que por expertos de las policías nacionales. Antes de fin de año será distribuído en su redacción definitiva a los gobiernos y a las policías de las diversas regiones del mundo (*B.I.C.E.*).

Jornadas Europeas de Literatura Infantil

DESDE el 27 al 30 de mayo ppdo. se celebraron en Florencia las Jornadas Europeas de Literatura para la infancia y la juventud, que contaron con el auspicio del Centro Nacional de Estudios y de Documentación de esa ciudad. Participaron de los trabajos un centenar de escritores, educadores, dibujantes y editores italianos y representantes de Bélgica, Francia, Gran Bretaña, Noruega, Holanda y Suiza.

Los participantes juzgaron ante todo esencial que se establezca una estrecha colaboración entre los diversos responsables de la prensa y de la literatura para niños; que se dicten cursos en los institutos y escuelas normales acerca de los problemas de la prensa y de la literatura infantiles, a fin de que los futuros educadores sean capaces de guiar a sus alumnos, y que los padres sean advertidos y formados a este respecto, y que por todas partes se creen bibliotecas y salas de lecturas para niños; que los escritores se preocupen seriamente del problema de la literatura infantil y acepten escribir obras de valor, sanas y adaptadas a la psicología y a la mentalidad de los niños y adolescentes, y que los que quieran hacerlo sean sostenidos y ayudados por todos los medios; para la lucha contra la mala literatura el congreso reafirmó la proposición del Congreso Internacional de Milán de 1950 que pide la creación de comisiones de vigilancia de las publicaciones para niños; por último, se dió la entera adhesión a cualquier forma de colaboración internacional a este respecto y en particular, con los auspicios de la Unesco, a la creación de un centro de estudios, de coordinación y de colaboración para la prensa, el cine, la radio y la televisión para niños.

Luego el congreso hizo un llamamiento: a los padres, para que vigilen y seleccionen con el mayor cuidado las lecturas de sus hijos, y que los preserven de la prensa para adultos incorrecta y malsana;

a los educadores y maestros para que aconsejen a sus alumnos sobre la prensa verdaderamente sana y conforme al ideal seguido por la escuela en la educación. A los editores de periódicos para la infancia y la adolescencia para que se comprometan a elevar siempre más alto el nivel cultural de su producción; a los editores de la prensa para adultos para que eliminen los elementos que directamente o indirectamente pueden corromper a la infancia;

a las casas de comercio para una mayor selección en los temas publicitarios;

a los vendedores de diarios, para una mayor reserva en la exposición de las publicaciones incompatibles con la sensibilidad infantil;

al sentido cívico y moral de toda la población, para que colabore en la obra educativa de la escuela en todas las manifestaciones sociales extra-escolares.

Por último, el congreso comprobó que la prensa infantil de diversos países contribuye en gran parte a la incitación a la guerra y a las discriminaciones raciales; por lo cual pide a todos los educadores y amigos de la infancia poner sus esfuerzos en la orientación de la prensa hacia el sentido de los valores humanos, de la paz, de la comprensión recíproca de los pueblos, de las razas y de las civilizaciones (*B.I.C.E.*).

REFERENCIAS

La moral, en casa

NO hace mucho estaba en el Instituto de Cultura Católica oyendo una conferencia en torno a Graham Greene, cuando el conferencista leyó una carta extraordinariamente interesante, según mi parecer. Conociendo a quien hablaba desde su niñez, se la pedí en préstamo, pese a lo cual, a la consiguiente confianza y a nuestro parentesco bastante cercano, vacilo, resolviéndose a entregármela tan sólo luego de haber tachado cuidadosamente algunos de sus datos. Datos, que, por otra parte, tampoco había leído en la conferencia. Es la contestación de un asesor literario de la censura española dirigida a otro señor que lo consulta sobre una empresa editorial que se propone iniciar sus publicaciones a España. Esta empresa está integrada a su vez por varias firmas editoras argentinas.

En este punto, creo necesario detenerme para hacer un paréntesis cuyo interés no es puramente iconográfico. Si no fuera porque acabo de decir que la editorial que piensa editar sus libros a España es argentina y que la carta es de un asesor de la censura española no interesaría para nada señalar que soy el único argentino nativo de los míos, y que mis padres y hermanos han nacido en España como mi apellido probablemente haya hecho sospechar a todos los galaicos *Hijos de Betanzos* de Buenos Aires, a pesar de no ser gallega mi familia. Si lo hago es para señalar hasta dónde España es para mí algo más que la madre patria del periodismo y de la escuela primaria. He pasado años de mi infancia allí, en los Pirineos, en la Villa de Guernica y Luno, la Guernica de la cual tanto se ha hablado luego de la revolución española, más por snobismo intelectual, pienso, más por los caballos despatarrados y la degollación contorsionada del cuadro de Picasso, que por ella misma. Por sobre el dolor de ese pueblo han jugado excesivamente las banderas de la política, como han jugado siempre por sobre cualquier dolor. Pero el dolor no tiene color político.

Digo, pues, todo esto, para que se piense que amo a España, como puede quererla quien tenía su casa paterna a pocos metros del roble de los fueros, cuya tía carnal era clarisa en el pueblo vasco, y como quien aprendió el vascuence junto con el castellano, aunque en los azares de la vida haya ido olvidando la lengua de sus padres.

Y lo digo para que nadie ni siquiera entre a pensar lo que a veces se le ha dicho zurdamente a CRITERIO, porque alguno de sus colaboradores expusiera sus discrepancias con respecto al gobierno o al clericalismo español; no hay ningún sentimiento antiespañol en mis líneas como no lo hay ni puede haberlo para nada en la revista. Ni tampoco antifranquista, pues no tengo información suficiente sobre el gobierno que impera en España, y aun cuando las dictaduras no me agraden no hago sino pasar de una opinión aislada que lo favorece a otra que lo sepulta. Lo que aquí está en juego y se enjuiciará en estas líneas es un modo de operar, un criterio práctico, que, en lo moral, es inadmisible. Empecemos para ello por transcribir la carta, con las imprescindibles tachaduras:

"Madrid, 19 de Junio de 1954. Mi distinguido amigo: He leído todos los libros que X (1), aspira a publicar en España y —aun contando con mutilaciones importantes— ninguno podrá publicarse. Colocado yo en el lugar de los censores opondría ruda negativa a la petición suscrita por la Editorial.

"Algunos son pornográficos; otros, emanan una corruptora influencia anglosajona, judía, masona y ácrata. Sabe usted que soy partidario de la libertad en el arte. Ahora bien: lo que presentan esos autores no es arte, en el caso de Graham Greene, no es catolicismo, aunque su autor se llama católico. Se trata de historias sucias y repelentes, que entre los occidentales civilizados, la buena educación, cuando menos, obliga a silenciar.

"Lamento infinito tener que dar este dictamen desfavorable. Cuantos se hallan por encima de los censores, en punto a jerarquía, se echarían las manos a la cabeza si leyeran los textos que ha enviado el señor Y (2).

"A guisa de leal consejo, debo decirle que es preferible que no vuelvan a presentar a la censura los libros ya rechazados. Esa contumacia podría originar un legítimo recelo a todo lo que proviniese de la editorial. Hay muchos autores por el mundo, que merecen ser traducidos y divulgados en España, aunque no sean amigos de nuestro régimen. Pero sería el colmo pretender que se leyese de nuevo —así lo entiendo desde mi punto de vista de asesor literario y hombre de la calle— novelas como la de Vicki Baum llena de injurias a la Nación española y de incidencias en la leyenda negra que se montó contra nosotros.

"Como usted verá, le escribo una carta sincera, con mis sinceras opiniones. Podría haber una excusa para esos libros, si en ellos se contuviese una porción de arte. Pero no hay arte alguno. Hay suciedad, porquería, obscenidad... Los eróticos de todos los tiempos, tenían una calidad infinitamente superior a esos grafómanos atormentados y rencorosos. Suyo affmo. amigo. Q. e. s. m. Z." (3).

Si se observa con cuidado esta carta que es rigurosamente auténtica, y si dejan a un lado la nostalgia por los eróticos y la corruptora influencia anglosajona y demás, que podrían ser objeto de otros y más abundantes comentarios, se comparta o no el punto de vista del asesor en cuestión, podríamos admitir su celo como legítima defensa de un cierto sentido de lo moral. Un sentido acendrado, aun cuando en él se encuentre la confluencia de sentimientos patrióticos y reverenciales que lo tiñen con matices muy particulares. Concurrirá también esa libertad de la que el autor de la carta es tan partidario, con las pequeñas exclusiones de los que no comparten su parecer.

España tiene su sistema de censura y en puridad puede uno hacerse cargo de él, comparta o no ese punto de vista, con el respeto que merece la buena fe cuando se comprueba su existencia. El desconcierto surge cuando lo que parecía liso y llano empieza a mostrar lateralidades, medias tintas y meandros. Pues ocurre que basados vaya a saber en qué interpretación algo más blanda de esa energía moral, los editores españoles publican libros que ciertas de las firmas argentinas que integrarían de consuno la editorial que se proponía publicar en España las obras de Graham Greene y algún otro no católico, según el dictamen del asesor consultado, no publican, pese a no existir censura alguna. Graham Greene es un indecente para la censura española, pero Moravia y Malaparte pueden ser publicados por editores españoles con la condición de exportar esas ediciones. Por lo menos, esto es lo que se desprende de las vidrieras de nuestras librerías como podemos encontrar desde *Los Indiferentes*, de Moravia, hasta cualquiera de sus otras obras no publicadas en la Argentina. ¿Cuál es la interpretación a dar al hecho? No habrá de ser, sin duda, la del fariseísmo que se desprende sin atenuantes de la carta reproducida, digámoslo ahora claramente. No puede ser, y quisiera conocerla para presentarla a aquéllos que ven en este hecho un ejemplo más de esa moral del hombre cuyos ingresos provienen de una casa de citas, pero cuyas hijas se educan en colegios religiosos.

Mario Betanzos

(1) Nombre de la editorial.
(2) Nombre del personero de la editorial.
(3) Nombre del asesor de la censura literaria española.

ARTES PLASTICAS

El Salón Nacional de Artes Plásticas

UNO que otro artista mencionado en esta página en ocasión propicia figura en el 44° Salón Nacional de Artes Plásticas. Pero un nombre o una obra de escasas proyecciones estéticas, o, con el mejor espíritu de comprensión, el encuentro con modestas pinturas y esculturas que suelen tener —¡oh, vanidad!— pretensiones de trabajos importantes, están lejos de señalar el alto nivel de esta Muestra nacional.

Durante años fué el Salón de Primavera un incitante estímulo para nuestros artistas: exhibir sus producciones dentro del recinto ilustre constituyó una particular distinción reafirmada con premios consagratorios. Pero, según es sabido, hace tiempo que los mejores artistas han dejado de participar en ese certamen. Y las causas son muchas.

"Vendedoras de pan", óleo de M. Colmeiro

A partir de la época del centenario y hasta hace unos tres lustros, esa Muestra aspiraba a ser la expresión de los acendrados anhelos del arte nacional. No obstante, cuando un artista obtenía el premio mayor (no siempre justicieramente), dejaba de enviar su obra, y, poco a poco y por eliminación, el Salón tuvo que reducirse a nombres menores, o a algunos tardíos pretendientes a las recompensas; de poco sirvió el Gran Premio.

Un Salón, como el que aludimos, debe tener una función a la vez eminentemente culta y popular, pero un Salón semejante debe fundarse en valores, en calidades. Sólo estas condiciones son indispensables, y hoy ellas han desaparecido. ¿Qué cabe hacer? Ante todo dejar a los artistas, por conducto de sus sociedades representativas, el envío de delegados que constituirán el Jurado, sin intervenciones oficiales absolutas. Luego no debe olvidarse que no sólo puede importar ya un premio mayor o menor, sino que esa delicada discriminación debe servir al visitante para mostrarle el estado evolutivo de nuestro arte. De este modo cabe ordenar muestras de plásticos insignes, desde el impresionismo hasta nuestros días, obras seleccionadas por artistas y críticos, que sean aquéllas un ejemplo para los jóvenes y una noble lección para todos. Y entonces será bienvenida y justiciera la recompensa a la totalidad de la labor realizada por un artista plástico o a una obra que podría ingresar al Museo Nacional.

Junto a esas muestras finamente educacionales, que difundirían el conocimiento de pinturas y esculturas valiosas, se hace necesaria una selección severa de los trabajos de las nuevas generaciones, con riguroso sentido y en vista de las tendencias predominantes, sin exclusivismos. Si tuviéramos anualmente exposiciones de ese carácter, con la participación de unos seis artistas pintores y escultores, con obras de los museos, coleccionistas y de los mismos creadores elegidos, daríamos al Salón una finalidad primordial de reconocimiento a una acción artística concreta, de beneficiosa influencia en el ámbito de las bellas artes y de la cultura artística en general. Y el estado podría así honrar a artistas prestigiosos y premiar simultáneamente a más de un interesante artista joven que responda a una clara y alta disciplina expresiva, sin tener que acatar mediocres telas, yesos o piedras de un abigarrado conjunto, el cual perjudica a los verdaderos cultores de la plástica y resta trascendencia a un país artísticamente evolucionado.

Sobre esta base, se podrían después disponer de obras de categoría para certámenes y presentaciones internacionales, a fin de que nuestro arte alcance una resonancia mundial. Pero, repetimos, esa función para el porvenir de nuestro Salón Nacional de Artes Plásticas corresponde a los artistas, críticos y estudiosos del arte, y no puede estar pendiente de decretos, resoluciones, u organizaciones limitadas. Esta es la forma, creemos honradamente, de atender con dignidad una significativa labor que exige la más plena libertad de conducta y el más elevado mérito artístico, sin confusiones.

COLMEIRO

DE regreso de un viaje en el que permaneció cinco años en Europa, especialmente en París y en su tierra gallega, Manuel Colmeiro ha reunido sus últimas obras en Viau. Quien había prestigiado su recta trayectoria con pinturas de intensa y expresiva forma y color, sus populares figuras y paisajes de las claras vegas y rías de Galicia, hoy se nos ofrece en una natural evolución afirmativa. Se ve cómo Colmeiro ha ido afinando su entidad formal, enriqueciéndola con un color más sutil, y también de qué modo el artista participa de una búsqueda estructural en los paisajes y las naturalezas muertas que lo ligan a Paul Cézanne, y a un tiempo a tonalidadse gratas a Bonnard ("El balcón", tela parisiense). Composiciones con campesinas o gentes populares, y algunas breves naturalezas, señalan las delicadas tintas de esas pinturas, en cuya actitud el pintor seguirá ahondando sin duda en la ciencia del color más vivamente. Hacia ese afinamiento se ordena "Paisaje de mar" y otras telas de su muestra.

TORRALLARDONA

ENTRE los jóvenes pintores argentinos Carlos Torrallardona tiene una personal concepción de la pintura, concepción que le permite año a año acrecentar su calidad de artista. Sensible y riguroso, intuitivo y razonador, así se proyectan sus imágenes plásticas en sus telas, y así lo demuestra su exposición en Bonino, donde el pintor transita por tres diferentes caminos: una dirección neocubista, una búsqueda de expresión por la densidad de la pincelada y la vivencia de sus tonos, y especialmente la aptitud abstracta.

¿Debiera Torrallardona inclinarse hacia una de esas modalidades? Su espíritu cauto lo mantiene en una indagación múltiple, nunca fuera de la pintura, y esto es remarcable. El sentido del espacio y la ajustada distribución de los tonos en la serie de las estaciones, especialmente el N° 6; el dibujo plástico y la entonación pictórica en "Café con molinete", y el misterioso "Café con billar"; la fuerza emocional que emana de "Figuras" (17), y el tono anímico que opera en "Cabeza", son, con la "Naturaleza muerta" (25), de forma color en equilibrio dinámico, condensaciones de su paleta y pincel.

De ello se desprende que si el pintor se preocupa por su instrumento comunicativo, ya expresivo o abstracto, también le importa el contenido sereno o viviente, y se manifiesta con subjetivas fuerzas que completan la objetividad analítica de sus cuadros. Quien trabaja atento a la construcción plástica dejando que su alma se exprese con libertad y hondura, marcha por una ruta cierta sin desesperanza. Esto prueba a la vez que, esa doble energía que impera en él, le permite abordar el retrato con rara eficacia.

TOPOLSKI

LAS obras de Feliks Topolski exhibidas en Sala V de Van Riel nos ponen en presencia de un caracterizado artista del lápiz, polaco de origen y que hoy reside en Londres, cuyo prestigio ha crecido en los años posteriores a la segunda guerra mundial.

Dibujo de Topolski

Trazos densos a lo Daumier, con no poco del dbiujo de un C. Guys, los temas de la contienda bélica, los campos de concentración, el retrato intenso y de líneas definidoras, califican al dibujante, el que suele usar también la mancha de color para dar expresividad a sus trabajos. Pero en verdad bastan sus trazos del linaje señalado, la agudeza de su visión, la penetración humana y la destreza de su técnica para dar realce a su labor muy difundida en los países de habla

CINE

ULTRAJE El mayor interés de esta película reside en el hecho de haber sido filmada por Ida Lupino, una de las pocas mujeres directoras actualmente en actividad. *Ultraje* (Outrage, 1950) es su primer flim personal, y ya señala el interés de la directora por un tema de proyecciones explíctiamente sociales y psicológicas, interés que un argumento anterior sobre los hijos ilegítimos (Not wanted, 1949) y varios films posteriores que abordan diferentes problemas (Never fear, 1950; The Bigamist, 1953. etc.), han corroborado.

Es evidente que las fuerzas de Ida Lupino son por ahora limitadas (aunque la crítica extranjera señala el progreso de sus últimos films), pero el solo intento de buscar una coherencia temática en el conjunto de su obra, la señala como una realizadora dispuesta a salir de los fáciles carriles conformistas y a afirmar decididamente su personalidad.

La protagonista de *Ultraje* es una joven violada por un degenerado, y la película trata de mostrar las consecuencias psicológicas que el suceso provoca en la víctima, a la vez que de alertar a la sociedad sobre la índole de los delincuentes sexuales, "verdaderos enfermos" dignos de atención médica, esgrimiendo dos años antes que Cayatte la acusación de que "somos todos asesinos" o algo equivalente.

Por simpáticas que nos parezcan las inquietudes de Ida Lupino, es forzoso admitir que sus argumentos son flojos y su aliento todavía escaso para llevar a cabo la obra propuesta. Reconocemos que la empresa era espinosa. Un veterano como Genina ya había escamoteado el tema en la primera de sus lamentables *Tres historias prohibidas*. Ida Lupino, en cambio, aparenta encararlo con decisión, pero a medida que se aparta del relato de los simples hechos, para entrar en el terreno de los conflictos psicológicos, los problemas sociales, y los remedios espirituales y materiales, la debilidad del argumento (obra de la misma directora, Collier Young y Malvin Wald), se acentúa y se acumulan los lugares comunes.

Del ritmo expresivo de las primeras secuencias, nada queda cuando la joven protagonista huye del mundo que le recuerda demasiado su tragedia, y es protegida por un extraño y apostólico doctor en teología que la convence de que la vida debe afrontarse con valor, y lanza su alegato a favor de la higiene social ante un tribunal distraído, en una escena más bien inverosímil. La directora que maneja con cierta destreza los elementos exteriores y narrativos, fracasa al tratar de penetrar en los repliegues del alma, por falta de un lenguaje adecuado. Es de señalar la importancia que se

---

inglesa a través de "Topolski's Chronicle". Son estas crónicas a punta de lápiz, que el artista hace imprimir periódicamente y distribuye entre un público muy vasto. La litografía tenía en Daumier un ejecutor admirable; aquí el dibujo impreso tiene la posibilidad, de acuerdo a los tiempos que corren, de abarcar un gran número de gustadores. Une el artista, por este conducto, lo documental con lo artístico de su vena humanísima, saturada de dolor o de ternura, como hojas de un *diario* popular de enfoques múltiples.

FOLKLORE AMERICANO

DOS interesantísimos libros, con los que la editorial Poseidón acaba de iniciar con cuidado, elegancia y practicidad una nueva serie para la Biblioteca de Estudios Breves —"Fiestas y costumbres de América" de Félix Coluccio y "Folklore, ritos y costumbres del pueblo guaraní" de José Cruz Rolla—, nos llevan a la directa estimación del folklore de nuestro continente. Son libros útiles, de apretado texto, finamente redactados, sucintos y sabrosos, que actualizan importantes problemas que atañen a una tradición americana que arranca desde la colonia, de influjo especialmente ibérico en las "Fiestas", o que se remonta a una antigüedad muy lejana y autóctona en el estudio del pueblo guaraní, de vasta preeminencia entre el Río de la Plata y el Mar Caribe.

Ambos ensayos, en su cumplido desarrollo, inscriben un vasto friso curioso y casi desconocido al gran público, siempre tan dispuesto a conocer lo europeo pero no lo intrínsecamente continental, del que emergen figuras y mitos, encarnaciones humanas y evocaciones poéticas y espirituales, al par que el ameno espectáculo que informan los títulos citados. Hay allí un mundo rico que no puede ser echado en olvido en el proceso de una cultura popular que persite a través de los años, y la serie de esas arraigadas circunstancias tiene vigencia también para esta sección de artes plásticas. Los artistas pueden dar una dimensión inédita, original, partiendo de ese vivo conocimiento, para la elaboración de cerámicas, de óleos, de esculturas, de paneles decorativos. Sabemos hasta qué punto necesario Leonidas Gambartes ha usado el folklore guaraní en sus pinturas, y otros artistas han reencontrado formas primitivas y novedosas en esa indagación por tierras de América (Caribé, G. Chale, los mejicanos) que nos comprenden y trascienden. Naturalmente el saber del pueblo no puede ser desechado, pero aquí diremos qué resulta útil al creador plástico.

El arte no es folklore, pero el arte puede servirse del folklore como tema de inspiración. El artista usa estrictamente un conjunto de formas, colores y ritmos que son propios de su expresión culta y mediante los cuales su obra asumirá categoría plástica y estética. Partir de fuentes folklóricas, o sea de tradiciones del pueblo, y a través de un específico lenguaje de pintor o escultor, puede ser una etapa, en nuestra América, nada desdeñable para alcanzar un tono diferencial, propio, en el proceso del arte mundial. Sólo así el folklore tendrá fundamental vigencia en el plano que aquí se concreta.

VER Y ESTIMAR

"VER y estimar", revista mensual de crítica artística, reaparece en su segunda época, con un formato mayor y un material más suscinto, como "información crítica de hechos, exposiciones y libros". Comienza por denunciar una circunstancia que mueve a reflexión, de que "el lector no parece tener capacidad de concentración, ni tiempo, para leer largos artículos de teoría o crítica", etc., lo que vendría a confirmar la frase que le oímos a cierto profesor universitario: que un breve estudio de apreciación sobre el impresionismo, de excelente calidad por supuesto, habría sido más provechoso que otros libros amplios y exhaustivos sobre la materia, justamente por su brevedad y concisión. ¿Debemos convencernos que nuestro país tiene escasa capacidad de absorción del libro de arte y el ensayo especializado? En lo que atañe a la revista del crítico Jorge Romero Brest y sus discípulos redactores, ella señala una forma directa de comentario y, lo que nos parece plausible —ya que venimos defendiendo sin partidismos nocivos esta limpia posición—, es que se fundan en valores, sean ellos figurativos, abstractos, concretos, dentro de una plena autonomía creadora. Esa inmediatez obliga a una objetividad que aquéllos a veces descuidan, yéndose al uso de términos subjetivos en la estimación crítica, o no igualmente ecuánimes en el tratamiento de todos los artistas. Sirva en el primer caso el hablar de "pasión" acerca de un artista que tiene una calidad pictural y un rigor plástico en sus obras que lo preservan de comparaciones equívocas; o, en el caso de otro, al mostrar sólo las virtudes y no las limitaciones de su reciente exposición treintañera.

Pese a las cuidadosas reservas que podríamos anotar y que atañen rigurosamente al crítico, estimamos en su justa medida una publicación que encara el arduo análisis del arte nacional y de nuestro tiempo. Y sobre ella ya volveremos, seguramente.

R. B.

EXPOSICIONES

TAPICES de Jean Lurçat se exhiben en Jacques Helf.

Rafael Alberti presenta en Galatea páginas ilustrativas de su nueva obra poética "Baladas y canciones del Paraná". Pinturas de Simona Ertan y Valentín Ducmelic se exhiben en Krayd. Gagi lo hace en Van Riel. Edgardo W. Berjman en Alcora. María Luisa Pacheco y José Rosso en Plástica. Ilma Maggi y Verdié en Rose Marie. Ibarra en el Ateneo Popular Esteban Echeverría de San Fernando. Bruno Venier en el Museo de Bellas Artes "Dr. Jenaro Pérez" de Córdoba. Susana Aguirre en la Galería Delacroix de la misma ciudad.

CONCURSO DEL PAISAJE ARGENTINO

HA sido organizado un importante concurso de pintura del paisaje argentino en el que podrán participar todos los artistas nacionales y extranjeros con cinco años de residencia en el país. Se han fijado considerables premios por valor de 160.000 pesos, y serán elegidas doce obras a la témpera y al óleo, apaisadas, con una medida única de 54 cm x 40 cm. Los interesados deberán dirigirse a Esso, Belgrano 920. Las obras se entregarán entre el 10 y el 15 de enero de 1955.

ha otorgado en este film a la banda sonora, que se utiliza con valor psicológico un poco abusivamente, pero demostrando que no se ignoran las valiosas posibilidades de este elemento. Del mismo modo cabe señalar la corrección de la fotografía de Archie Stout.

Mala Powers presta a la protagonista su rostro claro y adolescente, y evidencia una encomiable docilidad, ya que no una vibración profunda. En la dirección de los otros actores, Ida Lupino no se ha distinguido, y el error de adjudicar a Todd Andrews el papel del curioso sacerdote gravita notoriamente en contra del film.

Sylvia Potenze

DIARIO DE UNA ENAMORADA Por el planteo de su argumento, este film podría creerse una versión alemana de *En un suburbio de París*, la película francesa estrenada hace unos meses. Pero las mismas coincidencias que en un primer momento llaman la atención, pronto hacen resaltar la enorme distancia que media entre el atrayente film de Becker y esta tediosa muestra del cine de la Alemania Occidental.

Más que la inconsistencia de los caracteres, carentes de una mínima dimensión psicológica lo que choca en *Diario de una enamorada* (Tagebuch eines Verliebtes, 1953) es su falta de sinceridad y su desarraigo total del mundo en que transcurre. Poco importa que el director Josef von Baky se haya ido a Italia, a Zurich o a donde sea, a filmar exteriores; el mundo donde viven sus protagonistas es tan vago e irreal como ellos mismos. Por allí no ha pasado la guerra (que sin embargo se alude rápida y temerosamente en un *flashback* superfluo y mal filmado), allí no ha habido cambios políticos o sociales, allí no hay problemas verdaderamente humanos. La Alemania de hoy sigue viviendo en el alegre ritmo despreocupado y anacrónico de las comedias musicales de la antigua UFA. Los personajes son incoloros, los conflictos inodoros, los decorados insípidos, pero la dignidad nacional queda a salvo porque el público se llevará la impresión de que en la casa de un garagista alemán se sirven unos desayunos dignos del Waldorf-Astoria. El escapismo del avestruz es también una manera de hacer propaganda que no se diferencia mucho de la de los soviéticos.

Si la validez humana del film de Becker hacía posible discutir las actitudes de sus personajes, la debilidad con que los de esta película han sido trazados otorga poca importancia a sus inconsecuencias morales y psicológicas. No puede discutirse en serio un argumento que no convence ni emociona en ningún momento.

El director, que logra un buen comienzo presentando los personajes y la situación central mediante el recurso, conocido pero eficaz, del comentario oral de un espectador objetivo, se debate luego entre lánguidas secuencias con diálogos espesos y reiterados, que un montaje constantemente retrasado y una interpretación hiperbólica o inepta hace más intolerable. La fotografía es, en cambio, bastante buena, y, junto con María Schell (la conmovedora heroína de *The heart of the matter*) que presta su talento espontáneo y sus expresivas facciones a la deslucida enamorada del título, lo único destacable del film.

Sylvia Potenze.

Calificación moral de la Acción Católica

C I N E

Acto de amor. Americana. Artistas Unidos. (28-X-54). Reservada. — *Almirante Ushakov, El*. Soviética. Artkino. (28-X-54). Aceptable para adolescentes. — *Barrio gris*. Argentina. Cinematográfica Cinco. (28-X-54). Es desaconsejable. — *Espionaje en Shanghai*. Americana. Republic. (26-X-54). Algunas escenas un tanto escabrosas la hacen para mayores. — *Luna vale un millón, La*. Española. Internacional (21-X-54). Aceptable para adolescentes. — *Mi cara mitad*. Americana. Paramount. (1-XI-54). Aceptable para adolescentes. — *Potro de oro*. Americana. Republic. (21-X-54). Aceptable para niños. — *Rashomon*. Japonesa. R. K. O. (29-X-54). Reservada. *Resplandece el sol*. Americana. Republic. (27-X-54). Para mayores. — *Se necesita un hombre con cara de infeliz*. Argentina. Cinematográfica Cinco (28-X-54). Para mayores. — *Sobornados, Los*. Americana. Columbia. (19-X-54). Para mayores. — *Tarzán en peligro*. Americana, R. K. O. (21-X-54). Aceptable para adolescentes. — *Ultimatum*. Británica. Promofilms. (1-XI-54). Aceptable para mayores. — *Una vida por otra*. Americana. M. G. M. (1-XI-54). Aceptable para mayores.

T E A T R O

Una viudita caprichosa. Insausti y Malfatti. (21-X-54). Pieza cómica. Para mayores.

MUSICA

Conciertos y Concertistas

EN estas periódicas reseñas de las actividades que se vienen cumpliendo en nuestras más o menos improvisadas salas de concierto, hemos de referirnos a una nota de jerarquía verdaderamente excepcional; a una agrupación artística de muy alto rango cuyo paso fugaz —lamentablemente fugaz— por Buenos Aires, ha dejado en cuantos pudieron escuchar su concierto de la Asociación Wagneriana, el recuerdo que sólo pueden suscitar manifestaciones de esa alcurnia, en las que el arte musical alcanza algunas de sus expresiones más auténticamente perfectas: el *Quinteto Chigiano*. Compuesto por Sergio Lorenzi (piano), *Ricardo Brengola* y *Mario Benvenutti* (violines), *Giovanni Leone* (viola) y *Lino Filippini* (violoncelo) este conjunto, fundado hace algunos años y que en Europa goza del renombre a que es acreedor, ha alcanzado el nivel a que únicamente se puede llegar mediante la asociación de instrumentistas de impecables condiciones musicales y depurada formación, que hayan alcanzado el necesario grado de dominio en su faz de ejecutantes y que, mediante la labor de conjunto intensa y adecuadamente orientada, ostenten al máximo la fusión, el equilibrio y la compenetración recíproca que la música de cámara —género difícil en forma que sólo conocen quienes lo hayan profundizado— exige para su cabal realización. Lo han logrado, y de manera realmente impresionante, estos artistas italianos y lo evidenciaron sin dejar lugar a la más mínima duda, en la sesión aludida cuyo programa, integrado por páginas de Mozart, Malipiero, Gil y Dvorak fué vertido como cuadra a una agrupación ante la que el calificativo de insuperable no parece exagerado. Fué una hermosa fiesta musical que se aplaudió con el debido entusiasmo; que motivó consideraciones no muy estimulantes acerca de la limitada repercusión que tales expresiones de arte logra en un medio donde tanto abundan los que se dicen "locos por la música", recordándonos además —por si hacía falta— que, a pesar del plausible tesón de algunos instrumentistas locales, carecemos aún del organismo estable de esa índole —cuarteto de arcos y piano— tantas veces reclamado por cuantos aspiran a una ininterrumpida evolución ascendente de nuestro "clima" musical y cuya presencia constituiría el único medio de que la música de cámara pueda aquí desenvolverse como es debido.

La creación, ya un tanto lejana en el tiempo, del famoso Grupo de los Seis fué evocada con todos los honores en el recital que *Lucia Bordelois*, cantante de bellas facultades vocales, inobjetable escuela y cultivada musicalidad, ofreció en la sala del Club Oriental, con la ejemplar cooperación pianística de *Jacqueline Ibels*.

Abrió el acto una disertación del crítico *Fernando Vidal Buzzi*, que en certeros conceptos expuso, aguda y comprensivamente, las características, objetivos y resultados de aquella iniciativa de Jean Cocteau, conscientemente o no, influenciada por los "Cinco" ruso —aun cuando infinitamente menos consistente y productiva— y en la que, para mayor acentuación del paralelismo, Erik Satie debía hacer un cierto papel de Glinka; agrupación de seis individualidades heterogéneas y dispares que, empero, señala una fecha en la trayectoria de la música del siglo. Luego, la señorita *Bordelois* tradujo con verdadera sutileza páginas de los integrantes del Grupo: George Auric, Darius Milhaud, Arthur Honegger, Louis Durey, Francis Poulenc y Germaine Tailleferre.

En el Mozarteum Argentino hemos escuchado al Trío, recientemente constituído, que integran el pianista *Rafael González*, el violinista *Eduardo Acedo* y el violoncelista *Ramón Vilaclara*, músicos de larga e importante actuación en nuestro medio. La ejecución de dos de las cmoposiciones que el

incomparable salzburgués escribiera para tal conjunción de instrumentos (aquellas que en el catálogo de Köchel llevan los números 542 y 548, permitió la exposición de ponderables virtudes individuales y colectivas, que dieron como resultado versiones de noble estilo y en donde los delicados problemas técnicos fueron resueltos muy satisfactoriamente.

A una de las figuras sobresalientes de la música argentina, el maestro Alberto Ginastera, fué consagrada otra de las sesiones de la entidad mencionada. Precedida por una inteligente ubicación a cargo de *Gilbert Chase*, la audición comprendió diversas páginas vocales e instrumentales que interpretaron la cantante *Amalia Bazán*, los pianistas *Antonio De Raco*, *Jascha Galperin* y *Antonio Tauriello*, el violinista *Ljerko Spiller* y un conjunto conducido por *José Goldenchtein*.

Con respecto a los ciclos sinfónicos, señalaremos que las orquestas de Radio del Estado y Muncipal han proseguido con regularidad sus actividades. Esta última ofreció, con la dirección de su titular, el maestro *Ferruccio Calusio*, un programa compuesto por la Sinfonía Nº 104 "Londres" de Haydn, una Suite Vasca "Roncesvalles" del Padre Francisco Madina, la Suite para arcos y piano de Lamuraglia (que *Jorge Fontenla* tocó con sus relevantes dotes, dignas de cometido más interesante) y la "Séptima Sinfonía" de Beethoven. La obra del Padre Madina, que se escuchaba en primera audición, se inspira en motivos y ritmos de la región vascongada, de la que su autor es oriundo, y revela la presencia de muy respetables condiciones para la creación musical. En ésta y en las demás páginas, la Sinfónica Municipal y su director actuaron de acuerdo con sus bien conocidas posibilidades. El concierto del domingo siguiente fué confiado a la autoridad del maestro *Julián Bautista*, músico español quien como compositor goza del prestigio que corresponde a quien ha dado prueba de los relevantes valores que se han podido apreciar en trabajos de diversos géneros, que llevan su firma. Tales valores se han visto ratificados por medio de la "Fantasía Española" para clarinete y orquesta que, escrita hace ya algunos años, fué estrenada en esta audición. Sabrosa y colorida, esta página de corte rapsódico, de inspiración fuertemente hispánica, desarrollada con mano experta y orquestada con seguro sentido del mecanismo instrumental, refirma cuanto anticiparan obras anteriores, sin que reflejos ilustres que aparecen a lo largo del discurso —huellas inconfundibles de la España raveliana— menoscaben méritos evidentes. La parte de solista, escrita con habilidad y buen gusto, presenta oportunidad de lucimiento que el solista *Luis Carbone* supo aprovechar plenamente. Fragmentos de "El Martirio de San Sebastián" de Debussy, la "Obertura para el Fausto Criollo" de Ginastera y "El Pájaro de Fuego" de Strawinsky, fueron escuchados a través de versiones que señalaron la presencia de un director autorizado, correcto y responsable; el mismo que años atrás, a poco de su llegada al país, fuera dado advertir en una sesión de la Wagneriana con resultados que hicieron parecer extraño su posterior alejamiento de funciones para las que se mostraba como bien dotado. Porque al margen de las limitaciones consecuentes de una falta práctica continuada, de entrenamiento que, contrariamente a lo que podría creerse, resulta tan necesario en quien empuña la batuta como en el instrumentista o en el cantante, el maestro *Bautista* demostró ahora como entonces, poseer en proporción apreciable los elementos requeridos —desde la cultura amplia hasta el "brazo de director"— para abordar con fortuna la conducción de orquestas. Queda por esperar que no le falten oportunidades de afirmarlos.

Cumplido ya el período más prolongado e importante de su temporada con la actuación de los calificados directores extranjeros a que, sucesivamente nos hemos ido refiriendo, la Sinfónica de Radio del Estado ha pasado a manos de distintos músicos locales, según lo establecido por un plan de labor que en esta parte nos parece vulnerable por diversas razones. No hemos de negar los simpáticos propósitos de estímulo, o de posible descubrimiento de valores, que pueda traer aparejada la iniciativa de poner la orquesta de la radiofónica a disposición de algunos elementos que se estime como idóneos para labor tan compleja y comprometida; pero la experiencia, muy reiterada, enseña, entre otras cosas, que la falta de un criterio selectivo y discriminatorio suficientemente estricto puede conducir a resultados francamente negativos, capaces de comprometer la línea de continuidad artística que debe regir, sin altibajos en organizaciones como la de Radio del Estado, cuyo elogio, por lo demás, no hemos dejado de formular en ninguna de las muchas ocasiones en que lo ha merecido. Bien está, que al lado de las batutas extranjeras que cada año vienen a conferir calidad y brillo a estos ciclos, se incluya a los directores del país que evidencien plenamente la posesión de títulos que les habiliten para figurar airosamente en temporadas que, con toda razón, aspiran a contarse entre las más calificadas del movimiento musical latinoamericano. Pero solamente a esos pocos valores de verdad, prescindiéndose, en consecuencia, de mediocridades, aprendices e ineptos cuya acción lejos de aportar beneficios —ni siquiera para ellos mismos— está llamada a incidir desfavorablemente en una obra tan digna de simpatía y de reconocimiento, como la que Radio del Estado cumple en pro de la música. No es necesario hacer nombres para reavivar el recuerdo de algunas veladas muy poco afortunadas, ni resultará aventurado predecir otras, ante la mera lectura de elecciones y de programas realmente desalentadores. Sabemos que la dirección de orquesta es el objetivo hacia el que apuntan algunos que ya nada tienen que hacer en otros órdenes de la labor musical, y tampoco ignoramos que existe el propósito —disfrazado bajo un manto de seudo proteccionis-

INFORMACION

Telegrama de Mons. Laffite al Presidente de la Nación

CORDOBA, 12 — Con motivo de cumplirse en la fecha un nuevo aniversario de su exaltación al gobierno del arzobispado de Córdoba, Monseñor Dr. Fermín Laffite, cursó un telegrama al presidente de la República, general Juan Perón. En el mismo dice: "Al cumplirse el 27º aniversario del ejercicio del cargo arzobispal hónrome en esta circunstancia declarar a V. E. haber sido constantemente fiel a mi deber jurado de lealtad a la Patria y a sus legítimas autoridades y en primer término a V. E. como presidente de la Nación Argentina.

COMUNICADO DEL OBISPO DIOCESANO DE SAN LUIS — "Queremos llevar al corazón de nuestro pueblo católico de San Luis la paz y el sosiego perturbados en estos días por las palabras del Excmo. Sr. Presidente de la Nación, el cual erróneamente informado, ha incluído a dos sacerdotes de nuestra Diócesis entre los supuestos enemigos del gobierno y perturbadores del orden.

Hacemos responsables ante la opinión pública y ante el juicio de Dios a los autores de tan enorme calumnia, advirtiéndoles que tienen gravadas sus conciencias hasta no hacer reparación pública del honor sacerdotal por ellos ultrajado.

El Señor Obispo elevará al Excmo. Señor Presidente de la Nación por intermedio de la Nunciatura Apostólica, las pruebas fehacientes de la inocencia de ambos sacerdotes, a fin de que se haga la debida justicia.

Que todos los fieles unan sus plegarias al dolor que experimenta la Iglesia de nuestra Patria en estos días de amarga tribulación, para que la fe de los buenos se afirme cada vez más, y los descarriados vuelvan arrepentidos a la senda de la verdad y del bien".

San Luis, 13 de noviembre de 1954. — EMILIO A. DI PASQUO, Obispo de San Luis.

mo nacionalista— de que las orquestas oficiales sean puestas a la disposición de todos aquellos que se muestren dispuestos a emular las glorias toscaninianas. Contra una y otra cosa es preciso reaccionar, en bien de las mismas orquestas y de nuestro movimiento musical amenazado por intentos tan inconsistentes.

Cuanto se ha dicho no podría referirse, por cierto, al maestro *Jean Constantinesco*, a quien tocó iniciar esta etapa final del corriente ciclo. Músico sensible y culto, había tenido ya ocasiones de probar su muy discreta capacidad para enfrentarse con una orquesta sinfónica y le ha sido dado refirmarla ahora, al presentar con autoridad madura y muy buena línea musical, un programa nada fácil, que iniciado con la "Sinfonía Nº 39 en mi bemol" de Mozart prosiguió con "El Aprendiz de Brujo" de Dukas, la "Obertura para el Fausto Criollo" de Ginastera y "Cuadros de una Exposición" de Mussorgsky Ravel, obras todas que reeditó con propiedad, esmero y considerable brilla, obteniendo de su orquesta —más allá de inconvenientes inesperados— ejecuciones ajustadas y pulcras.

ALBERTO EMILIO GIMÉNEZ

El arzobispo de Melbourne desmiente declaraciones de Attle acerca de la situación religiosa en China

Las declaraciones del jefe de la delegación del Partido Laborista inglés, que ha regresado recientemente de un viaje a China, señor Attle, según las cuales la Iglesia Católica no es, en el régimen de Mao-Tse-Toung, perseguida en cuanto religión (el líder laborista es de opinión, en efecto, de que solamente los elementos católicos no chinos han sido víctimas de la revolución nacional comunista), acaban de ser desmentidas categóricamente por el arzobispo de Melbourne, monseñor Mannix.

En un comunicado dirigido al "Catholic Herald" de Londres, el prelado australiano afirma no compartir totalmente las opiniones del señor Attle. Invoca las numerosas declaraciones de misioneros expulsados de China por el único motivo de su pertenencia a la Iglesia Católica, y recuerda que ocho obispos y centenares de sacerdotes y religiosas chinos se encuentran prisioneros en la China roja.

De esta verdadera persecución no son solamente víctimas los católicos, precisa Mons. Mannix, que se remite a la reciente declaración del presidente (chino) de la Sociedad China de Misioneros Extranjeros. Según este último, todos los cristianos son odiados y perseguidos bajo el régimen de Mao-Tse-Toung y, en una sola provincia, sobre 206 iglesias 200 han sido clausuradas por las autoridades comunistas.

"Estoy convencido de que el señor Attle es incapaz de mentir deliberadamente", concluye el arzobispo, que estima que en algunas semanas "el líder laborista no podía hacerse una idea de la situación religiosa..., pues no podía ver sino lo que se le quería mostrar". (L'Act. Relig.).

ILDEFONSO CARDENAL SCHUSTER, ARZOBISPO DE MILAN

El 30 de agosto pasado falleció en el seminario de Venegano, cerca de Milán, donde se había retirado a descansar por prescripción médica, el cardenal arzobispo de Milán, Dom Ildefonso Schuster, O. S. B., gran liturgista y erudito y también gran pastor. Ocupó la silla de San Ambrosio desde el año 1929, la sede predilecta del Papa Pío XI, también arzobispo de la ciudad antes de su elevación al pontificado. Su elevación al cardenalato se hizo mediante un consistorio reunido especialmente, seis días antes de ser consagrado arzobispo.

"Fué el primer nombramiento para una sede italiana", escribe The Tablet, "después del tratado de Letrán, siendo el Cardenal Schuster el primer obispo en prestar juramento al jefe de Estado, de acuerdo con los términos del nuevo tratado. Pío XI deseaba ardientemente elegir para la sede milanesa, a fin de poner en práctica real el tratado, un obispo aceptable para el régimen, y, por lo menos, hasta el año 1938, el cardenal Schuster fué un franco admirador del fascismo. Acostumbraba predicar en la catedral de Milán todos los aniversarios de la marcha sobre Roma. En 1935 y 1936 habló con entusiasmo de la campaña de Abisinia, describiéndola como la encargada de abrir las puertas de Etiopía a la fe católica y a la civilización romana. Acostumbraba visitar los campos de verano de los balillas en compañía de importantes oficiales fascistas. En general se lo puede considerar como el prelado que prestó mayor apoyo a Mussolini, de cuyas últimas y desgraciadas semanas sería más tarde testigo."

"Esta opinión, como la de muchos otros, cambió bruscamente en 1938, cuando, después del Anschluss, la influencia de Hitler sobre Mussolini se hizo predominante. En noviembre del mismo año predicó en su catedral un sermón memorable contra la "herejía nacida en Alemania y que actualmente se insinúa por todas partes", la cual, "no solamente ataca el fundamento sobrenatural de la Iglesia Católica, sino que... constituye un peligro internacional no menor que el bolchevismo". Describió el racismo nazi como un concepto anti-romano, y rogó para que el "genio italiano y la visión de nuestro gobierno llegaran a cooperar con la divina gracia en mantener alejado de nuestro país la nueva herejía nórdica". "En la Iglesia Cristiana no hay lugar para divisiones raciales, pues Cristo no puede ser dividido en fragmentos."

Después del otoño de 1943, cuando en el norte de Italia se formó la república mussoliniana, el cardenal Schuster trató de suavizar las luchas entre los dos bandos en que se había dividido el país. Miles de prisioneros y deportados fueron ayudados. El 25 de abril de 1945, cuatros días antes de la entrada de las tropas norteamericanas en Milán, y dos días antes del fusilamiento de Mussolini, el cardenal se entrevistó con el dictador. Según lo registra en el libro documental Gli ultimi

tempi de un regime, fué una conversación sobre tópicos generales, mientras Mussolini esperaba las tropas alemanas, que nunca llegaron. El dictador no se confesó ni hizo declaraciones de fe. Más bien, como se hace notar en ese libro, demostró tener conocimientos poco precisos sobre determinados tópicos religiosos, hecho curioso si se tiene en cuenta que fué el hombre que controló los destinos de la Italia católica.

En los últimos años su actuación fué siempre vigorosa. En 1949 presidió la segunda peregrinación internacional de Pax Christi a Lourdes. Cuando la huelga de dos millones de trabajadores del campo, también en 1949, hizo un llamamiento para crear cocinas populares para los hijos de los obreros, destacando la responsabilidad de los ricos frente a sus hermanos menos privilegiados. En junio de 1948, en un congreso de estudios sociales para sacerdotes en Roma pide una mayor participación de los católicos en la vida social, política y sindical. Funda una sociedad constructora de viviendas. Se ocupa del problema de los desocupados. Dos años antes de la excomunión del Santo Oficio del comunismo, en el año 1947, da instrucciones a su clero para abstenerse de dar la absolución a cuantos no dieran muestras de arrepentimiento en su ayuda positiva al comunismo, prohibiendo al mismo tiempo la sepultura eclesiástica. Su última actuación pública tuvo lugar pocos días antes de su muerte, con referencia a las conversaciones de Bruselas, donde se intentaba reconciliar la CED con las exigencias de Francia. En esta ocasión escribió que el europeísmo no era suficiente, tildándolo de "estreptomicina moral", ante las nuevas fuerzas bárbaras que amenazan Europa, haciendo un llamado a que, de igual modo que en los tiempos de San Gregorio VII, las Cruzadas, la batalla de Lepanto, etc., los Estados reconozcan su salvación en una renovación de su conciencia cristiana, que, "bajo las combinaciones políticas debe constituir una vez más la defensa más eficaz de la humanidad."

El Cardenal Schuster es el autor del libro clásico (tildado de monumental), "Liber Sacramentorum", traducido a cinco idiomas. Además de una abundante producción especializada, escribió una vida de San Benito (San Benedetto e suoi tempi) reconocido indispensable para el estudio de la vida del santo.

Había nacido en Roma en el año 1880. Fué hijo de un oficial de la guardia suiza vaticana. A los once años se lo envió al colegio de los monjes de San Pablo Extramuros, donde, a su debido tiempo, entró en el noviciado, y después de ser maestro de novicios, y Prior, en 1918, llega a Abad del mismo.

EL ARZOBISPO DE PARIS TIENE RAZON, DIJO GRAHAM GREENE

"El arzobispo de París tiene razón", ha declarado el novelista Graham Greene, de regreso de un viaje a las Antillas —durante el cual no se le permitió la entrada en los Estados Unidos por funcionarios de la inmigración en San Juan de Puerto Rico, a causa de haber declarado en un interrogatorio que había sido comunista "durante cuatro semanas cuando tenía 19 años". A su llegada al aerodromo de Amsterdam dijo que se había equivocado en la controversia que lo opuso recientemente al cardenal Feltin con motivo de las exequias de Colette. (Ver CRITERIO, Nº 1221, pág. 754).

PRIMERA ORDENACION SACERDOTAL DE UN JESUITA EN SUECIA DESDE HACE TRESCIENTOS AÑOS

El padre Lars Rooth, S. I., hijo del presidente del Banco Mundial (Wáshington), ha sido ordenado sacerdote por el Vicario Apostólico en Suecia, monseñor Müller. Desde hace tres siglos es ésta la primera vez que un padre jesuita recibe las sagradas órdenes en Suecia (**KNA.**).

LA SITUACION DEL ISLAM Y OTRAS RELIGIONES EN EL SOVIET

Los diarios de Moscú hablan muy poco del Islam, al cual, sin embargo, pertenecen alrededor de 30 millones de personas en las repúblicas soviéticas del Asia central y en sus regiones limítrofes. Varios altos dignatarios de la religión islámica se han puesto a la disposición de la propaganda exterior de la política soviética en los congresos internacionales de la paz, como lo hacen el patriarca ortodoxo de Moscú y el metropolita Nicolai de Kolommá. Parece que por esa actitud han podido obtener, por compensación, una cierta tolerancia de las autoridades para el ejercicio de su culto. Sin embargo, la religión de Mahoma está, en principio, tan expuesta a ser combatida por "las luces científicas" del comunismo como lo son el cristianismo y los vestigios de judaísmo que quedan en Rusia.

Entre las confesiones cristianas, la Iglesia Griega Unitaria de Ukrania occidental ha sido liquidada inmediatamente después de la guerra, a causa de su tradición antirrusa. El patriarcado ortodoxo de Moscú contribuyó a ello "reunificando" a la Iglesia Unitaria con la Iglesia Rusa. Lo que naturalmente molestaba de la Iglesia Unitaria, que cuenta con tres millones de almas, era su subordinación a Roma.

La religión católica romana fué tratada muy duramente en los territorios de Lituania y del sudeste de Letonia, que fueron anexados por la Unión Soviética hacia el fin de la guerra. En las otras partes del imperio ruso el catolicismo no cumple ninguna función.

Según el estudio del diario suizo de Bale, las sectas protestantes baptistas, metodistas y adventistas, que gozaban en la antigua Rusia de una gran tolerancia y de amplia difusión, sufren en la actualidad la rigurosa desconfianza de la política soviética. Es el origen y las vinculaciones occidentales de esas comunidades religiosas cristianas los que las han hecho particularmente sospechosas a las autoridades de Moscú en estos tiempos de tensión política entre el Este y el Oeste. Es imposible saber, de los seis millones de almas con que contaban las sectas evangélicas, cuántas todavía mantienen sus vínculos con sus comunidades. (**La France Cath.**).

NUEVAS PRECISIONES SOBRE LA SITUACION RELIGIOSA EN YUGOSLAVIA

La agencia Kipa de Friburgo (Suiza) ha publicado el 10 de setiembre ppdo. el texto de una carta colectiva de los obispos de Yugoslavia que data del 7 de octubre del año anterior.

La carta de los obispos está dirigida al Consejo Ejecutivo Federal de la república. Comienza por el inventario de una serie de hechos ocurridos entre 1947 y 1953, sobre todo en 1953, de los cuales muchos conciernen a obispos asaltados en el camino cuando iban a administrar la confirmación en los pueblos: golpes, heridas, etc. La lista, precisa e impresionante, comporta también el ataque a un palacio arzobispal y los malos tratamientos infligidos a sacerdotes (inmersión forzada, etc.).

"A causa de todos esos incidentes, se plantea naturalmente la cuestión: ¿Cómo explicar el hecho de que —en el curso de estos últimos meses— se produzca, simultáneamente y en diferentes lugares, desde Sambor a Dubrovnik tal ola de agresiones contra obispos y sacerdotes? Es de notar que esas agresiones fueron en todas partes perpetradas conforme a métodos y consignas idénticas.

"Resulta claramente que esos incidentes han durado varias horas, sin que los órganos de la Seguridad Pública hayan podido salvaguardar a los eclesiásticos de los ataques dirigidos contra ellos. Por todas partes los agresores obraban como si los obispos católicos estuvieran puestos fuera de la ley. Ignoramos si los agresores han sido detenidos y llamados a rendir cuenta de sus atentados.

"Nosotros, obispos católicos, reprobamos indignados los incidentes enumerados, considerando:

"1º que infringen el artículo 28 de la Constitución, que garantiza la inviolabilidad de los ciudadanos;

"2º que infringen el artículo 29 de la Constitución, que garantiza la inviolabilidad del domicilio;

"3º que la expulsión arbitraria de los representantes de la Iglesia de los lugares de su residencia representa una infracción al artículo 28 de la Constitución que precisa que "ningún ciudadano puede ser expulsado del lugar de su residencia salvo en los casos previstos por la ley";

"4º que esos incidentes traban la libertad de cultos garantizada por el artículo 25 de la Constitución y los artículos 3 y 5 de la ley sobre el estatuto jurídico de las corporaciones religiosas;

"5º que esos incidentes representan actos pasibles de pe-

nas conforme al código penal, a saber: lesiones corporales graves o ligeras, lesiones materiales del bien ajeno, trabas a la libertad de tránsito, injurias, calumnias, tumultos ilícitos, provocaciones al odio religioso, injurias contra los sentimientos religiosos de la mayoría del pueblo.

"Comprobamos con satisfacción que altos representantes de los poderes públicos han desaprobado los actos que denunciamos como anticonstitucionales e ilegales.

"Así, a título de ejemplo, el Sr. Cvijetin Mijatovic, vicepresidente del Consejo Ejecutivo de la República Popular de Bosnia-Herzegovina, ha declarado que "... los comisarios políticos no habrían debido permitir un arreglo de cuentas de este género con los curas reaccionarios..." (Borba, 21-9-1953, Nº 237).

"El señor Georges Pucar, presidente del Consejo Ejecutivo de la República Popular de Bosnia-Herzegovina, ha declarado: "... Se trata de excesos debidos a la falta de conciencia y de madurez política de ciertas personas, a consecuencia de los cuales miembros del clero han sido lesionados en los derechos que les garantizan la Constitución y otras prescripciones legales en la misma medida que a los otros ciudadanos. Estos actos ilegales no pueden ser considerados como integrantes del programa de la lucha política llevada por la Unión Socialista. Son perjudiciales para nuestra comunidad y nada tienen que ver con los principios y los deberes de la Unión Socialista..." (Oslobodjenje, La Liberation, Nº 2168, 16 sept. 1953).

"Finalmente, en su discurso pronunciado en Ruma, el presidente de la República Popular Federal de Yugoslavia, mariscal Tito, ha dicho: "... No podemos aprobar estas cosas, y reprobamos tales procedimientos, pues poseemos medios de lucha mucho más fuertes. De ningún modo deseamos ver tumultos de este género, son procedimientos indignos e ilegales, y nosotros queremos que las leyes sean respetadas en nuestro país". (Vjesnik, Nº 2806, 28 sept. 1953).

"Nos parece pues justificado poder esperar que ante todo las infracciones a la Constitución y a las leyes serán reparadas y, sobre todo, que será posible a los obispos y a los sacerdotes expulsados reintegrarse a sus domicilios.

"Esperamos también que las autoridades públicas salvaguardarán en el futuro nuestros derechos garantizados por la Constitución y las leyes y, por este hecho, permitirán a todos los eclesiásticos cumplir sin ninguna traba los deberes de su estado.

"Nos permitimos finalmente observar que, relativamente a los excesos cometidos, se ha reprochado a los obispos y al clero ser enemigos del Estado y traidores.

"De la manera más enérgica protestamos contra esas afirmaciones arbitrarias. Si, sin embargo, esos reproches hubieran sido provocados por la actitud del Episcopado con respecto a la cuestión de las "asociaciones de sacerdotes", queremos declarar, una vez más todavía, que esta actitud ha sido adoptada por el conjunto del episcopado católico en su sesión plenaria de septiembre de 1952, actitud basada sobre nuestra conciencia, y tomada exclusivamente por motivos de orden religioso y disciplinario. Los obispos no pueden abandonar la actitud adoptada.

"Tenemos profunda conciencia de que no hemos cometido ninguna infracción con respecto a la lealtad debida al Estado y a la nación. Esta lealtad nos es dictada por nuestras mismas convicciones religiosas. Por el contrario, estimamos que, por sus excesos contra los obispos católicos y el clero, los manifestantes no solamente han infringido las leyes, sino que han atentado gravemente contra el prestigio del Estado.

"Por el comité de acción: Dr. François Salis; Dr. Maximilien Drzecnik; Dr. Cyrille Banic; Dr. Charles Celik; Dr. Joseph Ujcic, presidente de las conferencias episcopales; Dr. Gabriel Bukatko, secretario de las conferencias episcopales".

UN ORIGINAL PEDIDO A EISENHOWER Y MALENKOV El presidente de la Orden de la Caridad, señor Raoul Follereau, acaba de dirigir la siguiente carta abierta al general Eisenhower y al jefe soviético Malenkov:

"...Lo que les pido es muy poco... Casi nada... Denme un avión, cada uno un avión, uno de sus aviones de bombardeo. Porque he sabido que cada uno de esos aparatos cuesta alrededor de cinco mil millones de francos... Y he calculado que con el precio de dos de esos aviones de muerte se podría cuidar a todos los leprosos del mundo...

"..¿Que el problema no será con ello resuelto? Lo sé. Pero denme por lo pronto los dos aviones: verán cómo el horizonte aclarará. ¡Y qué esperanzas no nacerán entonces en el corazón de millones de pobres corazones, que no serán solamente leprosos... Por el momento, me resta únicamente esperar. Pero espero con tanta fe, con tanta esperanza, que si ustedes me oyen terminarán por entenderme... si Dios quiere, ese buen Dios en el cual solamente uno de ustedes dos tiene fe, pero que a los dos ama..." (La France Cath.).

PROFESIONALES

ABOGADOS

Carlos Fausto Chiovino
Abogado
Sgo. del Estero 286 - 3er. Piso - Dto. 6
T. E. 37 - 7189 Buenos Aires

José Oscar Colabelli
Abogado
Avda. de Mayo 749 - 2º Piso Dto. 10
T. E. 34 - 0727 Buenos Aires

Miguel Angel Cárcano
José Manuel Saravia
Abogados
Reconquista 46 T. E. 34 - 8074

Dr. Angel Gómez del Río
Abogado
Corrientes 115 - Paraná (Entre Ríos)

Eduardo Lucio Grandoli
Abogado
25 de Mayo 401 - 4º Piso
T. E. 31 - 7092 y 4741 Buenos Aires

Horacio Larreguy
Abogado
Sarmiento 722 - 5º Piso — T. E. 34 - 6722

Roberto H. Lanusse
Abogado
San Martín 232 T. E. 33 - 6289

Benjamín Nazar Anchorena
Abogado
Av. Pte. R. S. Peña 760 — T. E. 34 - 3838

Jaime Potenze
Amadeo Soler
Abogados
Procurador JUAN PABLO OLGUIN
San Martín 244 Esc. 204 - T. E. 34-0329
Buenos Aires
Plaza Zabala 383 (1er. P.) U. T. E. 82080
Montevideo

Roque R. Repetto
Abogado
Sarmiento 930 - 6º P. A — T. E. 35 - 4137

Aldo Luis Rossetto
Carlos María Bourdieu
Abogados
Florida 229 - Esc. 625 — T. E. 34 - 4384

Federico Videla Escalada
Abogado
Talcahuano 395 T. E. 35 - 1390

P. A. Yurrebaso Viale
Abogado
Viamonte 885 - 2º Piso
T. E. 31 - 3666 y 4092 Buenos Aires

Zavalía Lagos, Gándara, Cané
Estudio Jurídico
Reconquista 657 T. E. 32 - 5637

ARQUITECTOS

E. Figueroa Bunge
F. Becar Varela
Arquitectos
Reconquista 657 T. E. 32 - 3087

Vargas y Aranda
Arquitectos
San Martín 683 - T. E. 31-1211 - Bs. As.
Calle 31 - U. T. E. 619 - Punta del Este

INGENIEROS

Emilio M. C. Devoto
Ing. Civil
Mendoza 3457 Capital

Fernando R. Lanusse
Ing. Civil
San Martín 232 T. E. 33 - 6269

Carlos E. Olivera
Ing. Civil
Cemento Armado
Avda. de Mayo 1370 T. E. 38 - 4549

Ricardo M. Puelles
Ing. Agrónomo
Paraná 1231 T. E. 42 - 7253

Jorge A. Scotto
Ing. Civil
Bolívar 177 T. E. 33 - 3730

MEDICOS

Dr. Héctor F. Bameule
Enfermedades del Sistema Nervioso
General Artigas 620 T. E. 66 - 1762

Dr. Luis María Baliña
Enfermedades de la Piel
Maipú 975 T. E. 31 - 2253

Dr. Juan Bidart Malbrán
Médico
José E. Uriburu 1295 — T. E. 44-0943

Roberto Nicholson
Ginecólogo
Juncal 1875 T. E. 44 - 4881
Pedir hora

Clínica y Sanatorio Córdoba, S. A.
Maternidad - Cirugía - Especialidades
Avda. Córdoba 3371 T. E. 86 - 4001

Dr. Jorge Olivera
Médico

Dr. Jorge Tamini
Enfermedades del Pulmón
Lunes, Miércoles y Viernes de 15 a 20 hs.
Río Bamba 116 - 1er. P. — T. E. 48 - 5672

VARIOS

Antonio J. Cafferata
Escribano Titular del Registro Nº 161
de la Capital Federal
Montevideo 1330 T. E. 42 - 9977

Dr. Juan Carlos Puelles
Ciencias Económicas
Avda. Callao 1707 T. E. 44 - 3969

UN INSTITUTO DE CIENCIAS SAGRADAS PARA RELIGIOSAS Las religiosas tendrán por vez primera en la historia su propio instituto de ciencias sagradas cuando el Regina Mundi abra sus puertas el 15 de octubre en Roma.

El nuevo centro de enseñanza se denomina oficialmente Instituto Romano de Estudios Sagrados Regina Mundi y ha sido creado por la Sagrada Congregación de Religiosos, bajo cuya dirección funcionará.

Al comenzar el año académico habrá en las aulas 80 religiosos de 15 países representando a 25 comunidades diferentes. El profesorado está compuesto por 35 sacerdotes, casi todos miembros de congregaciones y órdenes religiosas masculinas. Para la enseñanza se emplearán los idiomas francés, italiano, inglés y español.

El plan de estudios comprende tres años y materias tales como teología fundamental dogmática y moral, historia de la Iglesia, Derecho canónico, ascética y mística, Sagrada Escritura, liturgia, arqueología y arte sagrado, misiología, doctrina social de la Iglesia, catequesis y pedagogía.

Otras materias, como lenguas modernas y secciones suplementarias de ciencias sagradas, serán voluntarias.

El Instituto tiene su sede provisional en el convento de las religiosas de San José de Cluny, en la vía Mecenate, entre Santa María la Mayor y San Juan de Letrán. Las clases serán por la mañana hasta el mediodía, seis días a la semana, y las alumnas residirán en los conventos de Roma.

El diploma acreditará eclesiásticamente a las que lo posean como profesoras de religión en cualquier centro de enseñanza diocesano o arquidiocesano (Ecclesia).

LIBROS

Poesía de ayer y poesía de hoy

LOS libros que, entre la gran cantidad que ha llegado a CRITERIO, elijo para materia de esta reseña pertenecen a épocas muy distintas de la literatura hispanoamericana. El primero reúne composiciones nacidas en los albores de la organización política de nuestros países. El segundo abarca la mayor parte de la obra cumplida aquí por el último romántico. Luego viene la reedición de uno de los libros más cotizados de la poesía del continente. Por último, considero un par de volúmenes firmados por escritores argentinos de ahora. Doy, con este desfile de tan diversas figuras literarias, un somero panorama del desarrollo de un género que en América tuvo y tiene cultores por millares y que, a veces, alcanzó aquí un grado de originalidad que hizo época en todo el ámbito de la lírica de nuestra lengua.

"DOS POEMAS MAGISTRALES DEL SABIO Y POETA ANDRES BELLO". — Con este título, la Embajada de Venezuela en Buenos Aires presenta (en una colección que el poeta Manuel F. Rugeles, consejero cultural hasta hace poco en dicha representación diplomática, creó para difundir la literatura de su país) dos de los más hermosos poemas que el gran civilizador escribió, y que pueden figurar entre lo mejor que la poesía castellana produjo en el siglo pasado, centuria no muy abundante, por cierto, en personalidades literarias y en frutos líricos de tan extraordinaria calidad. Se trata (ya lo habréis adivinado) de la famosa silva "A la agricultura de la zona tórrida" y de "La oración por todos", imitación esta última de una composición de Víctor Hugo. Con la primera, puede decirse que la naturaleza americana, en lo que ella tenía y tiene de más característico, adquirió visibilidad lírica. Con la segunda, Bello introdujo en América, hacia 1843, especiales modos poéticos de un romanticismo que, en sus aspectos generales, había podido ser apreciado aquí años antes a través de "Elvira o la novia del Plata" de Esteban Echeverría. La poderosa individualidad intelectual de un hombre cuyo destino parece haber sido completar, en el orden del pensamiento y de la creación artística, un movimiento de emancipación que en lo militar acababa de llegar a su término feliz, no se conformó con poner las bases de la moderna filología española ni con extender el benéfico influjo de su acción pedagógica desde su patria hasta Chile, nación a cuya organización jurídica y educacional contribuyó como nadie, sino que (pasando del terreno activo al de la contemplación artística más estricta) llevó a cabo la difícil empresa de enriquecer el orbe literario de Castilla con una zona enteramente nueva. Bello dió categoría estética al paisaje de una inmensa región del continente a que pertenecemos. Y lo hizo sin dejarse vencer por la fuerza que los indómitos elementos de tal paisaje llevaban implícita. Echeverría había sido arrastrado, como específico romántico que era, por el ímpetu avasallador de la geografía americana. Bello la sujetó a número y a medida. Bello la hizo clásica. Gracias a él, nuestro mundo, contado y pesado con clara exactitud helénica, pasó a engrosar el caudal poético del mundo hispánico. Junto a poema tan notable, la plegaria victorhuguesca que completa el breve cuaderno del epígrafe sirve para mostrar otro rasgo de la personalidad del gran venezolano: el representado por su cálido humanitarismo. El tratamiento técnico revela en "La oración por todos" la influencia romántica. La estructura estrófica, la manera de adjetivar, el general movimineto de la composición dan a entender inequívocamente hasta qué punto era intenso en Bello el recuerdo de los modelos a la sazón vigentes en Francia. Pero el profundo e insobornable sentimiento clásico que el insigne gramático poseía contuvo la tal influencia en los debidos límites, haciendo que la efusión propia del romanticismo adquiriera, sin perder nada de su laudable espontaneidad, el sereno rigor de una mesura muy griega y muy latina, y que el poema donde el alma de Bello (al decir de Fernando Paz Castillo) se refleja "limpia como un cristal", tuviera esa pureza y ese vigor que de manera tan moderna nos impresionan hoy mismo.

"OBRAS DE ALMAFUERTE". — Este libro (que, con el auspicio editorial de Peuser, ofrece gran parte de lo escrito en verso y en prosa por el autor de las "Milongas clásicas") nos lleva a un plano literario bastante remoto, por cierto, del que con Andrés Bello hemos dejado. Almafuerte era la antítesis del ilustre venezolano. Hombre de formación intelectual no muy segura, nuestro compatriota evidenció, en cuanto compuso, una naturaleza muy americana por sus defectos y por sus virtudes. En lo estilístico, fué desordenado y confuso. En lo conceptual, caótico y prolijo. Hay composiciones donde Almafuerte, empujado por su entusiasmo y por su magnilocuencia, llegó a extremos de franco delirio. Todo es en ellas insufrible: la obscuridad de las ideas, la monotonía de unos desarrollos prolongados hasta lo inverosímil, la monotonía de la versificación (apoyada en series kilométricas de asonantes), la ramplonería de la mayoría de las imágenes, la hinchazón oratoria, el sentimentalismo primario, y, sobre todo, un profetismo cuya jactanciosa audacia llegó alguna vez al borde mismo de la blasfemia. Pero sería injusto no reconocer que el poeta de "Serenata" (composición que el uruguayo Vasseur consideró con excesiva precipitación "digna del más puro Mallarmé") se asomó en ocasiones a una poesía de acento civil muy enérgico y de tono intimista especialmente recogido y noble. Había sin duda en Almafuerte un extraordinario temperamento lírico, pero faltaba en él esa voluntad crítica sin la cual los mejores dones nativos, al menos en el orden literario, sólo frutos mal sazonados son capaces de rendir. De todos modos, el cantor de los humildes ha de quedar en nuestra poesía, tanto por lo que en sí mismas son algunas de sus realizaciones cuanto por la particular naturaleza humana de quien las llevó a cabo a lo largo de una vida abnegada y limpia, vida que, dicho sea de paso, tuvo en el ordenador y clasificador del volumen que comento, vale decir, en Romualdo Brughetti, a un cronista cuyo excelente método y cuya admirable fidelidad señalé hace poco en estas mismas columnas.

"DESOLACION". — Reeditado en la capital trasandina por la Editorial del Pacífico, este famoso libro de Gabriela Mistral nos trae la emoción de una poesía cuyo fervor humano ha impresionado a los más diversos públicos. La gran escritora chilena es uno de los pocos valores literarios sudamericanos de nuestra época que lograron interesar seriamente fuera del área hispánica, y el único que finalmente alcanzó la suprema recompensa del premio Nobel. Nada más justo, en verdad. Porque la obra de Gabriela Mistral reunía y reúne las condiciones de lo más auténtico. Nada en esos versos se presenta como gratuita ocupación de la sensibilidad ni como empeño de una voluntad dirigida hacia la ociosa falacia de lo decorativo o de lo estérilmente brillante e ingenioso. Todo suena allí a sinceridad, a certidumbre cordial, a necesidad impostergable de revelación de lo íntimo, de lo más propio, de lo absolutamente personal. ¿Qué importa, frente a tan puras virtudes, la presencia de uno que otro defecto de formulación técnica? Gabriela Mistral no ha de pasar a la historia de la poesía de nuestro idioma como virtuosa del verso, sino como creadora de un mundo lírico en el que las esencias humanas que ella supo descubrir en su alma y en las almas ajenas resplandeceen con un patetismo y con una veracidad que llegan por instantes a lo verdaderamente doloroso. Universo de pasión tan simple como cierta, el que bulle y alienta en las conmovedoras páginas de "Desolación" alcanza una realidad casi física, a fuerza de ser tangible, comprensible y emocionante. Y por eso mismo creo que ha de atraer siempre a quienes miren a la poesía por lo que ella puede significar como documento irrefutable de la vida de un ser consciente de su drama, y no como exhibición más o menos asombrosa de una pericia formal que, al fin y al cabo, es lo primero que el viento de los años y de las modas se lleva.

"MANOJO". — Este pequeño libro de **Dora Norma Filiau**, aparecido en Rosario con el sello editorial de Cístola, es a todas luces insuficiente como cabal realización literaria. Abundan en él las imperfecciones propias de lo que ha sido compuesto sin la necesaria madurez o, por lo menos, sin el mínimo de experiencia requerido para encarar la ardua empresa de la expresión verbal con medianas probabilidades de acierto. Y esto me parece especialmente sensible si tengo en cuenta que quien ha escrito "Manojo" posee, por lo que revelan algunos de sus versos, condiciones como para lograr resultados más atendibles. A Dora Norma Filiau no le falta capacidad para sentir. Lo que le falta es destreza para comunicar de modo artístico lo que siente. Confiemos en que no tardará en conseguir un instrumento en relación con sus aptitudes líricas innatas.

"SONRISAS INFANTILES". — Así se denomina un haz poético (editado por Apis, también de Rosario) donde **Roque Rosetto** procura llegar a la comprensión y a la emoción de los niños por medio de ritmos en los cuales hay notas tiernas y hasta delicadas pero que, en general, aparecen deslucidos por un sentimentalismo de calidad muy rudimentaria. El esfuerzo da la impresión de estar bien inspirado y, a veces, bien encaminado. Pero no cumple su propósito, acaso porque subestima (como tantos autores de literatrura de este género) el alcance de la percepción artística de los niños. Grave error. El alma infantil es más honda y sensible de lo que pensamos, y a ella no se llega de modo fecundo sino con un arte más sutil que el que evidencian estos versos bien intencionados pero alicortos.

Francisco Luis Bernárdez

LA IDEA FIJA (ensayo); autor: Paul Valéry; traductor: José Bianco; editor: Losada; 144 págs.

ALGUNA vez Alfonso Reyes escribió que Valéry no podía dejar pasar ninguna ocasión sin dejar de ser inteligente. Como cito sin verificar no puedo dar por ciertas todas las palabras que recuerdo, ni menos ese cierto despecho que se trasluce, pero, sea como sea, la verdad es que Paul Valéry siempre asombra con su inteligencia, y que **La idea fija**, una disgresión sobre algo en el fondo no totalmente muy preciasable, pero que gira en torno del título, está llena de las chispas inteligentes de su autor.

Afirma Valéry que "este libro es hijo de la prisa" y quien haya leído lo suficiente a su autor no habrá de discrepar mucho, pues lo que en esta obra

está menos dibujada que lo habitual —lo habitual para él, Valéry— es la forma, capaz de revelar el pensamiento perseguido con esa lucidez candente que fué su mayor virtud, y, quizás, un límite volitivo. Claro está, aunque menos cuidadoso que en muchas de sus obras, ese fluir es la prisa de Valéry y no la de cualquier otro, y no por ello **La idea fija** deja de ser un libro que encierre menos puntualizaciones que sus otros escritos.

¿Qué objeto persiguió este diálogo de Valéry? No se desprende con nitidez qué se proponía. Y es curioso, pues el sabor que suelen dejarnos las lecturas de sus libros —inclusive la de aquellos destinados a agrupar fragmentos, como **Cahier B**— es el de una calma ática que abarca y redondea todo lo expuesto. En cambio, no dejamos tranquilos este libro, sino con un cierto desasosiego, algo que debe responder, sin duda, al que tomaría a Valéry releyéndolo, y por el cual diría que es fruto de la prisa. Porque la verdad es que un libro, por rápidamente que haya sido escrito, no es producto del apuro sino de cierta posibilidad de completarlo, que, es compleja y donde concurre, sí, el tiempo en que se lo escribe, pero no como factor principal. En algún estado de ánimo escribimos muy velozmente, sin que implique desmedro de lo hecho, sino, bien por el contrario, la condición que vuelve posible la obra. Observar que lo hemos escrito con rapidez, es sentir que no lo hemos logrado. Cuando Valéry repara en el poco tiempo que le fué dado, tal vez ve detrás de ello el necesario fracaso que aguardaba al cartesiano que él era y que se sintió, también él, un poco la **bête traquée** que veía en la reacción de Pascal ante el silencio eterno de los infinitos espacios. Dice en la primera página del ensayo que comentamos:

"Era yo presa de grandes tormentos; algunos pensamientos muy graves y agudos me echaban a perder el resto del espíritu y el mundo. En cuanto me distraía de mi mal, volvía más furiosamente a él. A esto se agregaban la amargura y la humillación de sentirme vencido por cosas mentales, es decir, hechas para el olvido. La especie de dolor cuya causa aparente es un pensamiento mantiene este pensamiento mismo; lo engendra, lo eterniza, lo refuerza".

Es curiosa la hibridez del [illegible] el pudor que oculta y el dejo que traiciona. Algo hace agua: tormento, amargura, humillación, son términos [illegible] por el pensamiento; aquí no se piensa, se siente, tal como demostraba Valéry que no pensaba Pascal en "Le silence éternel...".

La traducción de José Blanco es excelente.

B. U.

COMO A UN PERRO (novela policial); autor: Che-Barre; editor: Kraft (col. Escorpión); 151 págs.

En el último número de CRITERIO, soslayamos la cuestión de la novela indoamericana, que circunstancialmente debemos volver a tocar hoy con motivo de **Como a un perro**, la notable obra policial cuyo comentario se inicia.

Los mayores defectos de la novela indigenista provienen de sus excesos: falta el sentido de la mesura; falla que puede señalarse en general como gigantismo, o tremendismo. contorsión y lenguaje ampuloso, hasta caer en una tal carencia de sensibilidad ante lo ridículo que se vuelve capaz de dañar cualquiera de sus frutos.

Pero eso mismo que llega a semejantes errores cuando no lo acota el juicio crítico —el simple y sano sentido común aplicado a las propias obras— no es en sí nada negativo, sino algo harto deseable, una fuerza expresiva sin parangón en la literatura contemporánea." Y es esta potencia la que aflora a lo largo de **Como a un perro**, haciendo que Che-Barre, su autor, entre por mera gravitación a formar parte de los **escritores duros**, de los **tough writers**, como por antonomasia lo es James Cain o, parcialmente, William Irish. Si amplificáramos y diésemos en una fórmula, podría decirse que Che-Barre es la cruza criolla de James Cain con William Irish. Alcanza muchos efectos que ninguno de los dos desdeñaría.

Cain se caracteriza particularmente por las escenas de violencia física descriptas con una frialdad detonante. Es una técnica similar a la de Camus en **L'étranger**. La deliberada ausencia de participación del narrador en lo que narra, lo aleja de toda adjetivación, permitiendo que los hechos se levanten en toda su desnudez. Che-Barre en buena parte logra una conmoción similar del lector. La escena en la que el protagonista de **Como a un perro** es atacado a puntapiés en el rostro, haría honor al Cain de **The Postman rings twice.**

William Irish es el más hábil de los escritores que utilizan ese procedimiento de tensión que incita de página en página hasta la escena final, de acaecimiento siempre sorpresivo y sin embargo satisfactorio. Las últimas páginas de **Como a un perro** dan una satisfacción tan repentina y total como las de **The Phantom Lady**, por ejemplo.

Cuando Che-Barre llegue a eludir las trampas de la puntuación tartajeante de frases como:

"Suárez tenía alma de jugador.
"El Jefe también.
"Siempre terminaban igual".

que constituyen tres renglones seguidos, tal como se los transcribe; y no deje que se le escapen preciosidades a lo malo de Lugones y Rubén Darío:

"Abajo: **La Grecia clásica.**
"Arriba: **La responsabilidad para Tanagra.**
"Pero Juan no era lo suficientemente culto para pensar en esos términos",

si continúa poseyendo toda la potencia e intriga suspensiva de las que da muestras en la novela que comentamos, es muy probable que la narrativa policial latinoamericana encuentre un autor especializado de calibre internacional.

Innecesariamente —quizá por el estilo de tintas fuertes del autor— se evidencian algunas escenas entre el protagonista y los caracteres femeninos de la obra.

B. U.

L'ORDINAIRE DE LA MESSE. TEXTE CRITIQUE, TRADUCTION ET ETUDES, por Dom Bernard Botte O.S.B. y Christine Mohrmann. Editions du Cerf, París, 1953. 152 págs.

Ya en el año 1950 presentó el "Centre de Pastorale Liturgique" (C. P. L.) una nueva traducción del Canon de la Misa (cf. **La Maison-Dieu**, Nº 23 [1950]). Esta edición, en cambio, abarca todo el Ordinario de la Misa, del que ofrece una cuidadosa versión francesa, sólidamente basada sobre el estudio crítico de los textos litúrgicos. La nueva traducción del Ordinario de la Misa, resultado de un paciente trabajo de equipo bajo la dirección de Dom Botte, representa un gran aporte a la fijación de una versión definitiva para todas las publicacoines litúrgicas en idioma francés. Porque es evidente que a esta altura de la Renovación Litúrgica, que va introduciendo cada vez más el uso de las lenguas modernas en la celebración de la Sagrada Sinaxis, ya sea en la práctica de la Misa Dialogada, ya sea en el canto litúrgico popular, se hace necesaria una versión a cada lengua nacional que no sólo sea uniforme sino que también corresponda a las más estrictas exigencias científicas y exprese el sentido exacto de la terminología litúrgica, tan distinta de la clásica. El latín litúrgico no es el latín de Cicerón o de Horacio; no es una lengua profana sino sagrada y cultual. El Pbro. Ernesto Segura no hace mucho llamó la atención sobre las dificultades que implica la digna y recta traducción de los textos litúrgicos, y las lamentables deficiencias que presentan muchas versiones existentes (cf. CRITERIO, 26 [1953], pág. 546-548).

La labor del equipo del C. P. L., encabezado por Dom Botte y Christine Mohrmann, merece, por eso, el mayor aplauso, y su publicación en el presente tomo (Nº 12 de **Etudes Liturgiques**) es de extraordinario valor. El libro es presentado por el P. Pierre-Marie Gy O.P., conocido por sus numerosas colaboraciones en **La Maison-Dieu**. La obra se inicia con trabajo de Dom Botte, sobre la historia del Ordinario de la Misa, seguido de un estudio sobre el latín litúrgico, por Christine Mohrmann, donde se exponen los principios adoptados en esta versión francesa.

A la traducción crítica del Ordinario de la Misa siguen nueve **excursus** (tres de Ch. Mohrmann y seis de Dom Botte), en los que se examinan y precisan algunos de los problemas más difíciles de la terminología litúrgica: **Amen, Maiestas, Illibatus, Rationabilis, Locus refrigerii, In unitate Spiritus Sancti, Pietas, Ite Missa est**, y, por último, el problema de la puntuación al principio del Prefacio. Huelga decir que se adopta la puntuación que ofrece el texto de la Vigilia Pascual restaurada: **Domine, sancte Pater, omnipotens aeterne Deus.**

Completa la obra un índice de los vocablos latinos explicados, que constituye por sí solo un pequeño diccionario del latín litúrgico. Resta decir que los autores ponen la nueva traducción francesa del Ordinario a la disposición de los editores de Misales para fieles, con la condición de que se adopte sin modificación alguna y se indique su procedencia.

Agustín Born

CHANTS FRANÇAIS POUR LA MESSE, por Claude Rozier. Collection "Gloria". Editions Fleurus, París, 1953. 32 págs.

En los últimos años, al impulso de la corriente de Renovación Litúrgica, ha venido creándose en Francia un notable repertorio de cantos religiosos, muchos de ellos, verdaderas joyas y creaciones de gran sentido litúrgico. Hay, por lo menos, una decena de editoriales que compiten, loablemente, en este importante campo de la música sagrada. Hace poco, los principales editores, por iniciativa del "Centre de Pastorale Liturgique" de París, convinieron en editar, en común, fichas uniformes de sus cánticos sagrados en francés. Por su parte, el C. P. L. ha formado una comisión de cinco recensores, encargada de elaborar una lista crítica trimestral de las fichas que van apareciendo. Tenemos a la vista las dos primeras listas y no sabemos qué admirar más: la producción extraordinariamente abundante de cantos o el trabajo concienzudo y ejemplar de la comisión censora que proporciona una apreciación detallada de cada canto con respecto a su calidad musical y la adaptación de su música a la respectiva finalidad litúrgica; respecto a la calidad de su letra y su aptitud para ser cantada sobre la melodía perteneciente; y, finalmente, en lo que concierne a su contenido doctrinal. Así, con estricto sentido crítico confiere notas calificativas, separadamente, por el valor musical y el religioso de la música, por el literario y el teológico de la letra, y por la conjunción entre letra y melodía. Asimismo señala las dificultades de ejecución y marca los cantos que forman la selección especial del C. P. L.

"Chants français pour la Messe" (Nº 3 de la Colección "Gloria") se suma ahora a las mejores realizaciones de este género. Se trata de 16 cantos, compuestos por el P. Claude Rozier, impresos con notación musical, de inspiración fresca, simple y poética. Corresponden a las distintas partes de la liturgia de la Misa y sirven "para hacer más viva y

gozosa la Misa dialogada, como observa en el prólogo el P. A. M. Roguet, director del C. P. L. "En lugar de cánticos gastados, demasiado moralistas e inaptos para la liturgia, estos cantos de inspiración bíblica ayudarán a los fieles a orar, por el canto, **insertándose en la Misa**, en vez de orar solamente **durante la Misa y al margen** de ella... Tales cantos, litúrgicos por su inspiración y por su fin educativo, no pretenden, de ninguna manera, constituir una liturgia en francés tendiente a suplantar, más o menos disimuladamente, la única liturgia oficial de la Iglesia Romana, sino que, bien usados en la Misa dialogada, introducirán a los fieles en el verdadero espíritu litúrgico. La encíclica **Mediator Dei** enseña, por una parte, que la Misa dialogada no debe desplazar a la cantada, sino que ha de conducir a ella; y por otra, que la participación de los fieles en el culto puede realizarse de diferentes maneras, según la capacidad de esos fieles, y que la participación ideal **de derecho** no es siempre la mejor **de hecho**".

Las citadas listas críticas trimestrales de cantos religiosos en francés, demuestran que, como es natural, no todas las nuevas creaciones responden plenamente a las indispensables exigencias desde los puntos de vista musical, literario, teológico y litúrgico. Además, es tan grande la multiplicidad de repertorios que en la práctica resulta difícil su adopción, más o menos uniforme, en las parroquias. Si bien es cierto que **varietas delectat**, también es cierto que implica aún mayores ventajas la uniformidad de las celebraciones litúrgicas, incluso en lo que se refiere al canto popular, dentro de un mismo país o por lo menos dentro de una diócesis. Por eso haría falta un manual —similar al italiano que comentamos más arriba— que contuviera una selección ordenada de los mejores cánticos litúrgicos franceses, entresacados de todos los repertorios existentes.

Agustín Born

TERRITORIO DEL SUEÑO, por Aquiles Certad, Losada, 78 págs. Buenos Aires, 1954.

ESTE libro se presenta dividido en tres partes tituladas respectivamente: **Tierra Herida, Ternura de Hallarte** y **Geografía del Misterio.**

La primera incluye poemas fechados en París y Marsella durante los años 1939 y 1940 y su tema de fondo es la guerra. Concebidos en verso libre, con la extensión horizontal de las grandes odas, denotan la presencia de un poeta apreciable.

Responso a un amigo soldado de Francia es posiblemente el mejor poema del libro aunque podía haberse esperado un tratamiento más hondo para un tema tan conmovedor.

Si A. Certad hubiera publicado sus poemas bélicos en Buenos Aires en 1940 —no tenemos noticia de que lo haya hecho— se hubiera destacado rápidamente ya que su temática y su idioma hubiesen sido más vigorosos y plenos que los de la mayoría de sus colegas argentinos de esa fecha.

Encontramos ciertos ritmos, cierta utilización de palabras que anticipaban la manera de ser poética de nuestros días. Dado el promisorio comienzo de este libro casi antológico buscamos la madurez del autor en poemas más recientes como el titulado **Vía Crucis 1950** y comprobamos que retirado el andamiaje guerrero, de por sí fuerte y cautivante, sólo le ha quedado a Certad un alud verbal sin sustento verdadero. Apela a elementos ya superados: "**el tranquilo esqueleto de la rosa**", pág. 59: exige de la palabra: **habitado** o **deshabitado** una vigencia que ya está muy lejos de tener; comete las palabras: **nada, muerte, sombra** y **misterio** con anhelante mayúscula, y no puede detener en los poemas finales una notable inflación. Es decir, se le va depreciando la palabra —perdido ya su valor poético evocativo— hasta el punto de que algunas composiciones parecen bolsas de piel sin huesos.

El autor reitera las mismas ideas en diferentes formas y logra poemas muy conversados. Metáforas de distinta filiación le desequilibran el tono (desde "**...y en las aguas inmensas los peces envejecen de olvido**", pág. 50, hasta el vanguardismo hermético de "**los mares hundieron la música de los relojes**", pág. 60). **Verano** es un poema caótico. La primera estrofa respeta métrica y rima consonantada, en la segunda tres versos son asonantes y uno queda suelto y a partir de la tercera estrofa sólo hallamos un vago recuerdo de los cánones de la preceptiva.

Oración al poeta, dedicado a Miguel Hernández, es un poema jugado un poco en falso pero gusta.

Los demás del libro no son ni muy malos ni buenos. El futuro poético de A. Certad es muy difícil de prever dado el desorden de esta muestra y la evidente ausencia de autocrítica en el autor.

Hugo Ezequiel Lezama

ACUSTICA MUSICAL Y ORGANOLOGICA, por Tirso de Olazábal. Edición Ricordi Americana. Buenos Aires, 1954.

UNA de las buenas contribuciones brindadas durante este año por la musicografía nacional a los estudiosos de la música y, particularmente, a cuantos, ahondando curiosidad y conocimientos, aspiran a familiarizarse con distintas materias técnicamente vinculadas al arte sonoro, es este libro de Tirso de Olazábal, el joven compositor, profesor y crítico que con él da buena medida de su capacidad y de su versación.

"Las vinculaciones entre nuestro arte y las diversas ramas de la ciencia y la técnica modernas con él relacionadas, se han estrechado de tal modo que es inadmisible que el músico deseoso de poseer una preparación completa ignore las leyes fundamentales de la Acústica, los procedimientos de formación de las escalas y los principios que informan la construcción de los instrumentos musicales o los métodos principales para registrar el sonido". En los conceptos transcriptos el autor deja expuestos con ceñida precisión los motivos que han originado su cometido y los objetivos que le guiaron. Catorce capítulos y cinco apéndices encierran el resultado de ese trabajo, abundantemente documentado según surge de su lectura y es corroborado por la ilustrativa bibliografía que cita a su término, abarcando la totalidad del temario propuesto que Olazábal ha sabido desarrollar con método racional y solidez expositiva que no es ajena a la claridad y evita, consecuentemente, las posibilidades, de rebuscamiento y la complicación innecesaria.

Hay pues densidad de contenido y valor didáctico en este tratado, llamado a constituir un elemento de frecuente consulta y de positiva utilidad, a la vez que una muestra de la orientación evidenciada en nuestros músicos más responsables —y especialmente plausible en los jóvenes— hacia una cultura general y profesional que descarte definitivamente la tendencia a reposar con exceso en una "inspiración" mal entendida —sinónimo de improvisación para el caso— y constituya la base segura para el mejor desarrollo de sus dones.

Alberto Emilio Giménez

MEDITACIONES DE SAN AGUSTIN, Editorial Cumbre, Buenos Aires, 1954. 200 páginas.

PARA iniciar su colección "Cumbres de la Espiritualidad", la editorial de referencia ha elegido una de las famosas obras de meditación del gran doctor de la Iglesia, San Agustín, de quien con ocasión del XVI centenario de su nacimiento recientemente cumplido, S. S. Pío XII acaba de recomendar, en especial para el cultivo de la vida interior, la frecuente lectura de sus escritos.

La reedición de las **Meditaciones** nos vuelve al recuerdo de la manera peculiar de concebir el santo doctor la piedad cristiana como un íntimo comercio del alma con Dios, pero no puramente intelectual, sino también afectivo, comercio en el que el alma se vuelca toda entera en Dios y recibe de él inspiraciones, luz y fuerza. No hay sentimiento que se encuentre con más frecuencia en San Agustín que éste.

De las versiones al castellano se ha optado por la del P. Rivadeneira, que es garantía de fidelidad al pensamiento original y también muestra de belleza literaria.

Juan Julio Costa

CRITERIO

Aparece los segundos y cuartos jueves de mes

AÑO XXVII — **25 de noviembre de 1954** — **Nº 1224**

SUSCRIPCION		SUSCRIPCION DE AYUDA	
Anual	$ 60.—	Vitalicia	$ 1.000 una sola vez
Semestral	„ 40.—	De protección	„ 500 anuales

Número suelto, $ 3.50 — Número atrasado, $ 5.—

Pago adelantado

Giros, bonos postales o cheques extenderlos a la orden de "Editorial CRITERIO, S. R. L.". No se aceptan cheques que no sean pagaderos en Buenos Aires

Las suscripciones que el interesado no anule expresamente antes de su vencimiento, se consideran renovadas.

No se mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas, si bien estimará debidamente toda contribución espontánea para cualquiera de las secciones de la Revista.

ALSINA 840 — **BUENOS AIRES** — **T. E. 34 - 1309**

Horario de oficina: De lunes a viernes, de 11 a 19 (Sábados de 9 a 12)

Editorial CRITERIO, S. R. L.
Cap. m$n. 265.000.—
Alsina 840 - T. E. 34-1309 - Bs. As.

CORREO Argentino | Central (B) | TARIFA REDUCIDA Concesión Nº 231 | FRANQUEO PAGADO Concesión Nº 476

Talleres Gráficos San Pablo
Bmé. Mitre 2600 esq. Paso

25 NOVIEMBRE 1954

$ 3.50